



Historias

de Paz

Concurso Nacional de Escritura
2025



Educación



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Concurso
Nacional **Escritura**
Historias de paz

Historias de Paz

when they think
at, terms such as "im-
synonyms of "meaningfulness" and so are
insufficiently re- out there are those who draw a distinction between
meaningfulness and significance (Singer 1996, 112-18; Belliotti 2019,
145-50, 186). There is also debate about how the concept of a meaningless
life relates to the ideas of a life that is absurd (Nagel 1970, 1986, 214-23;
Feinberg 1980; Belliotti 2019), futile (Trisel 2002), and not
(Landau 2017, 12-15; Matheson



Concurso Nacional de Escritura
2025

Historias de paz Concurso Nacional de Escritura 2025

Bogotá D.C., Diciembre de 2025

© Ministerio de Educación Nacional, 2025

© Universidad Nacional de Colombia, 2025

© Juan David Escobar Ortiz, Samuel David Gómez Cardona, Andrés Matías Tarazona Mantilla, Rene Junior Munive Mora, Manuel Esteban Lobo Reales, Mayra Sofía Soto Valderrama, Angie Sofía Páez Olaya, Jhoy Miguel Rocha Rodríguez, Mia Marcela Franco Mejías, Nicolle Sofía Peña González, Jhoan Esteban Mora Quimbaya, Leidy Lorena Ochoa Rincón, Luis Alejandro Cruz Castillo, Juan Diego Guerrero Galindo, Elier José Ospino Barrios, Samuel Mauricio Manrique Ruiz, Stephanny Bermeo Moreno, Yury Yuliana Gualdrón Gaitan, Saira Judith García Ibañez, Javier Stiven Angulo Chillambo, Diego Fernando Clavijo Gutiérrez, Pablo Antonio Torres Velandia, Dairon Restrepo Godoy, María Cristina Fajardo Collazos, Johann Sebastian Rico Ricaurte, Bayron Danilo López Ruano, Sandra Viviana Giraldo Toro, Taliana Rico Martínez, Josué David Díaz Jiménez, Liceth Valentina González Solis, Elizabeth Sofía Gómez Carabali, Juan Andrés León Campuzano, Danna Isabella Guerrero Sierra, Jefferson Elecue, Jaime Andres Camaño Meza, José Wilmar Tamayo Castellanos, César Augusto Cortes Arias, Marquín Manuel Macias Matute, Mario Alejandro Duarte Orozco

© Sandra Milena Farfán Farfán, Catalina Rincón, Simón Susacón

ISBN 978-958-785-447-3

Gobierno Nacional de Colombia

Gustavo Francisco Petro Urrego

Presidente de la República de Colombia

Ministerio de Educación Nacional

Daniel Rojas Medellín

Ministro de Educación Nacional

Lucy Maritza Molina Acosta

Viceministra de Educación Preescolar,
Básica y Media

Solman Yamile Díaz Ossa

Directora de Calidad Viceministerio de
Educación Preescolar, Básica y Media

Sandra Viviana Olaya Nieto

Subdirectora de Fomento de
Competencias

Alfredo Olaya Toro

Coordinador Equipo Competencias Básicas
Subdirección de Fomento de Competencias

Sandra Patricia Bustos

Profesional Plan Nacional de Lectura,
Escritura, Oralidad y Bibliotecas. PNLEOB

Diego Andrés Avila Jacobo

Profesional Equipo Competencias Básicas
Subdirección de Fomento de Competencias

Hanet Chaparro Hernández

Profesional Equipo Competencias Básicas
Subdirección de Fomento de Competencias

Katherin Cerquera Rojas

Profesional Equipo Competencias Básicas
Subdirección de Fomento de Competencias

Sandra Milena Farfán F.

Producción editorial
Diseño y Dirección de arte

Mónica Perea Esparragoza

Asesoría Editorial

Universidad Nacional de Colombia

Andrés Felipe Mora Cortés

Rector

José Daniel Muñoz Castaño

Vicerrector Académico

Nubia Janeth Ruiz

Vicerrectoría de Investigación

Carolina Jiménez Martín

Vicerrectora UNAL Sede Bogotá

José Fernando Galván Villamarín

Decano de la Facultad de Medicina

Martha Lucía Rincón Bustos

Directora General del Contrato CO1.
PCCNTR.8071556 de 2025 MEN-UNAL

Mónica Perea Esparragoza

Coordinadora del Concurso Nacional
de Escritura

Karen Eliana Ramírez G.

Profesional de Apoyo Pedagógico
Concurso Nacional de Escritura- 2025

Julieth Torres Urrea

Auxiliar Técnica Concurso Nacional
de Escritura- 2025

Lina María Trujillo Zuluaga

Diseñadora Gráfica Concurso Nacional
de Escritura 2025

Producción Editorial

Ivan Paixao

Corrección de estilo

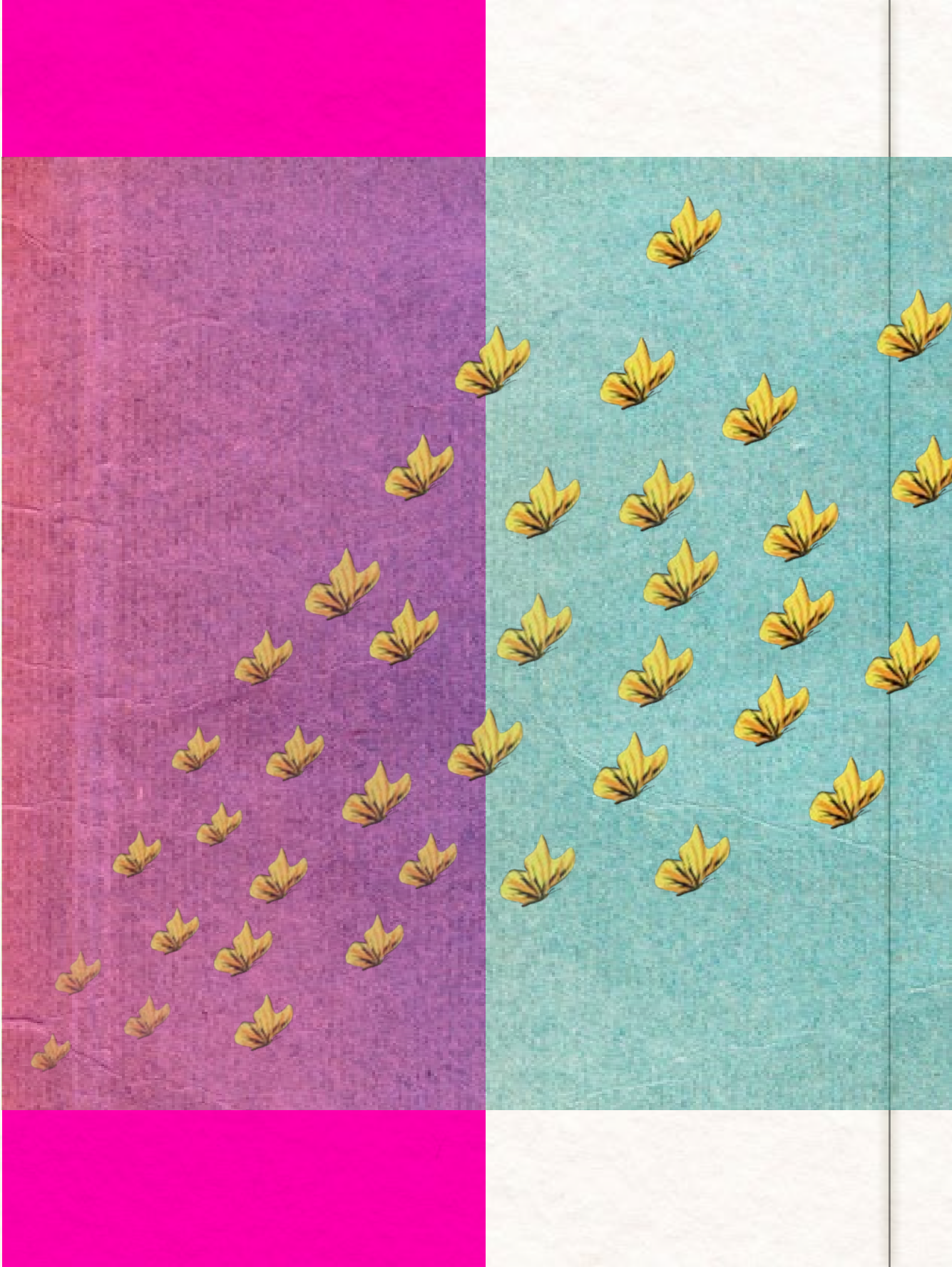
Catalina Rincón

Ilustraciones- Imagen de Portada

Simón Susacón

Iconos y elementos gráficos

Los cuentos, crónicas y ensayos ganadores del Concurso Nacional de Escritura "Historias de paz" (2025) no podrán ser reproducidos parcial o totalmente, ni registrados ni transmitidos por ningún sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo por escrito del Ministerio de Educación Nacional.



Jurados

Jurados primera fase

Adriana Tobón Botero
Sofía Rojas Trujillo
Tania Camila Triana Cuevas
Jaime Javier Londoño Rodríguez
Jhon Jairo Rodríguez Pérez
Gildardo Meneses Velazco
Ruddy Mahuampi Morera Muñoz
Juan Antonio de Jesús Restrepo González
Diego Alberto Caballero Franco
Juan Carlos Naranjo Gómez
Alejandro Silva Sánchez
Daniel Felipe Rodríguez Ángel
Laura Camila Martínez Jiménez
Juan Camilo Rincón
Alejandra Aldana Tordecilla
Claudia Helena Rodríguez Rodríguez
Poliana Carolina Otálora Cruz
Néstor Yesith Flórez
John Henry Flórez López
María Fernanda Piñeres Morales
Cindy Catherine Martínez
Paul Brito Ramos
Yesi Yazmín Botero Vicuña

Juan Camilo Jaramillo López
Laura Ximena Ayala Tovar
Miguel Ángel Pulido Jaramillo
Juan Esteban Rodríguez Dávila
Andrea Osorio Villada
Rosa María Pérez Acosta
Armando Bolaño Rangel
Rogers Montt Torres
Fernando Baena Vejarano
Patricia Lucia Iriarte Díazgranados
Pedro Javier Velandia Piedrahita
Jorge Armando Segura Navarro
Alexander Melgarejo Martínez
Andrés Mauricio Muñoz Chaparro v
John William Archbold Cortés
Ingrid Lizet García Ovalle

Jurados segunda fase

Adriana González Navarro
Carolina Santana Benavides
Lucía Vargas Caparroz
Fernando Baena Vejarano
Juan Camilo Jaramillo López

Índice



INTRODUCCIÓN 11

PRESENTACIÓN 15

CUENTO

Categoría Infantil

La escoba roja 23

El vuelo del sindurí
de la kunkunu 27

Un tejido con paciencia 31

Fosfeno "El peleonero 35

La aventura de Jhoy 41

El relato de un *yukpa* 47

El secreto del Majuy 53

Las aventuras de Dagar y Abi 57

El dragón de Piedecuesta 63

Categoría Juvenil

El peso de la tierra 71

El silencio del río 77

Después del silencio 81

Volver a vivir 85

El ruido de las golondrinas 89

Vendaval 95

Semillas de paz en el barrio La Paz 101

El puente de la unión 107

La paz en Colombia 113

Solo no la escuchábamos 119

Categoría Adultos

Las cuchas tienen razón 129

La cortina de baño 133

Los nombres del río 137

Matuti 141

Instrucciones para construir
una historia que ya sucedió 145

Quizás yo no esté enfermo 149

Negociación 153

ENSAYO

Categoría Juvenil

La paz también juega
al baloncesto 161

Hacer lo que amamos:
Motor de paz 165

Olvidos silenciosos 169

El campo de juego llamado paz 173

Paz a través de notas
y movimientos 117

Qué tan difícil 181

Categoría Adultos

La semilla inquebrantable: educación
y arte como actos de resistencia en
Timba, Valle del cauca 189

Democracia escolar inconclusa:
cuando la escuela aprende
a mirarse 193

Lo que la guerra no pudo borrar:
la escuela como archivo de
dignidad 199

La palabra como fogata 203

La paz idiota: domesticación del
espíritu y pérdida de agencia
117

La paz que nace en el territorio
del Vichada 213

Introducción

Escribir nunca ha sido un gesto inocente.

Se escribe desde algún lugar del cuerpo, desde una memoria que insiste, desde una herida que no termina de cerrar o desde un deseo que todavía no encuentra forma. Por eso, cuando el Concurso Nacional de Escritura propuso hablar de paz, no aparecieron definiciones cerradas ni respuestas rápidas. Aparecieron historias. Llegaron voces que saben lo que cuesta el silencio, lo que pesa el miedo, lo que significa volver a confiar y, sobre todo, lo que implica nombrar aquello que durante mucho tiempo ha sido callado.

El Concurso Nacional de Escritura nació con una convicción clara: la escritura no es solo una habilidad escolar ni un ejercicio técnico, sino una práctica profundamente humana que permite pensar, imaginar y habitar el mundo de otras maneras. Impulsado por el Ministerio de Educación Nacional, en alianza con la Universidad Nacional de Colombia, el CNE se ha propuesto fortalecer las prácticas de lectura, escritura y oralidad en el país, reconociéndolas como herramientas fundamentales para la formación crítica, sensible y ciudadana de niños, niñas, jóvenes y adultos.

En su versión 2025, el Concurso asumió la paz no como un tema decorativo ni como una consigna abstracta, sino como una experiencia que atraviesa la vida cotidiana, los territorios y las relaciones. Escribir sobre la paz fue, entonces, una invitación a mirar de frente la realidad, a tramitarla simbólicamente y a preguntarse por el lugar que cada quien ocupa en ella. El CNE no

buscó respuestas correctas, sino procesos honestos de pensamiento y creación; no textos perfectos, sino voces auténticas.

Los textos que conforman este libro no entienden la paz como un estado concluido ni como una promesa distante. Aquí la paz no es un acuerdo firmado ni una palabra solemne: es una acción pequeña, frágil y persistente. Está en la escoba que barre la sangre sin borrarla del todo; en el hilo que se enreda y se deshace con paciencia; en el viento que guarda palabras dichas con rabia y también aquellas pronunciadas con cuidado. Está en los niños que preguntan sin rodeos, en los abuelos que recuerdan, en la naturaleza que observa y reclama atención.

Las historias reunidas en esta compilación nacen de territorios diversos -barrios, veredas, montañas, ríos, comunidades indígenas, pueblos pequeños y ciudades-, y dan cuenta del alcance y la diversidad del Concurso Nacional de Escritura. Sin embargo, más allá de su procedencia geográfica, comparten una certeza profunda: la paz no se impone, se construye. Y se construye con memoria. Ninguno de estos textos evade el conflicto; por el contrario, lo nombra desde la experiencia vivida. Hay desplazamiento, pérdida, violencia, miedo. Pero también hay resistencia, imaginación y una confianza sostenida en la palabra como espacio de reparación.

En los cuentos, la paz se vuelve imagen. Toma la forma de un colibrí que anuncia el perdón, de un bosque que se oscurece cuando hay pelea, de un dragón que decide no asustar, de una montaña que solo habla cuando se la escucha. La ficción permite decir lo que a veces la realidad no soporta ser dicho de frente. A través del símbolo, estos relatos hacen visible lo que duele y, al mismo tiempo, lo que todavía puede transformarse. Imaginar no aparece aquí como evasión, sino como una forma profunda de comprender.

En los ensayos, la paz se piensa. Se interroga desde la experiencia personal, desde la observación del entorno, desde la necesidad de comprender por qué la violencia se repite y qué lugar ocupa cada quien en esa historia. Aquí la escritura se convierte en una forma de tomar

postura: escribir es hacerse responsable de lo que se mira, de lo que se nombra y también de lo que se calla. Los ensayos no buscan imponer certezas, sino abrir preguntas necesarias y proponer miradas situadas, conscientes de sus límites, pero firmes en su deseo de comprender.

Hay algo que atraviesa todo el libro y lo sostiene: la infancia y la juventud no aparecen como lugares ingenuos, sino como espacios de lucidez. Son voces que no aceptan la violencia como destino, que no naturalizan el daño, que todavía creen que hablar puede cambiar algo. En un país acostumbrado a normalizar el conflicto, estas escrituras insisten en lo contrario: que la paz empieza en lo cotidiano, en la palabra justa, en el gesto mínimo, en la escucha atenta.

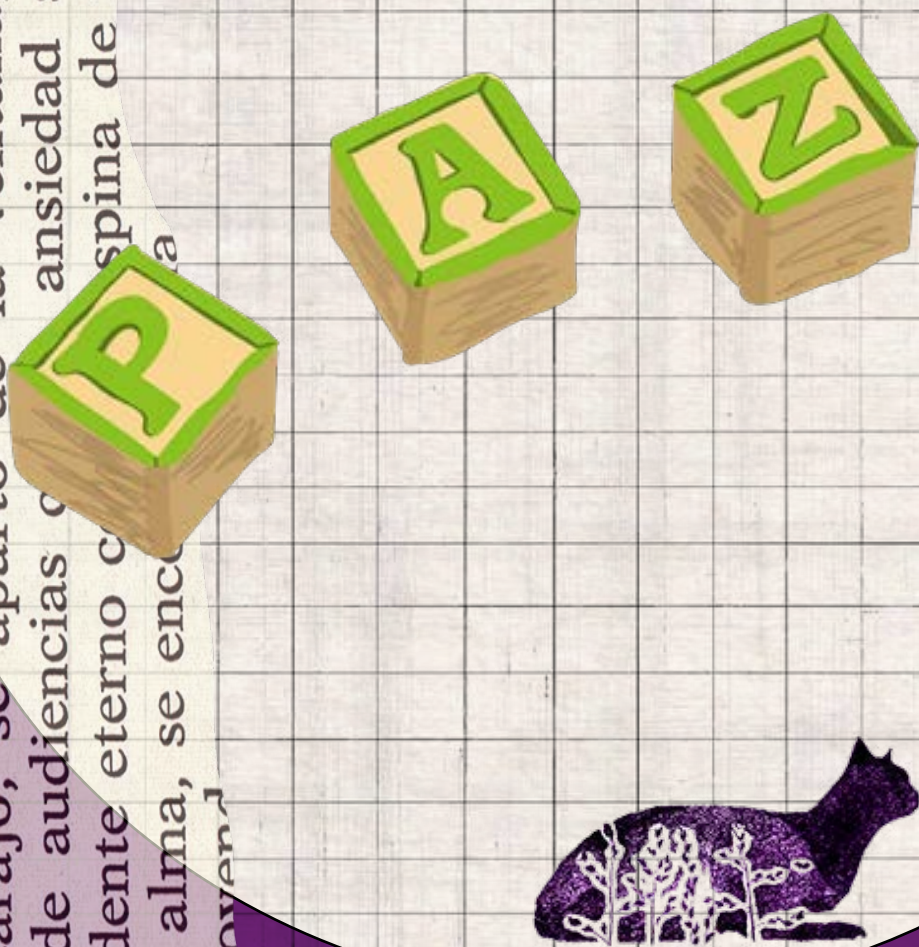
Este libro es el resultado de un proceso colectivo y pedagógico que entiende la escritura como camino, no como meta. Un proceso que valora la reescritura, la conversación, la escucha y el cuidado del lenguaje. En ese sentido, Historias de paz no es solo una antología de textos ganadores: es la memoria viva de un ejercicio nacional que apuesta por la palabra como forma de encuentro.

El libro no ofrece respuestas cerradas. Ofrece preguntas necesarias. No promete soluciones inmediatas. Propone una lectura cuidadosa del país que somos y del país que podríamos ser si aprendiéramos a narrarnos de otra manera. Cada texto es una invitación a detenerse, a mirar de nuevo, a reconocer que la paz no es un punto de llegada, sino un camino que se hace mientras se escribe.

Leer estas historias es aceptar que la palabra tiene consecuencias. Que escribir no es solo contar lo que pasó, sino abrir la posibilidad de que algo distinto ocurra. En ese gesto -íntimo, colectivo, insistente- la escritura se convierte en una forma de cuidado, de memoria y de futuro.



razones en carne
neces entendió lo que tantas gentes de otros tiempos le
habían dicho que el corazón es el tercer cojón mi gene
ll, carajo, se apartó de la ventana, dio vueltas
lla de audiencias c
residente eterno c
n el alma, se enc
os ovent



Presentación

La escritura, como bien lo dice Daniel Cassany, tiene mucho que ver con la cocina. Un buen plato da gusto tanto a los ojos como al paladar. Asimismo, como la cocina, requiere tanto del gusto por la preparación como del conocimiento del plato y de sus ingredientes. Desde esta idea surgió la intención de cuidar no solo los textos, sino también la forma en que serían acogidos, presentados y ofrecidos al lector.

Desde un principio, la idea fue que la casa en la que vivieran los textos ganadores fuera suficientemente bella para guardar sus cuentos y ensayos. Por tal motivo, se pensó en la creación de un objeto estéticamente diseñado, que pudiera apreciarse como un libro-arte, con ilustraciones originales de artistas. Así nació la idea de estos niños-fauna, de los cuales brota la paz, y de una naturaleza que florece entre animales, paisajes y hábitats diversos. La exuberancia geográfica y la riqueza natural que acompañan a Colombia se convierten en una guía visual para adentrarse en esta colección de cuentos y ensayos que, por una parte, imaginan y, por la otra, reflexionan.

Este libro se imaginó como un símbolo: una experiencia visual, sensible y armoniosa que dialogara con su contenido y sirviera de casa para guardar los textos ganadores del Concurso Nacional de Escritura 2025. Una casa que no solo protege, sino que también sugiere, acompaña y provoca la lectura.

A lo largo de este recorrido aparecen metáforas en las que prima una conciencia clara de que la paz no es un concepto que se proclama sin vivirse, sino una manera de mirar el río, la montaña o el colibrí como

formas de la memoria, la resistencia y el perdón. Estas imágenes no son ornamentales: funcionan como lenguajes simbólicos que permiten decir lo que a veces resulta difícil nombrar de manera directa. En muchos de los cuentos, la naturaleza observa, recuerda y habla; se convierte en testigo y en archivo sensible de lo vivido.

Las voces de niños y niñas se presentan aquí como saberes lúcidos que nos recuerdan, como adultos, otras maneras de actuar y de sentir. Su mirada no evade la violencia, pero tampoco la acepta como destino. Jóvenes y adultos se suman a esta polifonía narrando historias donde la violencia aún hace sombra, pero es narrada para ser comprendida, reconocida y, en la medida de lo posible, abandonada. Se trata de una aceptación de los contrastes humanos y de una búsqueda deliberada de la luz que acompaña los gestos de paz.

En este ejercicio, la escritura se convierte en el arma que el gran Don Quijote recomendó: la palabra. No como instrumento de ataque, sino como posibilidad de imaginar otra realidad antes de habitarla. La escritura aparece aquí como ese gesto cervantino que se enfrenta al mundo no desde la fuerza, sino desde la convicción profunda de que narrar también es una forma de actuar.

Al mismo tiempo, estos textos dialogan con una tradición literaria que se niega a aceptar la famosa máxima garciamarquiana del “aquí no pasa nada” como forma de enmascarar lo indecible. Por el contrario, reconocen que en este territorio han pasado —y siguen pasando— muchas cosas, a veces mal dispuestas, dolorosas, injustas. Es desde ahí que estas voces escriben: no solo para denunciar, sino para repensar, desde la palabra, una forma cotidiana de hacer país.

La paz y la escritura aparecen entonces como gestos próximos y diarios. No como ideales lejanos, sino como prácticas que se ponen en juego en la manera en que nos hablamos, nos escuchamos y nos narramos. La escritura que el lector tiene hoy ante sí es, al mismo tiempo, una invitación y un espejo: un espacio en el que podemos mirarnos, aceptar el reflejo que nos devuelve y decidir qué hacer con él.

Las historias que aquí se cuentan también viven en nosotros. Pueden ser repensadas, inquiridas, trascendidas u olvidadas, no como un acto de negación o impunidad, sino como un gesto de perdón que nos permita no cargar con más distancias y aprender a hilvanarnos como un tejido común.

En síntesis, los cuentos sostienen la dimensión simbólica, afectiva y reparadora, mientras que los ensayos —en diálogo constante con ellos— aportan la dimensión reflexiva y crítica. En conjunto, este libro afirma algo esencial: la paz no es solo un tema para escribir; es una forma de mirar, narrar y habitar el mundo.

Mónica Perea Esparragoza

Coordinadora del Concurso Nacional de Escritura
Villa de Leyva-2025





!Escribir es abrir una puerta: una oportunidad para expresar cómo entendemos y habitamos el mundo. Al comenzar este camino, cada participante se reconoce como escritor o escritora, incluso si apenas inicia y siente o sabe que aún le faltan habilidades por aprender. La clave está en permitirse una mirada curiosa y sensible, capaz de explorar ideas, recuerdos, emociones, personajes, escenarios reales o imaginados que después pueden transformarse en historias.

Cuento

Categoría INFANTIL

En esta fase se proponen recursos para despertar la imaginación y estimular la indagación, tanto de manera individual como colectiva. La intención es dar el primer paso hacia la escritura creativa: ensayar frases, jugar con palabras, explorar hipótesis y atreverse a convertir lo que pensamos o soñamos en una semilla que más adelante podrá crecer como cuento o ensayo.



René Júnior Munive Mora

IE CASD Simón Bolívar
Valledupar - Cesar

Me llamo René Júnior Munive Mora y escribo desde Valledupar, en el Cesar, un lugar donde las calles guardan historias antiguas del conflicto, pero también muchas ganas de seguir adelante. Desde pequeño he escuchado a mi familia hablar de tiempos difíciles, de noches con miedo y de cómo el barrio aprendió a vivir a pesar de todo. Tal vez por eso descubrí que la escritura es mi manera de entender lo que ha pasado y lo que todavía necesitamos sanar.

Para mí, la paz es como una sombra fresca bajo un árbol: un descanso que se siente en el corazón. Con mi cuento “La escoba roja” quise mostrar que, incluso cuando un lugar carga recuerdos dolorosos, siempre hay personas que siembran esperanza con gestos pequeños.

Escribo porque creo que las palabras pueden limpiar un poquito el miedo y recordarnos que todos merecemos vivir tranquilos.



LA ESCOBA ROJA



Dicen que, en mi barrio, antes de que yo naciera, se escuchaban balas casi todas las noches. Yo no estaba, pero mis abuelos cuentan que los techos temblaban y que nadie dormía. Ahora yo tengo trece años, y aunque ya no escucho disparos tan seguido, todavía siento el miedo guardado en las paredes, como si las casas se acordaran.

Un día, en la escuela, la profe nos pidió que escribiéramos qué era para nosotros la paz. Mis compañeros dijeron cosas bonitas: jugar fútbol sin pelear, compartir un pan, abrazar a la mamá. Yo me quedé callado, porque no sabía cómo explicar que en mi cabeza la paz es cuando no matan a nadie más.

Porque yo he visto lo que pasa después de una bala: los gritos, la mamá que corre, el barrio entero vestido de negro.

A veces pienso que la violencia no mata solo a la persona que se va, sino que rompe un pedazo de todos los que se quedan. Y eso duele resto, como si le sacaran un pedazo de corazón al barrio entero.

En mi calle hay una señora que siempre barre con escoba roja. Yo le pregunté por qué, y me dijo que era porque así la sangre de su hijo ya no se notaba tanto. Ese día entendí que la violencia se pega en el suelo, en la ropa y hasta en la piel de la gente.

Pero también descubrí algo: la paz también se pega. Una vez mi vecino, que antes se la pasaba peleando, regaló balones a los niños. Ese día jugamos todos juntos y fue como si el aire se limpiara, como si los gritos se escondieran. O cuando mi mamá me dijo que, aunque la vida sea dura, siempre hay que compartir la arepa con quien no tiene. Ahí entendí que la paz no llega como un trueno: llega chiquita, como semilla que, si uno la cuida, crece.

En la tele siempre ponen noticias de guerra: atentados, muertos, peleas de políticos. Pero casi nunca muestran lo que pasa aquí, en las calles pequeñas, en los pueblos donde ni llega el periódico. Nadie habla de la señora que camina dos horas por agua porque el acueducto se dañó. Nadie cuenta

de los niños que van al colegio sin desayunar y aun así sonríen como si nada. Tampoco dicen nada de las canchas llenas de polvo y huecos donde jugamos con pelotas rotas, soñando que algún día seremos campeones. La violencia también es eso: que te roben la oportunidad de crecer tranquilo.

En mi barrio la paz se siente rara. Un día la gente ríe en la esquina y, al otro, ya no está el vecino porque alguien decidió que su vida valía menos que una bala. La paz se nos va como agua entre las manos, pero igual la seguimos buscando, porque nadie quiere vivir con miedo para siempre.

A veces imagino que Colombia es como una casa gigante, con muchas puertas rotas y ventanas sin vidrio. Cada cuarto es un



barrio, una vereda, una ciudad. Algunos tienen comida, otros están vacíos. Unos cuartos tienen música, otros tienen silencio de dolor. Y nosotros, los niños, somos como los que barren, los que pintan, los que arreglan poquito a poquito para que esa casa no se caiga del todo.

Yo no sé si algún día Colombia dejará de llorar por sus muertos. No sé si de verdad veremos la paz en la tele, en los estadios, en las noticias que nunca nombran a los que estamos lejos. Pero sí sé que la paz empieza en lugares chiquitos: en la esquina donde jugamos, en el plato que se comparte, en la palabra que cura. Tal vez nadie entre a entrevistar a mi barrio, pero yo lo digo desde aquí:

La paz no es un premio, ni una promesa de políticos. La paz es cuando una mamá no tiene que volver a lavar la sangre de su hijo con una escoba roja. La paz es cuando los niños podemos correr detrás de un balón sin que el miedo nos alcance. La paz es cuando el silencio, por fin, se atreve a hablar y lo único que dice es:

—Ya no más.





Manuel Esteban Lobo Reales

IE Rafael Valle Meza
Valledupar - Cesar

Me llamo Manuel Lobo Reales, tengo 10 años, vivo con mi mamá Yuris Rico y con mi papá Deivis Lobo torres; soy el segundo de tres hermanos, estudio en la Institución Educativa Rafael Valle Meza – Sede Escuela Mixta N° 3 y curso grado 5°. Escribo desde Valledupar, donde he crecido rodeado de historias que mi abuela Arhuaca me cuenta bajo la sombra de los árboles. Soy de una familia humilde que me ha enseñado a mirar el mundo con respeto y corazón sincero. Aunque soy callado y algo tímido, en mi mente siempre hay aventuras: me gusta leer, pintar y convertir cualquier cosa en un cuento fantástico. Descubrí la escritura escuchando a mi abuela Flor María Torres; cada palabra suya parecía un camino, y yo quería seguirlo. Agradezco a mi prima Katherine que me ayudó a dar forma a esta historia, con el apoyo de mi maestra Sandra Acosta y la coordinadora Angélica Ovalle, quienes me animaron a participar en este reto y creer en mí. Para mí, la paz es como el vuelo de un colibrí: pequeña, pero capaz de cambiar el aire que respiramos.

Espero que quien lea mi historia pueda sentir un poquito de esa esperanza y entender que las historias nacen del amor, la memoria y los sueños. Mi frase favorita es: *“Todo tiene un cuento escondido, solo hay que escucharlo”*.

Concurso Nacional de Escritura



EL VUELO DEL SINDURÍ DE LA KUNKUNU

(EL VUELO DEL COLIBRÍ DE LA MONTAÑA)



Dicen los abuelos que allá arriba, en Nabusimake, el viento tiene memoria. Que cada ráfaga que baja desde la kunkunu carga los suspiros de quienes alguna vez amaron y de aquellos que un día lloraron.

En un rincón de esa gran kunkunu hay ríos que hablan. Allí vivía Misael, un Armaku (abuelo) de manos firmes y mirada serena, junto a su chuca (nieto) Emilio, un niño que preguntaba más de lo que el silencio podía responder.

En las tardes, cuando el sol se recostaba sobre las kunkunu, Misael se sentaba frente a la puerta de su casa a tallar pedacitos de madera con su viejo cuchillo. Emilio, muy curioso, le llevaba agua fresca y se sentaba a sus pies.

—Armaku, ¿por qué el viento suena distinto cuando pasa el río? — Preguntaba.

Misael le respondía con calma:

—Porque el río guarda las palabras que un día se dijeron con enojo, pero también atesora las que se dijeron con amor.

Historias de Paz

Cuento Categoría Infantil

Emilio no entendía mucho, pero le encantaba escuchar a su abuelo.

—Armaku, cuéntame una historia. Quiero escucharte hablar— Le dijo.

Misael miró hacia el horizonte, suspiró y le dijo:

—Ven a mis piernas, chuca, que te voy a contar una historia que el viento no se cansa de repetir.

Hace muchos años, la kunkunu se cubrió con una nube espesa de oscuridad. Los habitantes de nuestro pueblo dejaron de saludarse, las puertas se cerraban antes de caer la tarde y los niños ya no jugaban en las calles, porque aprendieron a esconderse y a callar cuando escuchaban los ecos de los disparos. Eran tiempos de guerra. Un grupo de hombres armados disparaba sin razón, y nosotros solo podíamos abrazarnos y esperar que todo pasara.

Recuerdo el temblor de la tierra cuando pasaban los hombres armados y el miedo en los ojos de mi madre cuando eso sucedía. Sentíamos que la kunkunu misma lloraba.

Emilio lo escuchaba sin pestañear.

—Armaku, ¿cómo terminó todo eso? — Preguntó con voz temblorosa.

El abuelo lo miró con una sonrisa cansada.

—Un día, hijo, el silencio dolió más que las balas— Respondió.

Una mañana, cuando el sol se abría entre las neblinas, un sindurí (colibrí) entró por la puerta de la casa, revoloteando. Era muy pequeño, pero hermoso, lleno de colores. Y con cada vuelo y voltereta sobre la kunkunu, el miedo comenzaba a desvanecerse.

Mi madre me dijo:

—Ese es el mensajero del perdón; donde hay un sindurí, hay esperanza.

Aquel día, sin que nadie lo esperara, convocaron a todos los habitantes del pueblo en la plaza, junto al árbol de pino. Allí llegaron los hombres armados con el peso de sus fusiles y del silencio. No pidieron perdón con palabras, pero se arrodillaron y entregaron las armas. Esta vez no se escucharon disparos, sino llanto.

Entonces el viento cambió. Sopló distinto, como si respirara alivio. Era un viento nuevo, lleno de paz y esperanza.

Desde aquel entonces, el sindurí vuelve cada año, siempre en la misma fecha y en el mismo lugar, a revolotear sobre el pueblo. Y cada vez que aparece, vuelve la calma. Porque -decía Misael- la paz vive donde el corazón aprende a perdonar.

Soy Manuel Lobo Reales y esta historia fue inspirada en mi abuela kankuama, como un homenaje a la memoria, la naturaleza y la paz. El vuelo del sindurí de la Kunkunu simboliza el poder del perdón y la esperanza que brota en el corazón, cuando la paz llega entre el viento y los colores del colibrí.





Angie Sofía Páez Olaya

COL. Charles Dickens
Ibagué - Tolima

Soy Angie Páez. Tengo 11 años y vivo en la ciudad musical de Colombia: Ibagué, donde los ocobos florecen cada septiembre.

Lo que más me inspira a escribir son las experiencias vividas y mi familia. Para mí la paz es “como un tejido que se hace con paciencia”, porque exactamente eso es: un proceso que requiere paciencia.

Además de escribir, también me gusta leer libros de misterio y fantasía, dibujar y pasar tiempo con mis padres y familiares.



UN TEJIDO CON PACIENCIA



mi abuela le gusta bordar en las tardes.

Saca su caja de hilos y los acomoda como si fueran tiras de colores para una fiesta. Cada color tiene su historia: el azul es para el cielo, el verde para las montañas, el rojo para los recuerdos. Yo me siento a su lado y la miro mover las manos, sus dedos se mueven despacio. A veces me deja escoger un color y me enseña a pasar la aguja con cuidado, sin apurarme. Dice que, si el hilo se enreda, hay que respirar hondo y deshacer el nudo sin hacer caras.

Mi abuela casi no habla, mamá dice que se le apagaron las palabras desde cuando su esposo, es decir mi abuelo, no volvió de la guerra. No sé bien qué guerra fue esa; en mi país la gente se apresura fácil, y todo termina en conflictos. En una foto vieja mi abuela está joven y en embarazo, al lado de ella hay un muchacho con los ojos negros. Siempre que la abuela lo mira, se pone triste.

Una tarde, mientras bordábamos, le pregunté por qué bordaba tanto. Ella no me respondió, me mostró un mantel donde había flores y pájaros.

—Aquí guardo las cosas que no sé decir — me dijo.

Esa noche me quedé pensando en esas palabras. Es que me gusta recordar las cosas importantes que me pasan y, lo más bonito ese día, fueron las palabras de la abuela. Ya en mi camita soñé con una paloma

blanca que volaba sobre el pueblo y dejaba caer hilos en los tejados. Al despertar, supe lo que quería bordar para ella.

Busqué un pedacito de tela y el hilo más blanco que encontré. Tardé toda la tarde en hacer las alas, porque quería que parecieran de verdad. Cuando terminé, me pinché un dedo, pero no me importó: la gota de sangre se secó rápido, como si fuera parte del bordado. Al anochecer le llevé la tela a mi abuela. Ella estaba junto a la ventana, remendando una sábana.

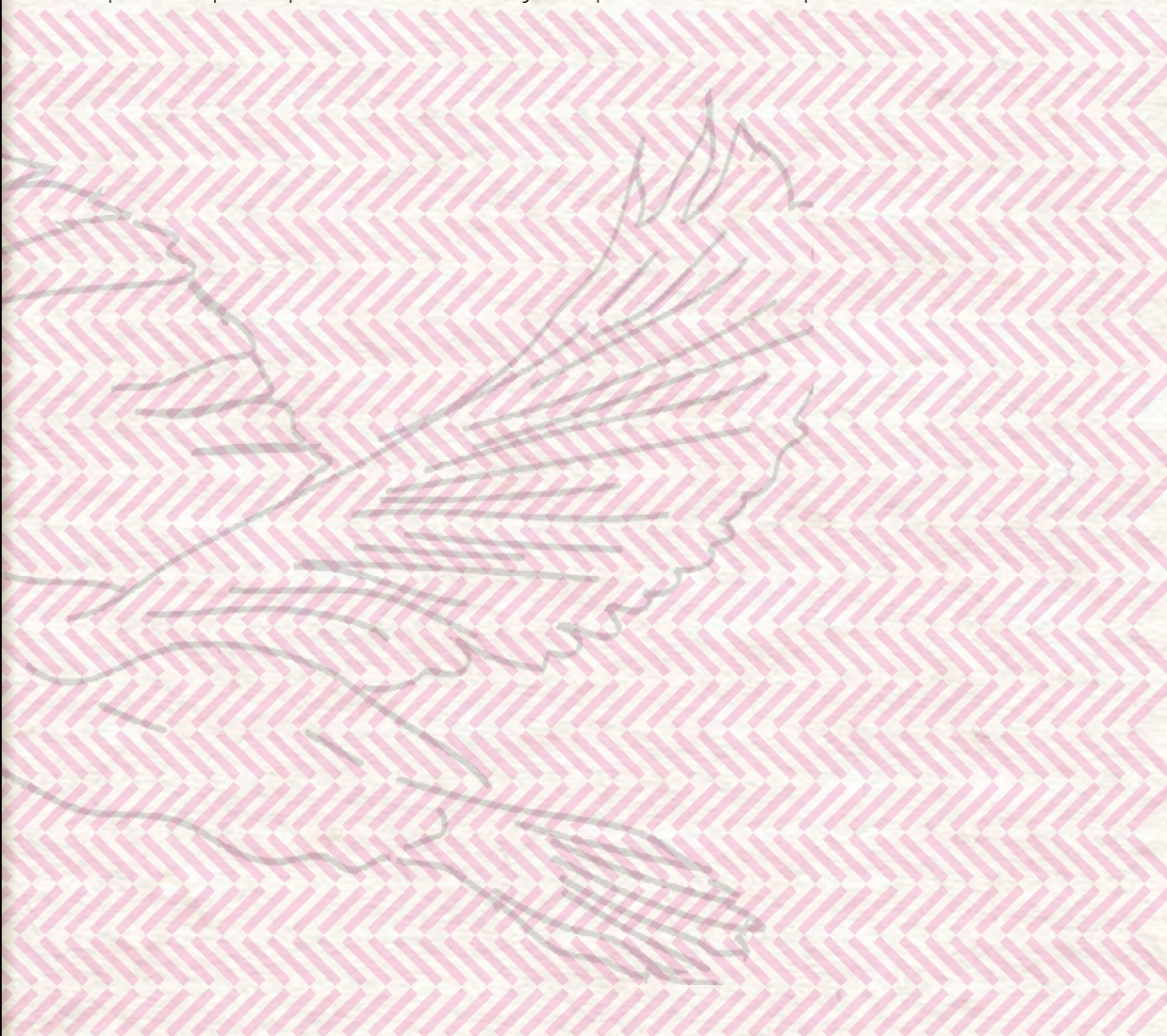


—La hice para ti — le dije, y le mostré la paloma.

La abuela se quedó mirándola sin decir nada. Pasó los dedos sobre las alas y luego se llevó la tela al pecho. En sus ojos sentí un brillo especial. Después me abrazó.

No hablamos más.

Desde ese día, cada vez que el hilo se enreda, respiro hondo. Entonces pienso que la paz es como un tejido, que se hace con paciencia.





Mia Marcela Franco Mejías

Institución Educativa Distrital San Vicente
de Paúl. Barranquilla - Atlántico

Mi nombre es Mía Marcela Franco Mejías; más allá de mi nombre, soy como mi cuento: una historia que día a día escribo con dedicación y esfuerzo, con una esencia única llevada de la mano de Dios, con fe, y llena de los valores que me ha inculcado mi familia. A pesar de mi corta edad, ya sé que aquello que realmente me define es la forma en que siento, pienso, amo y sigo creciendo. Escribo desde Barranquilla, la costa caribeña, lugar increíble que representa con orgullo la entidad colombiana, sitio donde el sol ilumina mis sueños y metas y en donde el viento me susurra cuentos para escribir.

Para mí, la escritura significa la posibilidad de decir lo que mi voz muchas veces no logra expresar; es como un canal entre lo que siento en mi interior frente al exterior: pensamientos, ideas, sentimientos y emociones importantes que permiten crear e imaginar siempre inspirada y dispuesta a dar lo mejor de mí; porque cuando escribo me descubro a mí misma.

Espero que mi cuento logre despertar emociones, que lo encuentren divertido, pero al mismo tiempo capaz de avivar sentimientos que, a veces, tenemos reprimidos. Y claro, que destaque la importancia de vivir en paz invitando a la reflexión, porque la paz comienza en la cotidianidad y en lo más simple. Este cuento inspira, enseña y siembra valores.



FOSFENO “EL PELEONERO”



Fosfeno “el peleonero” era un señor alto, blanco, de cabello rizado, con un lunar rojo en la mejilla. Su carácter era amargado. No trabajaba. Vivía de una gran fortuna que le dejaron sus padres. Habitaba solo en su casa y no tenía a nadie.

Su hogar era oscuro, sucio, con mal olor y con todas las flores de su jardín marchitas. Además, este lugar estaba ubicado en un pueblo con montañas y ríos llamado Latanga; solía ser un pueblito alegre, donde todos ayudaban y compartían; pero todo esto cambió gracias a Fosfeno, ya que se dedicaba a crear discordias afectando la paz y la tranquilidad del pueblo.

Sin saberlo, era afortunado porque estaba rodeado de vecinos trabajadores y nobles, pero que ya no eran los mismos por sentirse perturbados y predispuestos a discutir entre ellos.

Él solía molestar todos los días a las 2:00 am; a esa hora, sacaba un cornetón que se escuchaba en todo el pueblo. Lo colocaba en toda la puerta de su casa, lo conectaba a un micrófono y al momento se escuchaba:

—¡Oh que día tan feo!, ¡jaja,ja! ¡Lo voy a mejorar!, ¡jaja,ja! — decía con maldad, para que todos escucharan y se despertaran.

Además, ponía música. Los vecinos se despertaban asustados y enojados. Se quejaban por el ruido, ya que no respetaba su descanso, lo que generaba un ambiente hostil y pesado.

Los Petricor, vivían al lado. Ellos se sentían frustrados ya que la señora Alina era enfermera, trabajaba en el hospital y la pobre no descansaba.

—Amor, pareces un oso panda. ¡Esas ojeras! — le decía su esposo.

—¿Qué podemos hacer? —le respondía ella— Fosfeno hace esto todos los días.

Otro vecino, llamado Polo, tenía los ojos tan hondos y exaltados que parecía un búho. Él tampoco podía descansar y ni qué decir de la pobre señora Eduviges: estaba enferma del corazón y lloraba, porque se le hacía imposible tener paz.

Las familias que residían en Latanga vivían agotadas.

De la misma manera Fosfeno, diariamente y a escondidas, agarraba la basura recogida, la sacaba y la esparcía por algunas casas. Nadie sabía que él era el responsable, creando motivos de discusión entre los vecinos.

También maltrataba a los animales. Fosfeno se aseguraba de no tener a nadie cerca y agarraba por la cola a Toy, el gato de la señora Alina, y le daba vueltas al pobre gatito. Toy le tenía miedo y ni hablar de los niños, que no lo podían ver.

Él, cuando veía a un niño, agarraba la manguera y los mojaba. Un día Dante, el hijo de la señora Molly, llegó a su casa mojado y llorando.

—¿Quién te mojó? —le preguntó su mamá.

—¡Fosfeno! —le respondió Dante.

La señora Molly enojada llegó hasta la casa de Fosfeno y tocó fuerte la puerta.

—¡Fosfeno!, ¿por qué mojaste a mi hijo?

—Fue un accidente —dijo el muy descarado, con una sonrisa en su rostro.



Todos los vecinos salieron a mirar.

—¡Fosfeno, ERES UNA MALA PERSONA! Desde que estas aquí todo es problemas, discusiones y suceden cosas extrañas —le contestó la señora Molly.

—¡Mire señora, no sé de qué habla! ¡Le agradezco se vaya de mi casa! —le dijo Fosfeno muy tajante.

—Fosfeno, todas tus malas acciones tienen consecuencias; algún día te darás cuenta que no es bueno burlarse de la gente.

—Yo no necesito a nadie; tengo todo para vivir —contestó en tono soberbio.

—¡Este señor se llama Fosfeno el peleonero, porque nos hace la vida imposible! Por él discutimos, no nos deja descansar con su música y yo sé que es él quien arroja la basura a las casas.

Estas palabras las dijo Molly más que con rabia, las dijo con tristeza. Sentía que nadie la apoyaba, entonces sus ojos se llenaron de lágrimas y, sin más, se retiró a su casa.

Al pasar el día, Fosfeno comenzó a sentirse mal. Le dolía mucho su pecho y recordaba solo una frase: “Eres una mala persona”; estas palabras le afectaron mucho, aunque no lo demostró. Decidió tomar una pastilla para su malestar y otra para dormir. Se sentía cansado y así fue como se durmió profundamente.

El cielo se oscureció, se tornó muy negro, empezó a llover y a llover, como si Latanga estuviera llorando. Llovió tanto que la casa de Fosfeno se inundó poco a poco, pues resulta que allí no había desagüe. Todos los vecinos estaban asustados. Jamás había llovido así de fuerte y estaban alerta a cualquier incidente. Entonces, se percataron que la casa de Fosfeno se estaba inundando y que no había señales de él. Así preocupados decidieron entrar en ella.

El señor Petricor, Polo y otros habitantes encontraron a Fosfeno profundamente dormido, por lo que lo llevaron a casa de la señora Molly. Arrepentida por lo sucedido se ofreció para cuidarlo.

Cuando Fosfeno despertó quedó impactado. Estaba en su casa solo, se escuchaba el sonido fuerte de la lluvia; un aroma a hogar entró por su nariz y se alojó en su corazón. “¿Dónde estoy?”, se preguntó. La señora Molly entró a la habitación, junto con varios vecinos, y le explicó lo sucedido. Él con mucha vergüenza, arrepentido por su mal comportamiento, bajó su cabeza y, sin poder mirarlos a los ojos, expresó:

—¡No merezco su bondad! Me he dedicado a robar la paz de Latanga. He abusado, dañado y maltratado todo lo que embellece nuestra comunidad. Les pido perdón por todo el mal causado. He comprendido el gran valor de la amistad y el respeto.

—Nunca es tarde para empezar de nuevo —le contestó la señora Molly.

Repentinamente salió el sol, llevándose consigo la lluvia, como si nada hubiera pasado.

Una vez aliviado, Fosfeno fue a su casa y, con el pasar de los días, notaron a un hombre diferente. Limpió completamente su hogar, así como su alma. Era amable y servicial. Se reconcilió consigo mismo y sembró flores en su jardín.

Los vecinos, al ver esto, se acercaron. La luz y la tranquilidad volvieron. Las risas de los niños se escuchaban con felicidad, armonía y amor.

Además, Fosfeno se dedicó a ayudar a los necesitados.

Esto unió más al pueblo demostrando que, hasta el más duro corazón, puede transformarse para vivir en paz.





Jhoy Miguel Rocha Rodríguez

institución Educativa Santa Rosa de Lima
Santa Rosa - Bolívar

Me llamo Jhoy Miguel Rocha Rodríguez y escribo desde Santa Rosa de Lima, al norte del departamento de Bolívar, donde los niños son alegres y libres como las mariposas y en donde los grandes te protegen con su cuidado.

Creo que la escritura es un gran río de colores, donde navegamos en medio de sabiduría para conocer el mundo y llenarlo de magia.

Veo la paz en el saludo de la gente, en un momento bonito, en mi madre y en el cantar de las aves; “La aventura de Jhoy” es un llamado a la unión y a la libertad, en la creencia de que la unión hace la fuerza.



LA AVENTURA DE JHOY



En una ocasión Jhoy, un niño inquieto de piel morena y cabello negro, con sus dos hermanitos, planearon pescar en un arroyo cercano a la finca donde vivían con sus papás.

Aquella mañana el sol estaba radiante y las neblinas, que cubrían el campo, desaparecían sobre el pasto del potrero de las vacas.

Wylher, el hermano menor, cortaba sus antiguas chancas para hacer las boyas. Iker, entre tanto, rebuscaba lombrices en la tierra húmeda y porosa, pero se distraía con el canto de las aves y el chillar de los grillos.

—Iker, no te distraigas tanto y apúrate con esas lombrices que vamos a llegar tarde! —le dijo Jhoy.

Iker metió las lombrices en una bolsa y esperó la orden de su hermano mayor.

Aquella mañana tranquila, las vacas esperaban su turno para ver salir sus becerros del corral y ser ordeñadas. El canto de las aves, junto con el sonido de los chorrillos de la leche espumosa en los baldes de ordeño, eran la única música que ambientaba el lugar.

La faena de pesca se puso en marcha; los tres hermanitos desayunaron café con leche recién ordeñada, yuca cocida y queso fresco. A los pocos minutos partieron. Llevaban mochilas hechas con botas de pantalón

con las provisiones y materiales necesarios para pescar. Poco a poco los caminos hechos por los animales que pastoreaban en las huertas, se hacían más estrechos entre los árboles de cereza, uva y guayabas. Estas frutas eran un banquete que los hermanos tenían a su disposición. Sus mochilas y barrigas rebosaban, al mismo tiempo que sus dientes y bocas se teñían de morado, amarillo y negro.

El hermano mayor, con voz fuerte y firme, alertó a sus hermanos que pronto llegarían al lugar de la pesca y que, a partir de allí, los únicos sonidos permitidos eran los cantos de las aves y las gotas que los peces provocaban al salpicar con sus colas la superficie del agua. Todos guardaron silencio y avanzaron entre ramas, palmas y hojas secas hasta ubicarse en el lugar más indicado para iniciar la pesca.

Los primeros pececillos mordían las carnadas sin que los tres hermanos tuvieran éxito. De repente, un grupo de voces murmuraban, mientras un cachorro ladraba entre los arbustos. Los tres hermanos no reconocían las voces y se asustaron por lo que se quedaron en silencio, esperando que fueran adultos pescadores.

Jhoy observaba con sigilo, esperando, y decidió verificar quiénes eran estas personas. De repente, fue sorprendido por un cachorro al que llamaban Rayito, con lunares blancos en la cara y su cuerpo negro, como las noches tenebrosas en temporada de cuentos de brujas. Rayito tenía una mirada tierna y curiosa, sus saltos y cola iban de lado a lado, como invitando a jugar a los tres hermanitos.

La escena inspiraba alegría y tranquilidad, mientras Rayito y los niños se distraían con ladridos, saltos y sonrisas; una voz femenina y tierna llamó al perro y éste contestó con ladridos. Los niños por su parte sintieron tranquilidad, nada malo podría venir de una voz como esa y juntos en coro contestaron:

—¡Aquí está!

Una chica mestiza, como de 18 años, con cabellera larga y rasgos indígenas, se acercó a los niños y preguntó sus nombres y su edad.

—14, 10 y 8 —respondieron los niños de menor a mayor.

Los tres salieron del sitio de pesca y cruzaron arbustos hasta llegar a un campamento improvisado, donde había jóvenes vestidos con camuflados que cargaban armas. Su amabilidad con los niños no despertó ningún temor en ellos, por lo que se acercaron y se presentaron a todos esos jóvenes.

Ellos pidieron a los niños buscarles leche y queso, pero sólo dejaron ir a los dos hermanitos menores.

Cuando los dos niños llegaron a la casa, le comentaron al padre que su hermano estaba con unos chicos y unas chicas en la parte de atrás y a ellos los mandaron a buscar queso y leche.

El papá, asustado, salió en busca de su hijo llevando la mochila cargada de suero, queso y leche para aquellas personas. Al llegar al lugar, el señor Jhonny, muy asustado por lo que pasaba, no encontró a su hijo.

En su desespero emprendió una caminata. El sol caía y el atardecer llegaba, dándole la bienvenida a la oscuridad de la noche. Bajo el cantar de las ranas, el zumbido de los zancudos y el brillar de las luciérnagas, el padre buscó con desespero el rastro de aquellas personas, pero no encontró indicios de hacia dónde podían haberse llevado a Jhoy. Al no encontrar nada, el señor Jhonny regresó a la finca y reunió al resto de sus familiares quienes, asustados, se marcharon de ese lugar.

Apoyados con las autoridades, los padres de Jhoy emprendieron una nueva búsqueda por muchos lugares, sin encontrar respuesta. A medida que el tiempo pasaba, Jhoy permanecía en cautiverio por un grupo de personas armadas.



Todos los días, Jhoy les hablaba de las bondades de la vida y de lo bonito que era vivir en libertad; una noche cualquiera, con una luna y el cielo lleno de estrellas, Jhoy convenció a todo ese grupo para que fueran libres.

Estando en una nueva ciudad, la familia se enteró de que había ocurrido un enfrentamiento entre el grupo que tenía retenido a su hijo y el ejército. Gracias a su inteligencia, Jhoy logró ser libre. Sin saber que sus padres y sus hermanos estaban en la misma ciudad, el encuentro se desarrolló de manera inesperada, lo cual fue maravilloso. Wylher, al ver a su hermano, lo abrazó.

—No te vuelvas a ir de mi lado —dijo, con lágrimas en los ojos.

En respuesta, Iker se colgó de la espalda de Jhoy y ambos cayeron al piso, soltando carcajadas de alegría.

Al ponerse los dos de pie y calmar las risas, los padres abrazaron a su hijo.

—¿Cómo hiciste para escapar? —preguntaron emocionados.

—¡Si supieran! Todas las noches yo conversaba con el grupo de personas que me tenían cautivo. Les hablé de Dios y de las nuevas oportunidades que nos ofrece la vida.

Sus padres lo abrazaron de nuevo y llenaron su rostro de besos.





Samuel David Gómez Cardona

Liceo de Colombia Bilingüe
Bogotá D.C - Bogotá D.C

Soy Samuel David Gómez Cardona, tengo 12 años y participé en la categoría infantil. Hago parte del Liceo de Colombia Bilingüe, en donde mi profesor de Lengua y Literatura me animó a participar.

Escribo desde Bogotá, capital multicultural con aroma a todas las regiones de Colombia. Soy un firme creyente que en la vida todo es posible y que los límites están en la mente, pues, además de ser mi inspiración por escribir, también soy futbolista. Entiendo la escritura como una forma de sumergirse en un mar infinito de posibilidades, donde la imaginación no tiene límite. La paz es una palabra que atraviesa todos los estados de ánimo para formar armonía, de tal suerte que se puedan brindar soluciones efectivas a los conflictos.

Con este cuento, mi intención es que la gente que lo lea sienta curiosidad por esta cultura y se sensibilice, pues la información y los datos del texto son reales, pero la historia es de mi autoría.



EL RELATO DE UN YUKPA



Vengo de lo profundo de las inmensas montañas de la serranía del Perijá, ubicada en la frontera del departamento del Cesar, Colombia, y el estado de Zulia, Venezuela. Entre la vegetación de los picos y sierras, la paz y la tranquilidad eran elementos que nunca hacían falta. Vivía en un pueblo indígena llamado Yukpa. Creíamos que en el cielo había dos soles, uno de los cuales fue engañado por su mujer, quien fue arrojada al agua convirtiéndose en rana; el sol engañado se transformó en la luna y el otro aún gobierna el universo junto con las estrellas. Nos desplazábamos entre las montañas de la serranía, éramos nómadas. La comunidad no era muy grande, no tenía más de 10.000 personas. Solíamos cultivar gran cantidad de alimentos, como el maíz y la yuca. Mi nombre es Kashimana, que significa hombre fuerte, y esta es mi historia.

Todos los días me levantaba a las 5:30 a.m. Salía a caminar para contemplar el amanecer. Luego, iba a acompañar a mi papá a pescar; prácticamente todos los días llevaba un pescado a casa. Cuando tenía 9 años fabriqué un arco con flecha, que usaba cuando iba a explorar la selva para cazar animales como aves o mamíferos, los cuales compartía con mi familia. Si me alcanzaba el tiempo, en la tarde jugaba con mis amigos al escondite o a saltar la cuerda; eran mis juegos favoritos. Cuando empezaba a anochecer, mi mamá paraba de hacer sus tejidos tradicionales e iba a llamarme para la cena, que normalmente era tubérculos como la yuca, pescados o animales cazados durante el día. Ya en la noche, los niños nos reuníamos al lado de una fogata, donde los abuelos contaban historias y mitos ancestrales. No podíamos tardar mucho porque debíamos ir a dormir para levantarnos temprano al día siguiente.

Un día, cuando tenía 12 años, alrededor de las 3:00 p. m., mientras caminaba por una selva de la serranía, empecé a escuchar que las hojas en el suelo hacían un sonido diferente al de mis pasos. Escuché susurros provenientes de atrás de los árboles, los cuales me produjeron curiosidad y quise escuchar más de cerca lo que decían esas extrañas voces. Decían que iban a hacer lo posible para conseguir los minerales ocultos en las montañas. Cada vez sus pasos se escuchaban más cerca; tenía miedo de ser descubierto. La cantidad de personas parecía ir aumentando. No sabía qué hacer, hasta que me di cuenta de que al lado de mis pies había una piedra que agarré y lancé hacia su lado derecho, provocando que sonara como si hubiera alguien ahí. Las personas prepararon sus armas reaccionando hacia donde cayó la roca, mientras yo aprovechaba para salir corriendo hacia el lado opuesto lo más sigilosamente que pude. Sin embargo, me escucharon correr y trataron de dispararme, pero ya estaba muy lejos. Cuando volví a la aldea, busqué a mi padre para informarle lo que había sucedido, pero mi madre me indicó que en la mañana salió a pescar y aún no regresaba, lo cual era muy inusual. Cada vez mi preocupación iba aumentando, pues mi padre siempre volvía antes del mediodía y ya eran casi las 4:00 p. m. Escuché alrededor de la aldea que muchas personas habían desaparecido; vi a muchos llorar desconsoladamente, llenos de temor por lo que podía pasar. Toda la paz que se había construido en la comunidad parecía haberse arruinado en tan solo unas horas.

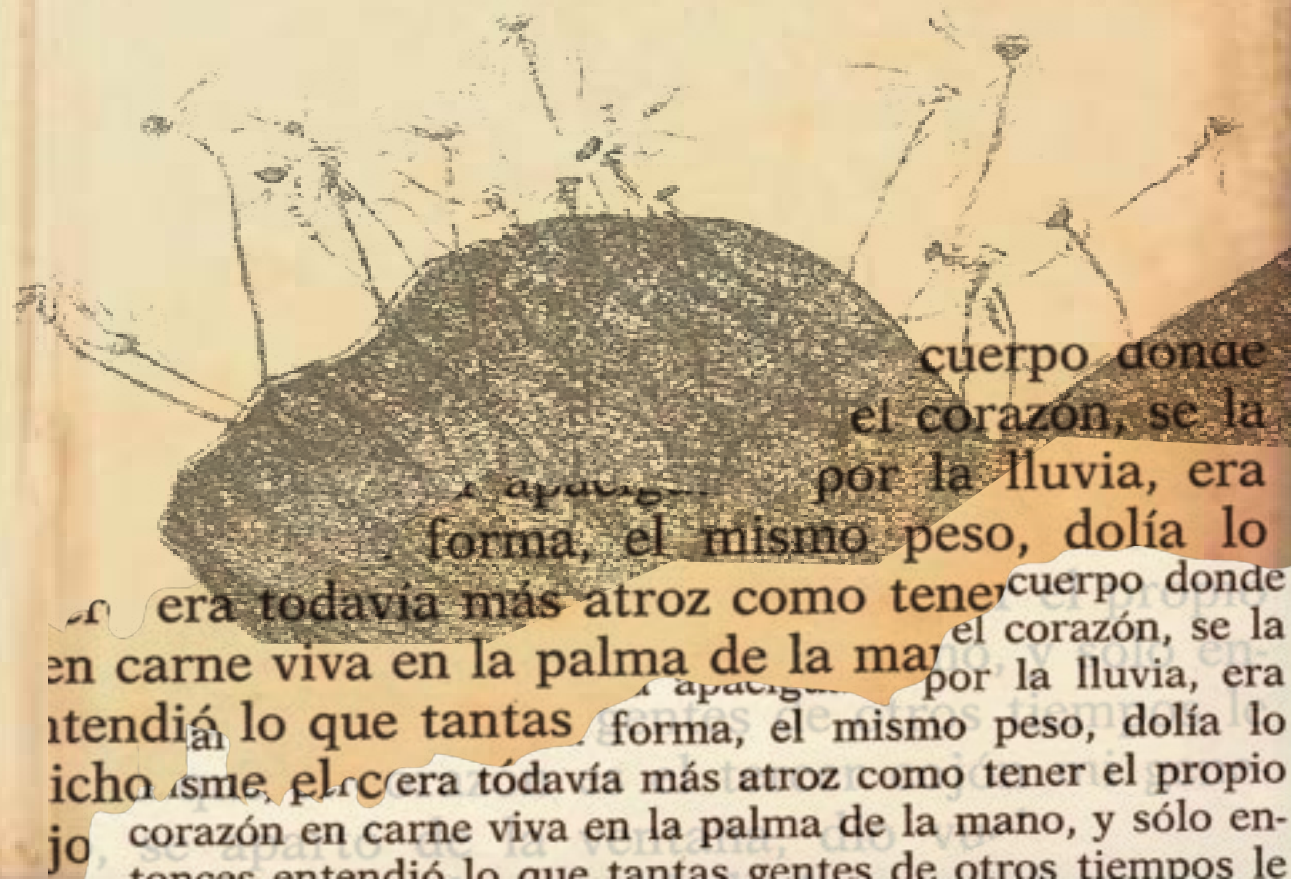
al cielo y, desde ese instante, el pueblo Yukpa dejó de ser lo que antes fue. Hubo gritos desesperados, espanto, gente corriendo mientras los disparos retumbaban todo el lugar. Mi mamá y yo agarramos nuestras pertenencias rápidamente y salimos de nuestra cabaña hacia la selva, pero en medio del caos nos separamos sin darnos cuenta; hui con una multitud que me encontré mientras corría. En ese instante, lo único que importaba era salvar la vida. Muchas personas no lograron escapar y fueron secuestradas por el bando armado. Yo no sabía dónde estaba mi mamá, si había huido o no, estaba aterrorizado. Íbamos caminando sin rumbo fijo, hasta que vimos otro grupo, el cual era de la comunidad. Intenté buscar a mi mamá, pero no la vi, lo que me preocupó. Repentinamente, sentí una mano en mi hombro, me volteé y encontré a mi mamá, entonces le di un fuerte abrazo que consoló mi preocupación. Ambos grupos se unieron y seguimos caminando sin parar. Muchos estaban sin alientos, después de ver cómo arruinaron sus vidas por completo. Cuando las esperanzas desaparecieron, en medio de los árboles se vio urbanización, lo cual indicó que habíamos llegado a Valledupar, capital del Cesar. Lo primero que hicimos fue buscar algo de comer, pues después de casi dos días caminando, no comimos nada. La alegría en todos era inocultable.



Ahora teníamos que reconstruir nuestras vidas en Valledupar, comenzando por aprender español. Mi mamá consiguió una pequeña casa y empezó un emprendimiento de tejidos para conseguir un poco de dinero para que yo pudiera estudiar. Conseguí trabajo en un restaurante como mesero a los 15 años, y así pude ganar un sueldo mínimo para construir un mejor futuro junto a mi mamá. Entré a la universidad y mi mamá estableció un pequeño restaurante de comidas típicas. Nunca volvimos a saber nada de mi papá; aún sigue desaparecido. Ya tengo 20 años, nuestra calidad de vida ha mejorado significativamente y tengo sueños por cumplir. Fui víctima del conflicto armado y desplazamiento forzado. Mi nombre es Kashimana, y esta fue mi historia.



no que el corazón es el tercer cojón mi gene
se apartó de la ventana, dio vueltas
diencias con la ansiedad sin res
eterno con una espina de ne
se encontró en la



cuerpo donde
el corazón, se la
por la lluvia, era
forma, el mismo peso, dolía lo
era todavía más atroz como tener cuerpo donde
el corazón, se la
por la lluvia, era
forma, el mismo peso, dolía lo
era todavía más atroz como tener el propio
corazón en carne viva en la palma de la mano, y sólo en-
tonces entendió lo que tantas gentes de otros tiempos le



Nicolle Sofía Peña González

Institución Educativa Rural
Departamental Integrada Valle
de Tenjo - Cundinamarca

Soy una niña de nueve años a la que le gusta experimentar e imaginar un mundo lleno de paz y cuidado ambiental. Vengo del municipio de Tenjo.

Por medio de los trabajos del colegio, en los que nos piden crear cuentos con palabras que nos sugieren, me lanzo y viajo a un mundo mágico.

¿La paz? es tener buena relación entre personas, familiares y amigos, sin caer en conflictos o riñas inútiles.



EL SECRETO DEL MAJUY



Víctor, un niño de diez años, con un pelo que parecía un manojo de papas frescas, vivía en Tenjo, un pueblo donde el aire olía a tierra húmeda y promesas ancestrales. Su mejor amiga, Ana, una experta en trepar árboles, siempre lo acompañaba.

La casa de Víctor estaba junto a la orilla del río Chicú, un hilo plateado que tejía la sabana. Era un río hermoso, pero la preocupación era palpable: el agua parecía disminuir. Otro verano, y “el río estará más bajo que la última vez que visitamos el Museo de Ovnis”, comentó Ana una mañana, mientras mojaban sus pies en la orilla.

Los abuelos de Víctor, Don Jorge y Doña María, eran los guardianes de las historias de Tenjo. Una tarde, el abuelo le mostró a Víctor un antiguo libro de pasta dura, sin título. “Este no es el Libro de la Paz que leemos en la escuela”, le dijo Víctor al abuelo.

—Este es el Libro de la Calma. Solo se abre cuando alguien necesita recordar la verdad de la montaña.

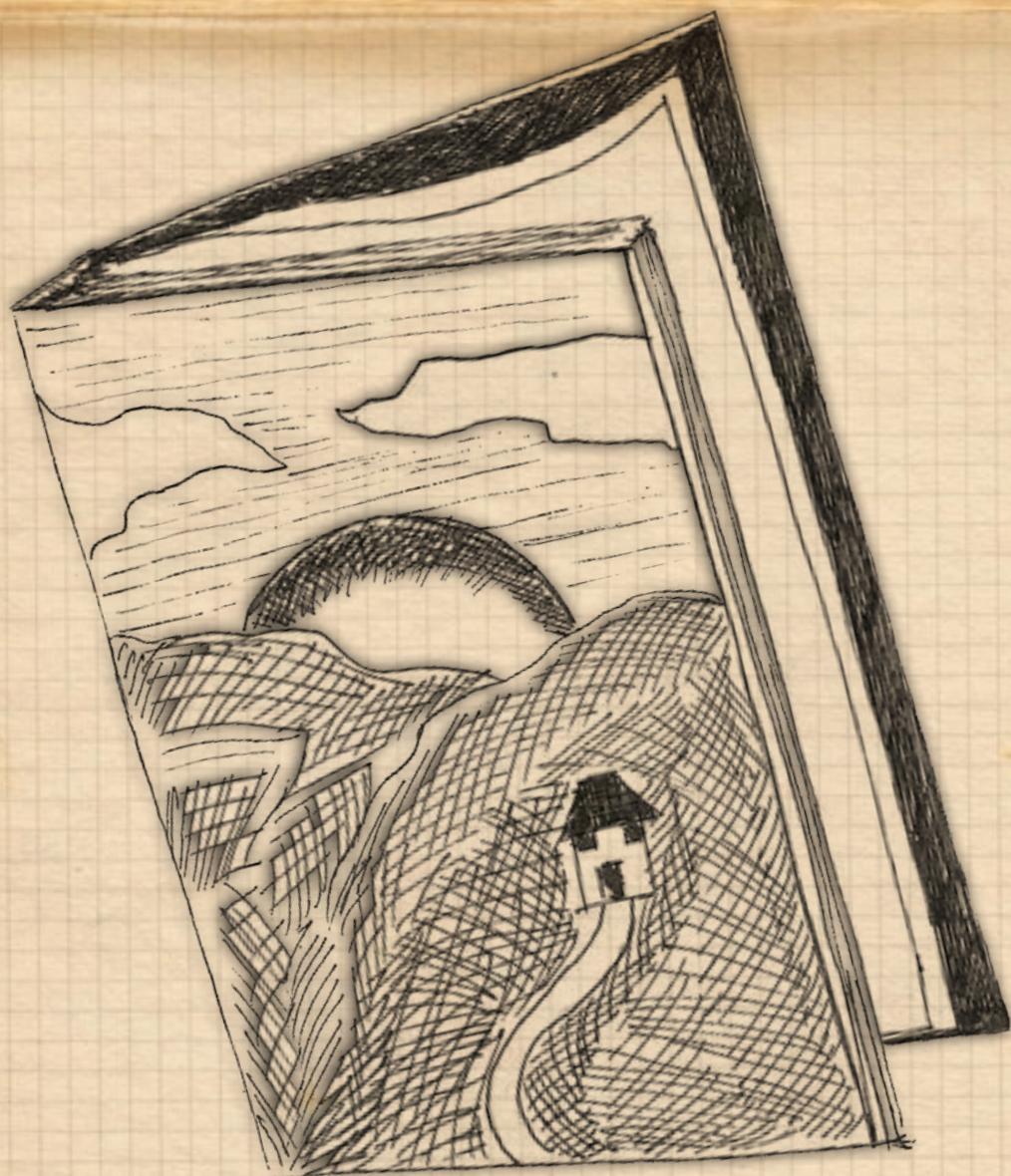
—¿Y qué verdad es esa?, preguntó Víctor.

—La que te enseñan las hojas mano de oso — dijo la abuela, con un brillo en los ojos. —Si la encuentras, el libro te hablará.

Víctor y Ana decidieron ir a la Montaña del Majuy, el cerro tutelar que vigilaba Tenjo. Era un lugar sagrado y misterioso, y la búsqueda de la hoja mano de oso se convirtió en su misión.

Tras una larga caminata por senderos cubiertos de niebla, llegaron a una zona donde los árboles eran más viejos y retorcidos. Allí, en el suelo húmedo, Ana gritó:

—¡Mira, Víctor! ¡Es gigante!



Era una hoja con cinco lóbulos profundos, verde oscuro y aterciopelada, tan grande como la mano de un gigante: la hoja mano de oso. Víctor la tomó con reverencia y se sentó a los pies de un roble. Abrió el Libro de la Calma y, con la hoja tocando la primera página, se concentró en el problema del río.

El libro permanecía en blanco, pero el silencio que lo rodeaba se hizo profundo. Y entonces, una voz que sonaba como el murmullo del viento, filtrándose entre las rocas del Majuy, resonó en su mente:

—No es que el río Chicú se seque; es que las venas de la montaña están sedientas.

Víctor cerró el libro, entendiendo. Corrió de vuelta al pueblo con Ana.

—¡Abuelos! El libro no habla de menos agua, sino de la Montaña del Majuy. ¡Estamos tomando demasiada agua de los manantiales, antes de que llegue al río!

Los abuelos lo escucharon, y luego los vecinos. Don Jorge, con el Libro de la Calma en mano, convocó a la comunidad en la plaza.

—Víctor y Ana han recordado una verdad antigua — declaró el abuelo. Si cuidamos el Majuy, el Majuy cuidará el Chicú.

A partir de ese día, el pueblo de Tenjo se organizó para canalizar el agua de riego de manera más eficiente, dejando que una parte vital regresara al cauce del río Chicú. Las papas que cosechaban sabían más ricas, pues la tierra estaba agradecida.

Víctor y Ana regresaron al Museo de Ovnis, no solo para ver maquetas de platillos voladores, sino para dejar el Libro de la Calma, no como una reliquia, sino como un recordatorio de que las grandes verdades para la paz y el equilibrio de Tenjo, no venían del espacio exterior, sino de la sabiduría silvestre de su propia montaña sagrada.





Juan David Escobar Ortiz

IE Pedro Vicente Abadía
Guacarí - Valle del Cauca

Me llamo Juan David Escobar Ortiz y tengo 9 años. Vivo en Guacarí, un pueblo de historias en el Valle del Cauca. ¿Sabías que, de aquí, es el árbol del Samán que vemos en la moneda de \$500 pesos? Aquí vivo feliz con mi mamá y mi mamita, la que me enseña a preparar mi comida favorita: arroz con huevo.

Mi sueño es ser profesor y empresario. Ahora estudio en la Institución Educativa Pedro Vicente Abadía, donde mi profesora de cuarto me animó a escribir cuentos infantiles y a participar en clubes de lectura para mejorar mi aprendizaje.

Me gusta leer para conocer el mundo y escribir para salir de la rutina; también hacer cosas nuevas y diferentes en mi mente. Quienes lean mi cuento aprenderán que, si peleamos, nos esperan cosas nubladas; pero si no lo hacemos, la vida va a embellecer y nos traerá muchas cosas buenas. Para mí la paz es cuidarnos unos a otros, es no tener conflictos, ni peleas. "Estar en paz y en armonía nos permite estar sanos".



LAS AVENTURAS DE DAGAR Y ABI

Capítulo 1: la aventura comienza



Había una vez dos hermanos, Dagar y Abi, que vivían con su mamá en un pueblo rodeado de bosques mágicos. Peleaban mucho porque no lograban ponerse de acuerdo ni en los juegos, ni en las comidas, ni en las tareas de la casa, ni del colegio. Siempre discutían por todo y, a pesar de que su mamá los aconsejaba, no dejaban de pelear. Era costumbre de la población que, al cumplir cierta edad, los jóvenes debían adentrarse al bosque a explorar y aprender cosas para la vida. Dagar y Abi deseaban que llegara el momento para ir a vivir su aventura, pero no su mamá. Ella, desde niña, le tenía miedo al bosque porque sus padres, después de tenerla, entraron en un bosque misterioso en busca de un diamante legendario y nunca más los volvieron a ver. Pero llegó el día en que Dagar y Abi cumplieron la edad. Le dijeron a su mamá que querían ir a explorar el bosque mágico, como lo hacían todos los jóvenes del pueblo. Con temor, ella los dejó ir, pero con la condición de que debería cuidarse el uno al otro sin disputas, ya que en casa acostumbraban a discutir por todo. Dagar y Abi se emocionaron y prometieron apoyarse mutuamente; dispusieron lámparas, comida, carpa, agua y no podía faltar un cuaderno de notas para registrar sus historias. Ni qué decir de los dulces que tanto les gustaba. Esa noche no pudieron dormir de la ansiedad que sentían por ir a vivir su gran aventura.

Capítulo 2: conflictos en el bosque mágico

Al prepararse para empezar su gran aventura, Dagar y Abi empezaron a discutir por las cosas que cada uno debía llevar, sin ponerse de acuerdo en qué maleta llevar, la azul o la roja. Al adentrarse en el bosque, discutieron porque tampoco podían acordar qué camino seguir. Se enfrentaban mucho, pues uno quería ir a la izquierda y el otro a la derecha. Sus peleas eran cada vez más fuertes, mientras las nubes se oscurecían como si fuera a llover. Dagar empezó a gritar y empujó tan fuerte a Abi, que este cayó al suelo y se rasguñó su rodilla, lo que le hizo llorar. Dagar entró en pánico y no supo cómo consolarla. Fue en ese instante que escucharon una fuerte voz:

—¿Quién está gritando y llorando? ¡Me despertaron!

Cuando miraron, quedaron sorprendidos al ver que se trataba de un árbol que les estaba hablando; permanecieron quietos y no sabían qué decir. El árbol continuó hablando:

—Niños, ¿qué les pasa? ¿Por qué discuten tanto? Cuando las personas pelean, el bosque mágico se entristece y llora, el cielo se oscurece y llueve, apareciendo plantas y animales feroces que los atacan. Por eso les aconsejo que no peleen más, convivan en paz y armonía para que puedan sobrevivir. Así el bosque se embellecerá, les dará alimento y buena compañía.

Los hermanos se miraron entre ellos, pensaron en las palabras de aquel árbol y reflexionaron.

Dagar dijo:

—Somos familia no debemos pelear; como dijo mamá, debemos apoyarnos.

Secó las lágrimas de su hermanita Abi y curó su herida. Ambos se disculparon y se dieron un abrazo. Se dieron cuenta que el árbol ya había desaparecido. Acordaron tomar el camino de la derecha. Era hermoso, rodeado de frondosos árboles y flores. Entre los arbustos apareció un enorme perro salvaje que les hizo sentir temor. Dagar cogió un palo para golpearlo y espantarlo, pero Abi le permitió hacer eso; en cambio, extendió su mano con comida. El animal se acercó amablemente y comió. Lo acariciaron y le dieron agua para beber. El perro, un pastor alemán, los miró y luego se alejó. Cansados, siguieron caminando hasta que encontraron un buen lugar para acampar.

Al llegar la noche empezaron a buscar ramitas para hacer una fogata, pues tenían mucho frío y miedo de la oscuridad. Desesperaron al ver que no podían encender la fogata, y nuevamente discutieron. Al escuchar su pelea, muy fuerte, por cierto, un animal feroz de grandes garras, dientes afilados y enorme panza, apareció y los atacó.

En ese momento llegó su nuevo amigo, el pastor alemán, que lo enfrentó con un gran rugido. Todo el bosque se estremeció y el animal feroz huyó despavorido. Dagar y Abi se salvaron gracias a su amigo. Luego escucharon nuevamente la voz de aquel sabio árbol:

—¿Ya olvidaron mis consejos? No peleen, protéjanse y cuiden a los otros seres del bosque. ¡Y déjenme dormir que estoy exhausto!

Capítulo 3: amigos para siempre

Tristes por haber vuelto a discutir, se abrazaron y prometieron de corazón no volver a hacerlo. Agradecieron a su amigo el perro por ayudarlos. Los tres comieron, rieron y así pasaron cinco días en el bosque, viviendo grandiosas aventuras entre montañas y ríos. En gratitud a su fiel amigo, le construyeron una casa con ramas y hojas, en la que colocaron un gran letrero que decía: “Amigo TOBI”. Al regresar a casa, su mamá y los vecinos les recibieron con una gran fiesta, tal como era la costumbre de recibir a los aventureros del bosque mágico. Cansados pero emocionados, le contaron a su mamá la gran aventura que vivieron junto a su nuevo amigo el pastor alemán y, en especial, los mágicos consejos que les dio el árbol sabio, quien a la distancia los observaba.



Pasadas unas semanas, el árbol los visitó y les dijo: “Me siento orgulloso de ustedes, porque ya no discuten, se ponen de acuerdo y se ayudan mutuamente, como hermanos”.

Abi y Dagar lo abrazaron y le dieron las gracias, por sus buenos consejos. Aprendieron que, cuando se está en guerra o en conflicto, todo es oscuro y tenebroso, pero al estar en paz y armonía, el ambiente es más agradable, se puede llegar fácilmente a acuerdos y formar lazos fuertes de amistad.

La historia no termina aquí, ¡continúa con más aventuras de Abi y Dagar!





Andrés Matías Tarazona Mantilla

Centro de Comercio
Piedecuesta - Santander

Me llamo Andrés Matías Tarazona y escribo desde Piedecuesta/ Santander, la ciudad pequeña y hermosa rodeada de gente alegre y servicial. Escribí para resaltar algunos lugares lindos de Santander; ojalá todos conocieran lo linda que es Colombia.



EL DRAGÓN DE PIEDECUESTA



Todo comienza en las montañas de Piedecuesta, cerca al Cañón de Chicamocha. Allí apareció un dragón, algo inesperado para todos los habitantes. Su nombre era Martín, no le gustaban las peleas y tampoco quería asustar a nadie. Martín era un dragón tranquilo, diferente a los demás. Le gustaba jugar, sonreír y, sobre todo, ayudar a la gente.

Le encantaba mirar los atardeceres de Piedecuesta, respirar aire fresco y experimentaba especial placer al dormir en su cueva. Un día estaba aburrido en su interior, por lo que decidió salir. Los habitantes quedaron aterrados al ver esa criatura tan grande. Todos, en Piedecuesta, decidieron ir a investigar más a fondo sobre su presencia en la montaña. Al subir encontraron un grande agujero donde aquella criatura descansaba su día a día.

Al otro día, un grupo de niños del barrio La Argentina fueron a jugar a la montaña. Cuando uno de ellos, llamado Samuel, escalaba las piedras de la montaña, miró hacia arriba y vio una sombra muy rara. Al principio pensaron que era un avión, pero luego vieron una cola larga y una boca repleta de fuego. Se asustaron y gritaron: "¡Miren un dragón!" Bajaron la montaña corriendo asustados, pensando que esa cosa extraña les quería hacer daño, cuando él solo quería jugar con ellos.

El dragón, al ver esa escena, se puso muy triste y decidió esconderse en su cueva, ya que de donde venia también lo habían

tratado súper mal y lo querían matar. Decidió no salir durante días, por miedo a que le hicieran algo malo.

Después que los niños dijeran lo que habían visto, la gente decidió reunirse para subir a la montaña y buscar al dragón. También, para saber por qué había llegado hasta ese lugar. Al subir, el dragón reaccionó y gritó: "¡Por favor no me hagan daño!" Las personas, al ver eso, retrocedieron, bajaron y se reunieron para decidir que, el fin de semana, todos regresarían con armas, espadas y escudos.

Llegó el día y todos estaban preparados para subir. El dragón se había escondido en su cueva y dispuso una piedra en la puerta para protegerse. Las personas, al ver lo que había hecho el dragón, decidieron reflexionar sobre el porqué el dragón había puesto la piedra; quedaron muy conmovidos y entendieron que debían perdonar al dragón.

El dragón salió de su cueva, muy inseguro, al no saber si lo que le estaban diciendo era verdad. Pero todos los habitantes le pidieron perdón por haber malinterpretado las cosas, y él quedó muy contento al saber que nadie le haría daño.

Al siguiente día decidieron ir a buscarlo para llevarlo a un recorrido por toda Piedecuesta. Conocieron cada familia, cada tradición y cada cultura. Días después, los niños subían con frecuencia para jugar con él: montaban en su espalda y él los llevaba a volar, llevándolos cerca de las nubes, como si fueran un paracaídas. Desde ese momento, en Martín empezó a despertar un niño interior.

Cada día ayudaba en la convivencia y la apariencia del pueblo; todos los ciudadanos se sintieron agradecidos por tener la ayuda de él.

Finalmente se dieron cuenta que nuestro amigo dragón no era malo; solo quería ayudar y tener amigos con quienes divertirse o con quienes jugar.

Este cuento deja, como moraleja, que no importa de quién se trate: no se debe juzgar a una persona sin antes conocerla, porque a veces podemos hacerles daño a personas de buen corazón.





Cuento



**Categoría
JUVENIL**





Samuel Mauricio Manrique Ruiz

Instituto Técnico Moderno
Guaduas - Cundinamarca

Soy Samuel Mauricio Manrique Ruiz, tengo 17 años y participo en la categoría Juvenil. Escribo desde Guaduas, un lugar donde la calidez de su gente alcanza para que, incluso las historias más silenciosas, puedan transformarse en relatos que respiran.

Llevo un par de años escribiendo, intentando entender por qué ciertas heridas de la vida solo encuentran paz cuando se vuelven palabras. Y comprendiendo, por medio de la escritura, mis dudas y mis certezas.

Mi mayor inspiración ha sido mi abuelo materno. De él aprendí a mirar el mundo sin máscaras y a enfrentar los problemas con integridad. También me inspiran Dios, la música y la filosofía, que iluminan mis ideas como pequeñas luces en medio del camino.

Creo en la fuerza de las historias que nacen desde lo cotidiano, en personajes que caminan con el peso de sus culpas y la claridad de sus esperanzas. Escribo para que otros puedan sentir, aunque sea por un instante, que no están solos en lo que les duele ni en lo que buscan.



EL PESO DE LA TIERRA



Capítulo I. El castigo

Ya cuando el sol apenas se asomaba, incluso antes de que el gallo cantara, don Antonio José de Jesús ya estaba en el campo, labrando la tierra y preparando la siguiente cosecha, aunque la actual aún no germinaba.

Pasaba los días y las noches trabajando: ordeñando vacas, apilando papa, arando tierra, espantando coyotes, criando gallinas y recogiendo huevos.

Solo cuando el cansancio del cuerpo y del alma lo vencía, entraba a su casa de bahareque a dormir tres horas, antes del amanecer.

Su trabajo no era fácil, no lo crea: era pesado y duro.

Don Antonio vivía solo, nadie lo acompañaba.

No tenía compañía en las noches frías, ni quien cuidara sus heridas, ni quien escuchara sus historias.

Hubo ocasiones en que no sintió hambre por largos períodos, fruto de su ardua labor, y quiso evitar que su comida se echara a perder, aunque tuviera que regalarla. Pero no había nadie cerca. Solo unas pocas casas, cinco en total: cuatro habitadas por ancianos de su edad, y una más, abandonada, sin ventanas y con la puerta caída.

Hubo veces en que las lluvias torrenciales bastaron para inundar su casa, y no tuvo a nadie a quien acudir en busca de refugio.

Y hubo, en especial, una vez en que sus blancas ropas se tiñeron de rojo por una herida. Una herida que no fue del todo inocente: era culpa del remordimiento, del dolor interno.

Fue como si su alma le reclamara algo, como si su corazón bombease sangre roja de ira; ira que, muy en el fondo, no era más que culpa disfrazada.

Culpa que lo obligaba a trabajar, como si el trabajo pudiera perdonarlo, como si su castigo fuera voluntario

Capítulo II. La culpa

Aquella noche no pudo dormir. El sonido de la lluvia golpeando el techo le recordaba otros días, otros rostros. Había cosas que el tiempo no había querido borrar, y que su conciencia usaba para atormentarlo.

Como aquella noche de lluvia —una noche diferente— cuando recibió un visitante poco común por esos lados.

Era un hombre de traje, sin corbata, y con unas botas toscamente calzadas. Llevaba el cabello peinado hacia atrás con gel y un bigote finamente recortado.

No le fue difícil a don Antonio intuir que se trataba de alguien que venía de la política. El campante hombre abrió la conversación dejando un fajo de billetes sobre la mesa y lanzando una mirada seria.

Señor, gracias por dejarme entrar; es usted alguien muy amable. Ahora, a lo que vine —dijo con tono firme, casi burlón, insinuando que todo ocurriría a su antojo—. Últimamente hemos tenido problemas con una vecina suya —continuó—. Corre la voz de supuestos crímenes nuestros y otras mentiras.

En cuanto terminó de pronunciar esas palabras, don Antonio supo, casi de inmediato, que su vida y la de su hijo corrían peligro.

Pero también se vio seducido por el fajo de billetes: eran tiempos de necesidad, y cualquier peso ayudaba.

La noche siguió en silencio tras aquel encuentro.

Don Antonio despidió a la visita con un pocillo de café de finca, y un apretón de manos donde se mezclaban la cortesía, la corrupción y el veneno.

Luego de recoger la loza sucia, fue a la habitación de su hijo —entonces un joven de veinte años—. Se aseguró de que estuviera dormido y de que no hubiera escuchado nada. Entonces, confirmado que sí dormía, se acostó en su cama hecha de paja y cerró los ojos, cuestionándose lo que acababa de ocurrir.

Pensó en quemar el dinero, pero también en pagar la universidad de su hijo. El sueño llamó a la puerta, pero no se le permitió pasar.

Varios sonidos secos y fuertes, como de explosión, no le dejaron dormir; es más, lo despertaron a él y a su hijo.

No salieron de la casa por la lluvia, pero esperaron lo peor. Es lo que pasa en Colombia. Recordó cuando su hijo, aún niño, lo acompañaba al amanecer al ordeño. Con las manos torpes intentaba ayudarlo y le prometía, muy serio, que un día él lo cuidaría como su padre lo cuidaba.

Capítulo III. La paz

Luego de aquel agrio recuerdo, don Antonio sintió la ausencia de su hijo más fuerte que nunca. Ese recuerdo que intentaba olvidar, pero por el cual se castigaba a diario, lo invadía sin piedad. ¡Maldita sea, llévame de una vez, por favor! —gritó entre sollozos, mirando una imagen de la Virgen colgada en su cuarto.

Pero no hubo respuesta.

El dolor lo llevó a tomar su mosquete y dirigirse hacia la habitación de su hijo, pensando en la joven asesinada y su familia, una familia que pudo ser suya, de haber sabido que ella era pareja de su hijo.

Un día, el muchacho simplemente se fue, después de una pelea.

Don Antonio recordó ese momento y lo sintió como una daga en el corazón. Tomó el mosquete, se sentó en la cama de su hijo y lo apuntó contra su cuello, dispuesto a acabar con el dolor.

Lleno de lágrimas y gritos ahogados, golpeó un armario con la culata. Entonces, un pequeño libro viejo, cubierto de polvo, cayó al suelo.

Antonio lo recogió. No lo recordaba.

Al abrirlo, su sorpresa fue enorme al reconocer la letra de su hijo:

—Sé lo que mi padre hizo. Sé del dinero.

Pero, aun así, yo lo amo, es mi papá, me lo ha dado todo y ha estado ahí siempre desde que mamá murió—.

Esa simple frase lo ayudó a comprender que el amor triunfa sobre la culpa.

Entonces, el corazón de don Antonio paró.

Su corazón había estado latiendo los últimos años solo en busca del perdón, bombeando culpa y remordimiento.

Y así, halló la paz.

No en la felicidad ni en el consuelo, sino al comprender lo ocurrido, al dejar de luchar contra sí mismo.

Fin.





Stephanny Bermeo Moreno

IE Simón Bolívar
Garzón - Huila

Me llamo Stephanny Bermeo Moreno, tengo 16 años y soy de Garzón, Huila; soy una chica que piensa mucho y a veces guarda más de lo que dice, pero que descubre cosas nuevas cuando se atreve a escribir. Estudio en el colegio Simón Bolívar, un lugar que me ha visto crecer, equivocarme, aprender y también entender un poquito mejor el país en el que vivo. No suelo escribir cuentos, pero ese día sentí que tenía algo que decir.

Para mí, la paz no es lo que se anuncia en pantallas ni lo que promete un gobierno, sino lo que se cumple, lo que sana y lo que logra quedarse. Mi cuento nació después de ver cuántas veces nos prometen cambios, que solo son vacíos que no llegan, y de escuchar cómo esas palabras sin cumplir terminan afectando a comunidades enteras. Espero que quien lo lea pueda sentir esa realidad y pensar en lo que todavía nos falta por sanar.



EL SILENCIO DEL RÍO



Dicen que el río tiene memoria, pero en un pueblo hace tiempo que nadie se atreve a escucharla.

Su sonido se asemeja a un lamento que arrastra historias que el pueblo prefiere mantener en silencio.

Camilo vive cerca de la orilla con su madre. Su hermano José desapareció una noche mientras fue a buscar leña y nadie preguntó por él. En ese pueblo, las preguntas también desaparecen. Desde entonces, su madre pasa los días mirando el agua, como si esperara que el río le devuelva a su hijo. Camilo, por su parte, escribe los nombres de todos los que faltan en trozos de papel y los lanza al agua. Cree que el río puede guardarlos en un lugar donde nadie los borre.

Un día llegaron al pueblo hombres con chalecos del gobierno, cámaras y pancartas con palomas.

Pintaron murales, prometieron carreteras y aseguraron que la paz ya era un hecho. Pero en las noches aún se oían disparos y el eco se

confundía con el rumor del río. Camilo pensó que esa paz de la que hablaban no tenía sonido, ni rostro, ni descanso. Era una palabra bonita que no encontraba lugar entre tanta ausencia.

Una madrugada, la corriente arrastró una caja de madera hasta la orilla. Dentro había papeles húmedos, con nombres casi borrados. Su madre los secó uno por uno, llorando en silencio. Camilo los miró, reconoció su letra y comprendió que, de algún modo, el río sí recordaba.

Desde entonces, cuando alguien pregunta si allí hay paz, el pueblo guarda silencio y el río responde.





Elier José Ospino Barrios

I.E.T. Agropecuaria de Arroyohondo
Roberto Botero Morales
Arroyohondo - Bolívar

Mi nombre es Elier José Ospino Barrios. Escribo desde el municipio de Arroyohondo, Bolívar, un municipio en dónde agricultores, ganaderos y pescadores cuentan historias a través de sus labores.

Descubrí que la escritura no solo es plasmar palabras en un papel, sino el sentimiento que transmite cada palabra, en saber cómo puedo contar algo a través de mi escritura. Para mí, la paz es estar en armonía con las personas, haciendo lo que más nos gusta. Me postulé en la categoría de cuentos, porque es lo que me ayudó en gran medida a inspirarme y a poner en práctica mi imaginación, para realizar mi obra.

Espero que cada persona pueda sentirse en un mundo mágico con cada frase y cada palabra de mi cuento, además de sentir inspiración a través de mí.



CUENTO
Categoría
JUVENIL

DESPUÉS DEL SILENCIO



Al cerrar mis ojos, vuelve el eco del viento que bailaba por las calles de Arroyohondo-Bolívar. Era un murmullo tibio, como si soplara desde lejos para recordarnos que la vida seguía, incluso entre los gritos y el polvo. En aquel entonces, las noches eran densas, el silencio pesaba más que el calor y cada puerta cerrada parecía esconder una historia que nadie quería contar.

Vivíamos la costumbre del miedo. No se hablaba de los disparos ni de los rostros que se borraban del barrio de un día para otro. Aprendimos a reconocer el sonido de la moto, como quien distingue la llegada de una visita inesperada. La violencia no tenía nombre, solo presencia. Se metía por las grietas de mi casa, se sentaba en las aceras y uno aprendía a convivir con ella como con el zancudo que zumba todas las noches.

Yo era un niño en ese entonces, pero lo entendía todo sin que nadie me explicara nada. Bastaba con mirar la cara de mi madre cuando apagaba la radio o el modo en que mi padre bajaba la voz al hablar con los vecinos de la cuadra. El miedo era un huésped que no pedía permiso. Y, sin embargo, había algo que resistía: las risas de los niños jugando fútbol en la calle, las caderas que seguían moviéndose al ritmo de un tambor viejo y los pregones de las vendedoras de yuca y bollos de mazorca que alegraban las calles con su voz escandalosa y melodiosa, un rasgo que marcaba la esencia de las personas de este terruño.

Un día, sin previo aviso, apareció ella: la profe Dalgi. Llegó con su voz suave y una caja llena de tizas, pinturas y papeles de colores.



Dijo que venía a enseñarnos a mirar distinto, que cada color tenía una historia. Al principio, nadie le creyó; Arroyohondo estaba cansado de promesas. Pero los niños, curiosos como siempre, la siguieron hasta la pared más grande, la del callejón que todos evitaban, la misma donde una bala perdida había dejado su marca oscura.

¡Pintamos días enteros! Las manos se llenaban de color, las ropas de manchas y los silencios, poco a poco, empezaron a desvanecerse. La profe decía: “los colores también tienen memoria; lo que se pinta con el corazón no se borra ni con la lluvia”. Y cuánta razón tenía.

El mural empezó a transformarse en un mapa de nuestras vidas. Aparecieron peces que salían del arroyo para jugar con los niños, mangos que flotaban en el aire, mujeres de trenzas largas que levantaban el sol con sus manos. Pintamos lo que habíamos perdido y lo que aún soñábamos encontrar.

Recuerdo especialmente una tarde en que mi madre, que nunca había tenido tiempo para esas cosas, se acercó al muro. Traía en las manos una flor blanca. No dijo nada; solo se quedó mirando el dibujo del sol que yo había pintado. Luego me miró y sonrió por primera vez en mucho tiempo. En ese momento entendí que estábamos sanando, aunque nadie usara esa palabra.

Con los días, el callejón dejó de ser un lugar de sombras. La gente comenzó a pasar por allí solo para ver el mural. Algunos dejaban flores, otros escribían frases cortas en los bordes: ¡Aquí vivimos! ¡Aquí seguimos! ¡Aquí soñamos! Los niños ya no corrían al escuchar una moto, sino para mostrar sus manos pintadas.

No fue que la violencia desapareciera de un día para otro, pero algo había cambiado. Era como si el color hubiera limpiado el aire, como si las paredes, cansadas de tanto silencio, hubieran decidido hablar. En las noches, cuando el sol se hundía tras los tejados, el mural parecía encenderse con la luz del último brillo, como si Arroyohondo respirara más tranquilo.

Pasaron los años. Me fui lejos buscando oportunidades de estudio, como tantos otros, pero cada vez que cierro los ojos vuelvo allí. Puedo ver el muro, el sol del callejón y los rostros de quienes se quedaron. Pienso que la paz no llegó como un decreto, ni como una promesa, sino como una pincelada detrás de otra, como el gesto sencillo de una mujer que enseñó a mirar con otros ojos.

Cuando regresé, el mural ya no era tan nítido: la lluvia había borrado parte del color y las esquinas se habían descascarado; sin embargo, hubo algo que siguió igual. Los niños, otros, nuevos, jugaban en el mismo callejón, bajo el mismo sol. En el centro del mural se dibujó una paloma sin la ayuda de ningún pintor. Nadie recuerda quién la hizo. Algunos dicen que fue la profe; otros, que fue un niño que vivió allí.

Yo preferí creer que la paloma se dibujó sola, el día en que Arroyohondo decidió no tenerle más miedo al silencio.

El viento soplaba desde el arroyo y acariciaba la pared. El sol caía sobre los colores desgastados y, por un instante, se sintió que el muro respiraba. Entonces entendí que, aunque los años pasen y las balas callen o vuelvan, algo quedó allí: una memoria que no sangra, un corazón que aprendió a latir sin miedo. Arroyohondo, al fin, encontró su voz.

Y yo, al mirar el mural, sentí que también recuperé la mía.





Leidy Lorena Ochoa Rincón

Universidad Nacional Abierta
y a Distancia UNAD
Maceo - Antioquia

Mi nombre es Lorena Ochoa y escribo desde Maceo, una tierra de ensueño, un lindo rincón Tropical ubicado en el Magdalena Medio antioqueño.

Escribo como terapia, como refugio, como una forma de vivir y sentir otras vidas. Esta vez escribí sobre la paz... Y es que ella va más allá del silencio y la tranquilidad... La paz es darse la oportunidad de viajar a nuestro interior y reconciliarnos con aquello que, por mucho tiempo, no hemos querido reconocer.

Quiero que, cuando alguien lea mis palabras, pueda encontrar con una imagen de sí mismo, porque es cierto que en cualquier lugar hay una palabra, una frase o un fragmento esperando para ser descubierto y, así, hacer parte de nuestras vidas.



VOLVER A VIVIR

Estos diecinueve años —casi veinte—, se han pasado volando y me han dejado una única certeza: la vida nunca, pero nunca, es como uno quiere. Porque, si bien podemos tenerlo todo, siempre nos va a faltar algo; ese sentimiento absurdo de que con nada estamos satisfechos.

Tú me enseñaste a hacer de todo en la vida y, precisamente, he intentado mil cosas: lavar baños, ser mesera y vender mazamorra. Pero también debo aceptar que mi fuerza y convicción me han permitido sentir la otra cara de la moneda: desde firmar un contrato que me ha dado estabilidad durante el último año, hasta recibir una oferta laboral que podría ser el inicio del resto de mi vida.

Sin embargo, debo admitir que de todas las cosas que he hecho, lo más difícil ha sido perdonarte.

En casa siento que, aunque intento hacer lo mejor, me quedo corta y olvido cultivar lo primordial: el tiempo con mi hermano, que aún es un niño, pero que un día ya no lo será más; el tiempo con mi madre, que aún es joven, pero que un día no lo será más; el tiempo contigo...

Qué difícil es hablar de ti, o contigo. Y no lo digo porque seas una mala persona; al contrario, nos diste más de lo

que merecimos e hiciste tantas cosas por amor que, tal vez, llegaste a tocar fondo. Juntos tocamos fondo.

Lo cierto es que tú estás en la cárcel, y no quiero ahondar en razones.

Perdonarte ha sido complejo, pero hace ya tiempo entendí que ninguna persona merece ser martirizada con el mismo reclamo todos los días. Ha sido un proceso difícil, no lo voy a negar. Sanar. Darme la oportunidad de pensar en ti más allá de mis caprichos personales. Entender que, más allá de las acciones que tomaste, existe un hombre fuerte, muy valioso, con un corazón enorme, que lo único que ha querido siempre es que a su familia no le falte nada.

No voy a juzgar tus métodos; ese ciclo lo cerré hace rato. Fue ahí, justamente, cuando reconocí la importancia de soltar y entender que las cosas pasan como pasan, que ya no hay marcha atrás.

Me gustaría saber quién eras antes de mí. Si, dentro de esas cuatro paredes, piensas mucho en tu juventud. Sé que no la tuviste fácil y que, desde los ocho años, tuviste que trabajar para sostenerte a ti y a tu familia. Hoy entiendo que nunca fue lo que debió haber pasado. Pero te criaste en esa Colombia rural de los años sesenta, en la que la violencia arrebató muchos padres, y tú fuiste uno de esos niños que no tuvo otra opción.

Labraste el camino para que yo pudiera estar aquí, escribiéndote estas palabras; para que, entre lágrimas y sueños, pudiera decidir qué hacer con mi vida. Algo que tú nunca pudiste, y que tal vez, en medio de esa desesperación, te orillaste a vivir este presente.

La gente puede llamarme malagradecida; les doy todo el derecho. Todo aquel que se expone al ojo público está dispuesto a que cuestionen sus actos, sus maneras, sus verdades, sus mentiras, lo que piensa y lo que no. Pero qué complejo es hacer las paces, no solo contigo, sino conmigo misma. Aún más cuando el mundo me dice que no he vivido nada, pero al mismo tiempo siento un peso grandísimo en la espalda.

Y es que no es fácil ser el centro de las expectativas, quien nada falla y todo lo perdona. Qué duro es sufrir por tener un corazón noble, por ser una materia prima fácil de moldear. Qué duros son los conflictos internos cuando la razón me obliga a tomar decisiones con las que mi corazón jamás estará de acuerdo.

Hoy tú sigues en la cárcel y yo he vivido muchos días que oscilan entre la duda y la convicción. Te escribo porque no quiero que siga pasando el tiempo y la memoria nos falle. Me siento mejor al decirte estas palabras, al reconocer que ha sido difícil, pero que lo estoy logrando.

Ahora entiendo que cada persona ha hecho de su vida lo que ha podido y que, si en veinte años he aprendido algo, es que perdonar también es una forma de volver a vivir.





Jhoan Esteban Mora Quimbaya

IE Simón Bolívar
Garzón - Huila

Me llamo Jhoan Esteban Mora Quimbaya y escribo desde Garzón, Huila, un lugar donde uno aprende a crecer entre historias de brujas, misterios y soluciones que se escuchan hasta en los andenes.

La escritura ha sido para mí una forma de expresar lo que llevo en mi interior, inspirado por los relatos de mi padre. Estudié en el colegio Simón Bolívar y agradezco todos los conocimientos adquiridos allí.

La gastronomía y la ingeniería civil son ahora mis más grandes proyectos, para ayudar a construir un mejor país. Espero que la escritura siga manifestándose en la sociedad como una opción de liberación y representación de nuestras vivencias.



EL RUIDO DE LAS GOLONDRINAS

Dicen que en Garzón el amanecer huele distinto después de una madrugada lluviosa. Yo no sé si sea verdad, pero a mí me gusta creerlo. Es como si el agua lavara un poco los gritos del pueblo y el cansancio de la gente. Ese silencio después del aguacero, para mí, es la forma más pura de la paz.

Me llamo Luis Eduardo Castaño, aunque todos me dicen Lucho. Tengo treinta y tres años y trabajo en una emisora comunitaria que montamos con unos amigos: *La voz del río*. Transmitimos desde un cuartico prestado que antes era taller de motos. El ventilador suena más que los micrófonos, pero ahí nacen palabras libres, esas que a veces pesan más que un arma.

Al principio hablábamos de música, de la vida sencilla, de los vendedores del parque. Pero poco a poco empezamos a tocar temas más serios: el desempleo, la basura, los políticos que prometen y se olvidan. Y claro, no faltó quien dijera que nos estábamos metiendo en lo que no nos importaba.

“Lucho, deje de alborotar tanto, mijo”, me decía mi mamá. “La paz no se consigue hablando tanto”. Y yo le respondía: “No, madre. La paz se pudre cuando se guarda silencio”.

Una tarde llegó a la emisora un muchacho del SENA, Jhon Freddy, con una historia hermosa: habían pintado murales por la paz en su barrio.

Palomas, manos abiertas, frases sobre la libertad. A la semana siguiente, alguien les cubrió todo con pintura gris y escribió encima: *"La paz no se pinta"*.

El pelado llegó furioso y le di el micrófono para que hablara. Su voz temblaba, pero de ganas de decir la verdad. Esa noche, cuando salí de la emisora, vi la puerta rayada con otra frase: *"Cállense, que la paz no se grita"*.

No la borré. Me quedé mirándola un rato, sintiendo cómo el miedo también tiene sonido.

Garzón es pequeño, pero ruidoso. En cada esquina alguien opina de política como si fuera hinchas de fútbol. En la emisora queríamos que la palabra "Democracia" sonara limpia, no usada. Por eso invité al alcalde una vez. Llegó tarde, con su sonrisa de siempre. Hablamos bonito hasta que le pregunté por unos contratos raros y justo ahí la señal se cayó. Nadie supo por qué, pero todos lo entendimos.

Desde ese día aprendí que la libertad de expresión se mide en las veces que uno dice la verdad sin temblar.

Una mañana de mercado salí con mi grabadora a preguntar qué era para la gente la Democracia. Una señora dijo: *"Que los pobres votemos, aunque no nos escuchen"*. Un joven respondió: *"Poder decir lo que uno piensa sin miedo"*. Y un viejo, con sombrero, soltó: *"Democracia es que el miedo no mande"*.

Esa frase me quedó sonando. Porque en Garzón, y en este país, el miedo sigue mandando.

Esa noche entraron a la emisora. No robaron dinero, solo el micrófono principal. En la pared dejaron pintado un pájaro negro. Lo entendí enseguida. Me senté entre los vidrios rotos y pensé que la paz no se firma: se defiende todos los días, con la palabra.

Grabé un mensaje y lo puse al aire:

"Callar es morir despacio. La Democracia no es de los que mandan, sino de los que se atreven a hablar. La paz no es el silencio. Es el derecho a hacer ruido sin que te apaguen".

Después vinieron las llamadas anónimas, las motos siguiéndome, el miedo. Mi mamá me abrazó y me dijo bajito: *"La paz también es saber cuándo esconderse, mijo"*.

Pero yo no me escondí. Solo apagué la emisora unos días. Pensé mucho. ¿Valía la pena seguir hablando cuando parecía que nadie escuchaba?

Un atardecer volví al malecón. Las golondrinas volaban sobre el río, como si dibujaran palabras invisibles. Me di cuenta de que eran como la libertad: frágiles, pero tercas.



Entonces decidí volver.

Encendí la consola vieja, respiré hondo y hablé: —*Buenas tardes, Garzón. Aquí seguimos. Porque mientras haya una sola palabra libre, no podrán callarnos del todo.* Con el tiempo organizamos un pequeño festival: *La voz libre de Garzón*. Sin permisos, sin dinero, solo con ganas. Vinieron poetas, músicos, campesinos, estudiantes. Cada quien dijo su verdad. Esa tarde sentí que el pueblo respiraba diferente.

Un señor se me acercó y dijo: —*Usted tiene valor, pero tenga cuidado. En este pueblo al que habla mucho lo callan rápido.*



Esa noche soñé con pájaros negros cayendo al río.

Días después, un compañero se fue. Otro dejó de hablarme. Y una mañana encontré en la puerta un sobre con una bala. Adentro, nada más. El mensaje estaba claro. Pensé en dejarlo todo, pero luego un niño me reconoció en la calle: —*Usted es el del radio, ¿cierto? Mi mamá dice que usted habla bonito, como si el pueblo todavía tuviera futuro.*

Sonreí. Entendí que hablar, a pesar del miedo, también es construir paz.

Ahora la emisora suena distinta. Menos política, dicen algunos. Pero yo sé que la paz también es eso: aprender a decir sin gritar. A veces subo al techo y miro el río. Las golondrinas siguen ahí, tercas, revoloteando sobre el agua tibia. Pienso que cada una lleva una palabra que aún no se ha dicho. Quizás eso sea la libertad: seguir volando, aunque el aire duela.

Escribí en mi cuaderno: "*La paz no se firma. Se pronuncia*".

Y al cerrar los ojos, escuché el murmullo del río mezclarse con el canto de las golondrinas. No era silencio.

Era el sonido de un pueblo que, aunque herido, todavía se atreve a hablar.



Fin.



Javier Stiven Angulo Chillambo

Universidad de Nariño
Pasto - Nariño

Me llamo Javier Stiven Angulo Chillambo y escribo desde Pasto, Nariño, la ciudad sorpresa.

Alguna vez, alguien muy especial me dijo: "quien cree, crea"; desde entonces, entiendo la escritura como un acto de transformación personal y social. Es a través de ella que doy vida a mis sueños y encuentro la libertad para expresar aquello que, con palabras habladas, a veces cuesta decir.

Escribí este cuento para recordar que nada se olvida del todo: nuestras memorias nos construyen, nos moldean y dan forma a la manera en que nos relacionamos con los demás. En ellas habita el verdadero espíritu de vivir en paz.



VENDAVAL



¿Qué es esta voz que escucho todos los días al despertar? Me siento frustrada y confundida, perdida en un enorme océano azul y resplandeciente.

Busco encontrar quién soy; ¿soy, acaso, un vendaval?

Y, si lo soy, ¿cómo debería transitar por este mundo efímero?

Mi alma es como un vacío en donde no hallo final ni paz, encadenada a mis pensamientos, atrapada por las sombras que no me dejan reconocer mi verdadera luz.

¿Es acaso este, un sueño? Porque no puedo despertar sintiéndome completa, me pregunto quizás, ¿cómo terminara la vida? ¿En un enorme mar lleno de amarguras, tristezas y desilusiones, como un hielo ardiente que parece frío, pero quema como la ira que nace sin sentido? Siento que estoy perdida en un enorme enigma. Las estrellas ya no están en su lugar como solían estar, y no sé si solo se reflejan en mis ojos o realmente han perdido su brillo. Cómo quisiera volver a casa, lejos de este lugar donde me siento atada a una guerra que ya viví, pero parece no tener un final. Oh, vaya... ¿Cómo deseo encontrar ese bello lugar? ¿Con aroma a rosas? Sí, rosas.

Muchas dudas pasaban por mi cabeza, vivía entre la realidad y la fantasía. No estaba segura de quién era realmente, pues mis recuerdos se esfumaron como el primer llanto de un niño cuando no está su madre.

¿Y mi madre?

Cuando todo comenzó, era solo una niña que no comprendía la vida completamente. Mamá discutía constantemente con papá, porque mis calificaciones no eran las mejores, aunque yo me esforzaba mucho. Las matemáticas se me hacían difíciles, pero me encantaba contar del uno al diez. A pesar de todo, amaba a mi familia realmente. Papá no siempre estaba conmigo y su ausencia me dolía, pero aprendí a perdonarlo, así comienza un verdadero acto de paz.

Mamá solía regañarme: ¡*Vendaval esto, Vendaval aquello!*

Mi único consuelo era sentarme en la orilla del río; el agua tocaba mis pies descalzos y empolvados de arena, y una brisa del viento me refrescaba el alma; mi momento favorito era cuando llegaba el atardecer y el sol se escondía tras esas enormes montañas verdes que daban vida a los bosques. Ah, jera una maravilla!

Pero mi mundo se derrumbaba cuando era hora de entrar a casa.

Me gustaba estar sola y, de vez en cuando, hablaba con los animales. Ellos no comprendían lo que yo les contaba, pero me gustaba tener su presencia. Sin embargo, cuando se acercaba la noche, me escapaba por la ventana y subía al techo a contemplar la luna; entonces comprendí que cuando una estrella deja de brillar, también dejamos de existir para muchas personas que nos aman. Eso solía decir mi abuela Marina, que por mucho tiempo vivió rodeada de muchas estrellas, hasta

que la guerra silenciosa apagó muchas de ellas para siempre. La abuela vivió muchas experiencias traumáticas en su vida, aunque participó y recibió herramientas de reconciliación en el programa que el Gobierno ofreció sobre la reparación integral para las víctimas del conflicto armado. Pudo sanar las heridas físicas, pero no las emocionales. A pesar de todo, la abuela siempre sonreía amablemente y ayudaba en la cocina comunitaria del pueblo que está cerca de nuestra pequeña casa.

La abuela Marina siempre me recuerda que, si estoy en paz conmigo misma, también lo estaré con los demás y tendré la capacidad de perdonar a su debido tiempo.

La abuela Marina vive muy lejos y casi no la visitamos. Mamá dice que tenemos que cruzar una quebrada, un puente medio dañando y la vereda de las Cañas para llegar a su casa. Por eso, cuando escucho que viene al pueblo para cocinar en la olla comunitaria, me alegro mucho. La abuela es fantástica. Si yo tuviera una manera de otorgar un Premio Nobel de Paz, se lo daría a ella sin pensarlo. Es la mujer de las grandes ideas. Recuerdo que, una vez, unos hombres con machete y botas, señores realmente extraños, llegaron a la casa del tío Pacho, diciéndole que debía entregar su única vaca gordita, la que tenía en el prado. Entonces la abuela, sin titubear, les dijo que esa vaca no daba leche y que además estaba enferma para llevársela. Esos hombres se fueron, pero desde entonces siempre están merodeando por el pueblo, como si nos estuvieran vigilando a todos.

Decía mi mamá: *“Mientras no les hagas caso, todo estará bien Vendaval, pero es importante mantenerse alerta, nunca se sabe cuándo ocurrirá algo en este pueblo”*. *“Tranquila mamá”, le conteste; “mi nombre es Vendaval, más fuerte y rápida que el viento, si hay alguna emergencia correré muy duro a un*

lugar seguro”. ¿Qué es esta sensación? ¿Por qué mamá me habrá dicho esto?

En ese entonces, no comprendía qué ocurría realmente en este pueblo tan pequeño, con misterios tan grandes.

Recuerdo haber dicho esas palabras cuando fuimos con mi mamá a la iglesia. El sol brillaba con fuerza, y todo parecía tranquilo y nada abrumador. ¿Qué podría salir mal? Realmente todo estaba mal. Justo cuando el padre estaba por terminar la eucaristía, una bomba explotó. El estruendo fue realmente espeluznante y muchas personas resultaron heridas, aunque misteriosamente, nadie murió: un milagro de este pueblo. Todos estaban aterrorizados por el impacto, sonaban muchas ambulancias y los cuerpos de socorro llegaron al lugar para ayudar a las personas afectadas.

“¡Vendaval, Vendaval!”, escuché a lo lejos.

“¿Quién me llama? Estoy cansada”.

Pensé que mamá me regañaba otra vez, pero había algo distinto: *“es cálido este lugar”*; esto era lo único que pasaba por mi mente, pero, en realidad, sí me preocupaba por mamá, por la abuela Conchita y por el tío Pacho. ¿Quién los cuidaría? ¿Por qué no puedo tocarlos ni mirarlos?...

Ah, ¡desperté! Y la guerra se había transformado en mariposas blancas que volaban libres como símbolo de resistencia y construcción de memoria. Nunca logré comprender lo que pasó aquel día, quizás solo lo imaginé, pero estoy segura de que soñé con un pueblo en donde el viento sopla fuerte como un vendaval libre de guerras.





Saira Judith García Ibáñez

I.E.T.A. de San Jacinto
San Jacinto - Bolívar

Me llamo Saira Judith García Ibáñez. Soy oriunda del pueblo artesanal de San Jacinto, tierra de gaitas que resuenan en cada rincón de Colombia y donde las personas entregan siempre lo mejor de sí. La escritura me ha permitido reconocer el valor de una naturaleza nítida que, aún en medio de las dificultades, conserva su alegría, sencillez y humildad, mostrando la paz como la opción más profunda para avanzar.

A través de mis palabras busco aportar un grano de arena a la belleza interior de cada ser y dar un brillo renovado a cada amanecer.

Este cuento fue escrito con el propósito de inspirar a los jóvenes que, por diversas circunstancias, puedan sentirse atrapados en un laberinto sin salida. Es una invitación a mantener la esperanza, mejorar su calidad de vida, transformar sus pensamientos y encontrar alternativas de cambio. El cambio inicia con la paz interior: perdonar, aceptar y reconocer que cada persona tiene aptitudes, debilidades, defectos y cualidades. Convertir todo ello en un espacio de paz es el verdadero camino hacia la transformación.

"Con un cambio de pensamiento, conseguimos la paz".



SEMILLAS DE PAZ EN EL BARRIO LA PAZ

En San Jacinto, Bolívar, en el barrio La Paz, los amaneceres siempre traían los mismos sonidos: gallos, motos, música a todo volumen y, a veces, un grito que rompía la rutina. Allí vivía Daniela Mendoza, una joven de diecisiete años que cursaba grado 11° en la Institución Educativa Técnica Agrícola. Aunque su nombre significaba justicia, Daniela sentía que la vida no siempre era justa con ella.

Su padre, Don Ernesto, era conocido por su carácter fuerte y su afición al licor. Cuando bebía, la casa se convertía en tormenta. Su madre, Doña Teresa, soportaba en silencio los insultos y los golpes. Daniela lo veía todo: a veces desde su cuarto, con el corazón encogido; otras, tratando de proteger a su madre.

Cada mañana se levantaba temprano, se ponía su uniforme y caminaba hacia la escuela. En clase era responsable y callada. Su profesora de Cátedra de la Paz, la señora Carolina, notaba la tristeza en sus ojos.

¿Todo bien en casa, Daniela? – preguntaba con suavidad.

Sí, profe, todo bien – respondía ella, bajando la mirada.

Pero no todo estaba bien. Por las noches, cuando su padre regresaba borracho, los gritos llenaban la casa, Daniela se ponía los audífonos, pero el ruido del dolor siempre encontraba la manera de colarse entre las canciones.

Una tarde, la profesora Carolina habló sobre la violencia intrafamiliar y cómo esta afecta a quienes la viven: *“la paz empieza por el hogar”* – dijo.

Esa frase se le quedó grabada. En su cuaderno escribió: *“Quiero que mi casa tenga paz. Quiero que mi barrio tenga paz”*.

Desde entonces, comenzó a participar activamente en los proyectos de convivencia escolar, organizó debates, murales y jornadas de reflexión. En uno de ellos escribió junto a sus compañeros: *“No se construye la paz gritando, sino escuchando”*.

La escuela se convirtió en su refugio, aunque en casa la situación empeoraba. Don Ernesto había perdido su empleo y el licor se volvió su única compañía. Daniela temía volver del colegio y encontrar a su madre llorando. Una noche, cuando los gritos subieron de tono, decidió enfrentarlo. *“¡Papá, ya basta! ¡Mamá no merece esto! ¡Nos estás destruyendo!”* – gritó con valentía. Ernesto la miró con rabia, pero en el fondo de sus ojos algo se quebró. Salió tambaleando y no volvió esa noche.

Al día siguiente, Daniela llegó a clase con los ojos hinchados, la profesora Carolina la llevó a la Coordinación y pidió ayuda. Gracias a la intervención de la orientadora escolar, el caso llegó a las autoridades. Ernesto fue citado a una charla de

orientación familiar. Daniela sintió miedo, pero también alivio: por primera vez alguien los estaba escuchando.

Durante los meses siguientes, su padre empezó a asistir a terapias. No fue fácil: recaía, pedía perdón y volvía a fallar. Sin embargo, Daniela notaba pequeños cambios: el tono bajaba, los insultos eran menos frecuentes. Ella, en silencio, seguía sembrando esperanza. En su último año escolar, Daniela decidió que su proyecto de grado se llamaría *“Semillas de Paz en el barrio La Paz”*. Con ayuda de su profesora y de algunos compañeros, organizó talleres con los niños para enseñarles a expresar sus emociones sin violencia. Los sábados pintaban murales con mensajes de esperanza:

“La paz no se espera, se construye”.

“Tu palabra puede curar o herir, elige bien”.

Poco a poco, el barrio comenzó a cambiar. Los vecinos, que antes callaban ante las peleas, participaban en los encuentros comunitarios y algunas madres contaban sus historias. Daniela entendió que su dolor no era único, pero su decisión de transformar sí lo era. Un domingo, mientras organizaban una jornada de limpieza en la cancha del barrio, apareció su padre. Vestía una camisa limpia, sin olor a licor.

“Hija, vine a ayudarte” – dijo con voz temblorosa.

Daniela no respondió; solo le entregó una escoba y trabajaron en silencio. Al caer la tarde, Ernesto se acercó y murmuró: *“Gracias por no rendirte conmigo, estoy intentando ser mejor”*.

Ella sonrió por primera vez en mucho tiempo.

Pasaron los meses y Daniela se graduó con honores. En el acto de grado, la profesora Carolina dijo: *“Daniela Mendoza*

nos enseñó que la paz no se predica, se vive; que donde parece imposible, una voz firme puede cambiarlo todo”.

El público la aplaudió de pie, su madre lloraba de emoción y su padre sostenía unas flores. Cuando Daniela los abrazó, no hizo falta decir nada: en ese gesto se resumían años de dolor, resistencia y perdón.

Gracias a una beca, Daniela inició estudios de Trabajo Social en Cartagena, pero cada fin de semana regresaba a San Jacinto para continuar con su proyecto comunitario. En el barrio aun había problemas, pero ya no era el mismo: los jóvenes participaban en torneos, las madres formaron grupos de apoyo y los muros grises tenían colores y mensajes de esperanza.

Veintidós años después, Daniela, ya adulta, con su propio hogar volvió al barrio para celebrar el aniversario del proyecto de su adolescencia y, frente al parque, tomó el micrófono y dijo: *“Cuando era una estudiante de once, soñaba con que mi casa y mi barrio vivieran en paz. Hoy puedo decir que lo logramos. La paz no fue un milagro: fue un trabajo diario de todos, con amor y respeto”.*

Su padre, ahora sobrio y tranquilo, la miraba con orgullo y su madre agarrada de la mano; los vecinos aplaudieron, recordando los días en que el miedo dominaba las calles. Al atardecer, Daniela caminó hasta la pared donde se conservaba el primer mural que pintó de adolescente; las letras estaban algo borrosas, pero aún podía leerse:

“No se construye la paz gritando, sino escuchando”. Sonrió. El viento cálido de San Jacinto movía su cabello, y por primera



vez sintió que su nombre, Daniela, había hecho justicia con su historia, transformando el dolor en esperanza. En el barrio La Paz, donde antes reinaban los gritos, ahora sonaban risas y canciones y, entre esas voces, la de Daniela seguía viva, recordando a todos que la paz empieza en casa, pero florece cuando se comparte.





Yury Yuliana Gualdrón Gaitán

I.E. Antonia Santos
Puerto Carreño - Vichada

Me llamo Yury Gualdrón Gaitán, amo leer y escribir y soy de territorio vichadense, tierra de los Llanos orientales. La escritura ha sido para mí una forma de expresión tan vital, que expreso en ella lo que no puedo con mi voz.

Me ayuda a comprender que la paz es libertad, alegría y convivencia armoniosa.

Aspiro que mi cuento transmita el mensaje de que la paz se logra paso a paso: recuerda *"un paso a la vez"*, como dice al final del mismo. Para un buen resultado, la paciencia es la clave.



EL PUENTE DE LA UNIÓN



oy, otro día de escuela para aprender magia. ¿Para qué? Nos dicen que es para proteger el territorio. Nuestra magia es la creación de hielo, lo cual es raro, pues en este pueblo fronterizo siempre hace un calor inmenso.

Reflexiono mientras avanzo lentamente. No tengo ganas de estudiar; tengo un mal presentimiento. Me detengo y observo la ciudad al otro lado del río: el reino de fuego. Dos reinos enemigos separados solo por un canal de agua. Esta inseguridad me produce escalofríos, sumado al inusual amanecer frío; los Llanos Orientales son cálidos.

"¡Yury!" – El director convoca a los representantes de cada curso para la reunión del consejo estudiantil. *"¡Es urgente!"* – me informa una compañera agitada.

El miedo me invade; algo sucede. Corro lo más rápido posible, pero al mirar al cielo, veo una lluvia de fuego dirigida a nuestra escuela. Mientras los adultos gritaban sobre un ataque, trataban de protegernos creando barreras de hielo.

Vi a algunos heridos y ayudé en lo que pude mientras nos reuníamos. El consejo estudiantil, al ser uno de los más destacados, debía proteger al resto.

Llegué hasta Alex, mi mejor amigo. Ambos ayudamos en el caos; el olor a humo era intoxicante y desesperante.

Alex se quejó de que los causantes del desastre huían, pero nadie lo escuchó: los profesores atendían a los heridos. Entonces él corrió tras ellos para detenerlos. Fui detrás, sabiendo lo peligroso que era, intentando que se quedara.

“¡Alex, vuelve, es peligroso!” – grité, llorando y siguiéndole.

Él me ignoró y continuó tras el grupo de encapuchados. Sabía que eran del reino de fuego. Eran muy rápidos y pronto nos internamos en el frondoso bosque. Caí varias veces, pero no me detuve; debía hacer desistir a Alex.

En un momento, los perdí de vista. Muchas emociones se arremolinaron en mí: angustia, miedo, y desesperación. Avancé siguiendo el rastro de magia de Alex. Al llegar, mi mejor amigo yacía en el suelo, su uniforme manchado de carmesí. A pocos metros, una niña, quizás de mi edad, temblaba con una daga ensangrentada en mano.

Sentí furia, odio y un intenso deseo de venganza. ¿Por qué él? ¿Qué les hizo? ¡Absolutamente nada! Me abalancé sobre ella. A punto de congelarle la sangre, vi sus ojos: llenos de miedo, súplica e injusticia. Vi lo que llevaba: comida robada. Comprendí: no lo hacen por maldad; necesitan sobrevivir. No fue su culpa.

La dejé ir. Ella me miró agradecida y corrió lejos. Mi corazón se sintió destrozado por la injusticia y la cruel realidad. ¿Por qué vivimos en guerra? ¿Es tan difícil anhelar la paz? ¿No podríamos solo ayudarnos? ¡Esto es injusto! Esta batalla sin sentido solo nos arrebató lo más preciado.

Dejé fluir mis lágrimas y un grito desgarrador escapó. El cielo gris y la lluvia acompañaron mi tormento. Caí de rodillas ante el cuerpo inerte de Alex. Soy débil, no pude protegerlo, lo siento.

Sentí que el tiempo se detenía, un momento casi eterno. Dos profesores llegaron y palidecieron al ver a Alex. Se apresuraron a levantarlo. Ninguno

me dirigió la mirada; me dejaron sola, pues el aura que emanaba de mí estaba helada por la ira y la impotencia.

Pero ya estaba decidido: sería fuerte y algún día construiría un mundo de paz para evitar más pérdidas como la mía.

Con esto en mente, me alejé. Mi corazón y actitud se volvieron frías, con un solo objetivo.

A los dos días fue el funeral de Alex, todos de negro en ese ambiente mortífero. ¿Por qué me quitó a mi único amigo, aquel que nunca me llamó rara sin sentimientos?

Dejé una rosa blanca sobre su ataúd, mi última muestra de emoción, antes de centrarme en ser más fuerte para forjar un camino hacia la paz.



Años después.

Soy adulta. Desde el día en que mi visión cambió, comencé mi entrenamiento físico y mental para ser fuerte y reconocida en el reino de hielo. Regresé a mi pueblo para cumplir la promesa silenciosa hecha ante su tumba: encontrar la paz para nuestro hogar y, poco a poco, para el mundo. *"Un paso a la vez"*, decía él.

Volví como una de las mejores hechiceras de hielo del reino. Con mi rango, pude investigar el reino de fuego y su crisis por el mal gobierno, algo que me conmueve. Aunque perdí a mi amigo por culpa de uno de sus habitantes, no me quedaré de brazos cruzados mientras inocentes mueren de hambre.

Logré convencer a las autoridades para hacer una conferencia fronteriza. Fuimos guiados al punto de encuentro con los representantes. La conversación se dificultó por la desconfianza, pero con mi palabra de seguridad logré que cedieran para apoyar los acuerdos.

El primer paso: permitir que niños y adolescentes asistieran a nuestra escuela de magia, creando mejores oportunidades futuras.

Cruzar el río era un problema. Pero ideamos construir un puente que uniera las fronteras.

Estuve al frente con otro hombre, diestro en magia. Creamos un puente de hielo con columnas de fuego; los dos tipos de magia combinaron hermosamente.

Sabía que este era el primer paso para lograr la anhelada paz.

Por primera vez en años sentí felicidad al ver mi pueblo desde lo alto de una torre cada mañana. Los niños y jóvenes, con uniformes pulcros, caminaban sonrientes a la escuela. Los de uniforme azul eran de nuestro

reino (hielo); los de rojo, del reino de fuego. Charlaban, hacían amigos, nuestras costumbres se mezclaron. El comercio floreció, trayendo prosperidad.

Aunque este sea solo un rincón, es un lugar de paz genuina. Sé que este mensaje llegará más allá: tendremos unidad, paz y hermandad, por un futuro sin guerras, sin pérdidas, sin dolor.

La paz no es un negocio, es un acuerdo hecho de corazón para dejar el dolor atrás y construir un mejor futuro.

Las guerras sin sentido solo nos destruyen.

Junto a mi pueblo, levantaré la voz para luchar por un mundo lleno de paz. Sin prisa, recuerdo: un paso a la vez. Cumpliré mi promesa.





Juan Diego Guerrero Galindo

Colegio Adventista
Granada - Meta

Soy Juan Diego Guerrero, un joven que escribe desde Colombia; este es un lugar donde cada día descubro que, incluso entre los ruidos de la ciudad, se esconden pequeños silencios que cuentan historias. La escritura llegó a mi vida como un lugar seguro: un espacio donde puedo ordenar lo que siento y transformar mis ideas en algo que respire por sí mismo. Vengo de una comunidad donde me han enseñado que la paz no siempre se ve grande; a veces es apenas un gesto tranquilo, una palabra que calma, una mirada que entiende. Para mí, la paz es como un amanecer: lento, cálido y capaz de cambiarlo todo sin hacer ruido. Escribo con la esperanza de que quien lea mi texto sienta que también tiene un lugar en estas historias y que, desde donde esté, puede construir un pedacito de armonía.



LA PAZ EN COLOMBIA



Clara heredó la guerra, pero decidió que no la pasaría a sus hijos. La heredó en los silencios incómodos de su padre, un hombre que había sembrado café bajo un sol de plomo y un cielo cruzado por helicópteros. La heredó en el mapa de Colombia que tenía colgado en su pequeña oficina en Bogotá, un mapa surcado por líneas rojas que no eran ríos, sino fronteras invisibles entre territorios de miedo. Ella, arquitecta de cuarenta años, especializada en restauración, se dedicaba a reconstruir lo que el tiempo derrumbaba. Pero, ¿cómo se restaura un país?

Su proyecto más reciente era el más ambicioso: la rehabilitación de la Capilla de la Paz, una joya colonial olvidada en un valle que había sido corredor estratégico para todos los bandos. El lugar no era solo una ruina física; era una ruina moral. La comunidad estaba fracturada, desconfiaba de foráneos, de promesas y, sobre todo, de sí misma.

El primer día, Clara llegó con sus planos y su equipo de tres jóvenes idealistas. Los recibió un silencio hostil. Don Alirio, el patriarca del pueblo, un hombre de mirada tallada en madera dura, les dijo sin mediar palabra: *"Aquí ya vinieron muchos a construir. Unos con palas, otros con fusiles. Al final, siempre se lo llevan todo"*.

Clara no argumentó. Asintió y empezó a trabajar. Contrató a los jóvenes del pueblo, pagándoles un salario justo, a pesar de las miradas recelosas de los mayores. Uno de ellos era Camilo, un muchacho de veinte años

con los ojos llenos de una rabia sorda. Su padre había desaparecido en la guerra. Camilo movía los escombros con una furia contenida, como si cada piedra fuera un pedazo de su propio rencor.

La obra avanzaba con dificultad. No por lo técnico, sino por lo humano. Las discusiones eran frecuentes. Un día, la tensión estalló. Camilo y un anciano, Don Jacinto, se enfrentaron por cómo colocar una viga. No era la viga, por supuesto. Era el peso de la historia.

“Ustedes, los viejos, se quedaron callados cuando todo pasó”, espetó Camilo, con la voz quebrada.

Don Jacinto, con una tristeza milenaria en los ojos, respondió: *“Muchacho, el que canta en la tormenta se ahoga con la lluvia. Callar era la única forma de que ustedes pudieran nacer”.*

Clara los separó. Esa noche, en lugar de revisar planos, sacó un cuaderno viejo. No era un diario, sino un archivo de sonidos. Empezó a recorrer el pueblo, no para hablar, sino para escuchar. Grabó el rumor del río que alguna vez fue testigo de atrocidades. El crujido de la madera vieja de las casas. El susurro del viento entre las montañas que habían guardado tantos secretos.

Al día siguiente, en la obra, reunió a todos. No llevaba planos, sino una pequeña bocina. *“No vamos a hablar” – dijo. “Vamos a escuchar”.*

Empezó a reproducir las grabaciones. Primero, los sonidos naturales, los únicos que eran inocentes. Luego, poco a poco, introdujo otras grabaciones. Había entrevistado a la gente en la intimidad de sus cocinas, en la penumbra de sus patios. Grabó a Doña Mercedes contando cómo, en medio del conflicto, escondió a un herido sin importar de qué bando era, porque *“la sangre de todos es roja”*. Grabó a un excombatiente, ahora panadero, hablando del peso de la culpa y del miedo a ser señalado. Grabó a una maestra que enseñó a leer a los niños en una escuela sin techo, entre el estruendo de los aviones.

No hubo acusaciones. No hubo justificaciones. Solo eran voces. Pedazos de verdad cruda y dolorosa. Camilo escuchó la voz de Don Jacinto, no la del anciano terco, sino la del joven aterrorizado que tuvo que enterrar a sus amigos en secreto. Don Jacinto, a su vez, escuchó el dolor de Camilo, no el del muchacho irrespetuoso, sino el del niño que creció sin respuestas, con un vacío en forma de padre.

Algo se quebró en el aire. No fue un milagro, no fue instantáneo. Fue un deshielo lento y titubeante. Al día siguiente, Camilo y Don Jacinto no se hablaron, pero compartieron el termo de café en silencio. Era un comienzo.

La obra en la capilla se transformó. Ya no era solo restaurar piedras, sino restaurar confianzas. Los albañiles viejos enseñaron a los jóvenes los secretos de la cal y la cimentación. Los jóvenes enseñaron a los viejos a usar niveles láser. Se creó un lenguaje común en el acto físico de construir.

El punto de inflexión llegó con el descubrimiento. Al levantar el piso de la sacristía, encontraron una pequeña caja de metal oxidada. Dentro, no había oro ni documentos secretos. Había decenas de papeles doblados. Eran notas escritas a lápiz, con letra temblorosa. Eran plegarias, peticiones, nombres de seres queridos escritos por la gente del pueblo en los momentos más oscuros. Los habían escondido allí, como un último acto de fe en algo más grande que la guerra.

Clara leyó una en voz alta: *“Por mi hijo, para que no tenga que empuñar un arma. Por mi enemigo, para que recuerde que también tiene madre. Por esta tierra, para que un día conozca la paz”.*

Un silencio absoluto cayó sobre el grupo. En ese momento, la Capilla de la Paz dejó de ser un proyecto y se convirtió en un símbolo. No de una paz impuesta o negociada en una mesa lejana, sino de una paz construida ladrillo a ladrillo, palabra a palabra, perdón a perdón.

El día de la reinauguración, el pueblo entero se congregó. No vinieron políticos ni periodistas. Solo la gente del valle. Don Alirio, el patriarca escéptico, tomó la palabra. Miró la capilla restaurada, blanca e impoluta contra el verde de las montañas, y luego miró a la gente.

“Nos dijeron que la paz era un papel que se firmaba”, dijo, con su voz ronca. “Pero los papeles se los lleva el viento”. “Esto” – señaló el edificio y, sobre todo, a la gente unida frente a él – “esto lo construimos nosotros. Con estas manos. Con estas historias”.





Luis Alejandro Cruz Castillo

Alejandro de Humboldt
Popayán - Cauca

Me llamo Luis Alejandro Cruz Castillo y vivo en la ciudad de Popayán; hace poco ingresé al actual colegio en el que estudio, lugar donde me siento muy feliz. Agradezco a quienes inspiraron mi historia, especialmente a mi madre, maestra de zonas rurales y alejadas del Cauca, donde hemos aprendido que la paz nace de uno mismo para el mundo. Eso es lo importante: brindar amor y paz a las demás personas.

La escritura me ayuda a expresarme libremente.

Soy un niño que sigue el camino de Dios, tratando de mejorar cada día, para que mi familia se sienta orgullosa de mí. También quiero que sepan: Jesús es el camino, la verdad y la vida.



SOLO NO LA ESCUCHÁBAMOS

En el sur de Colombia, donde las nubes acarician los tejados y los cafetales susurran canciones antiguas, existía un pequeño pueblo llamado El Silencio. Su nombre no era casual: durante años nadie se atrevía a hablar demasiado alto, porque las palabras podían despertar rencores viejos y, con ellos, podían despertar la memoria.

El pueblo estaba dividido en dos, como si la montaña hubiera decidido separar a sus hijos para evitar más daño. En un lado vivían los Rojas; en el otro, los Castaño. Nadie recordaba con certeza el origen del conflicto. Algunos decían que todo empezó por una vaca robada, otros por una línea mal trazada en el mapa de una herencia.

Entre esos niños estaba Amaranta Rojas, de ojos color café y manos que olían a grano recién recogido. Cada mañana acompañaba a su padre a la finca, donde aprendía a distinguir el café por su aroma y tamaño. En las tardes bajaba al río; allí, entre la bruma del agua, solía ver a Tomás Castaño, que arreaba el ganado y hablaba con las vacas como si fueran sus amigos. Nunca cruzaron palabra, pero sus miradas empezaron a reconocerse.

Un julio, el cielo se desbordó. Llovió tres días y tres noches, y el río crecido se llevó el puente de madera que unía ambos lados. Las familias quedaron aisladas, el barro cubrió los caminos, los mayores decían que la tormenta era castigo por los rencores antiguos.

Al cuarto día, Amaranta vio entre los restos del puente un ternero arrastrado por la corriente. Sin pensar, se lanzó al agua helada. Peleó contra el lodo hasta que unas manos firmes la sujetaron y la llevaron a la orilla. Era Tomás. Ambos quedaron empapados, tosiendo, con el ternero entre ellos.

Se miraron, y Amaranta murmuró: *“Gracias”*.

“No se deja morir lo que vive” – respondió él. *“Sea de quien fuere”*.

Cuando volvió a casa, nadie creyó su historia. “Habrás sido uno de los nuestros”, dijeron los Rojas. “Un Castaño jamás ayudaría a una Rojas”, replicaban del otro lado. Solo ellos sabían la verdad. Desde entonces, el río dejó de ser frontera para sus corazones.

Con el tiempo, comenzaron a verse en secreto junto a los restos del puente. Compartían frutas, historias y sueños sobre un pueblo sin odio.

“Mi abuela dice que antes todos festejaban juntos la fiesta del maíz” – contó ella. *“Cantaban, bailaban y nadie preguntaba de qué lado venía el otro”*.

Una tarde, decidieron construir un pequeño puente de guadua. No era más que unas tablas mal amarradas, pero Amaranta reía mientras lo sostenía:

“No es un puente de verdad, pero al menos es algo”.

“Entonces que sea un puente para la paz”, dijo Tomás.

Durante días trabajaron juntos, atando cuerdas, clavando cañas, soñando con un camino común. Cada nudo era una promesa. Pero cuando el pueblo descubrió su obra, la furia volvió a despertar. El puente fue destruido a machete antes del amanecer.

Esa noche los perros ladraron sin descanso y las puertas se cerraron de nuevo. Amaranta lloró junto al río; Tomás, golpeó la tierra húmeda. Entendieron entonces que la montaña no los juzgaba: eran las personas quienes no sabían escucharla.

Pasaron los años. Amaranta se hizo maestra, Tomás carpintero. El odio envejecía, pero las heridas seguían abiertas. Muchos jóvenes se habían marchado, cansados de los resentimientos. El Silencio, irónicamente, comenzaba a quedarse sin voces.

Un día, el alcalde anunció un proyecto del gobierno: un centro comunitario que uniría ambos lados del pueblo. Pero nadie quería colaborar. Entonces Amaranta se puso de pie en la reunión: *“Si seguimos divididos, ni el cemento nos unirá. Solo si trabajamos juntos podremos sanar”*. Luego buscó a Tomás.

“¿Todavía sabes levantar puentes?” – le preguntó.

Él sonrió, con la misma serenidad de años atrás.

“De madera, de guadua o del alma. Tú dime cuál”.

Comenzaron solos, con tres jóvenes, dos mujeres mayores y un niño que apenas sabía clavar clavos. Poco a poco, más personas se unieron, atraídas por la esperanza que emanaba del trabajo conjunto. Amaranta y Tomás enseñaban a mirar más allá de los apellidos.

Durante la construcción ocurrieron pequeños milagros: viejos enemigos compartían herramientas, niños de ambos lados jugaban sobre tableros tambaleantes, y la montaña parecía respirar más tranquila. El día de la inauguración, El Silencio dejó de serlo. Hubo música, risas y tambores. Los ancianos se sentaron en las gradas improvisadas, algunos con lágrimas de emoción. En el centro del nuevo salón, una tabla de madera tallada por Tomás llevaba grabada una frase:

“Donde antes hubo odio, ahora nace el café de la paz”.

Amaranta miró hacia la montaña dorada por el atardecer.

“La montaña despertó” – susurró ella.

“No” – respondió Tomás. “Es que por fin aprendimos a escucharla”.

Bajo el nuevo puente de piedra el río seguía su curso, ya sin ser frontera. Los niños jugaban sobre él sin saber que alguna vez fue el límite del miedo. Y cuando el viento sopla entre los cafetales, algunos ancianos aseguran oír risas juveniles junto al agua. Dicen que son los ecos de Amaranta y Tomás, asegurándose de que la paz no vuelva a perderse.

Porque los pueblos, como las personas, solo encuentran su calma cuando recuerdan su corazón. Y allí, en los Andes colombianos, donde las montañas guardan secretos y los caminos huelen a esperanza, El Silencio ya no calla ni se enfrenta. Suena a machetes que construyen, a voces que prometen futuro y a ríos que ya no separan, sino que unen historias.

Cada año, durante la fiesta del maíz, los habitantes se reúnen para celebrar el día en que la montaña fue escuchada. Entre risas y danzas, Amaranta y Tomás, ya mayores, repiten las palabras que unieron sus destinos:

“La montaña nunca duerme” – dice ella.

“Solo espera” – responde él, “a que sus hijos aprendan a entenderla”.

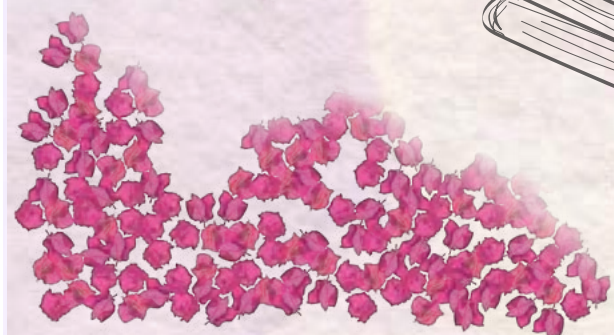
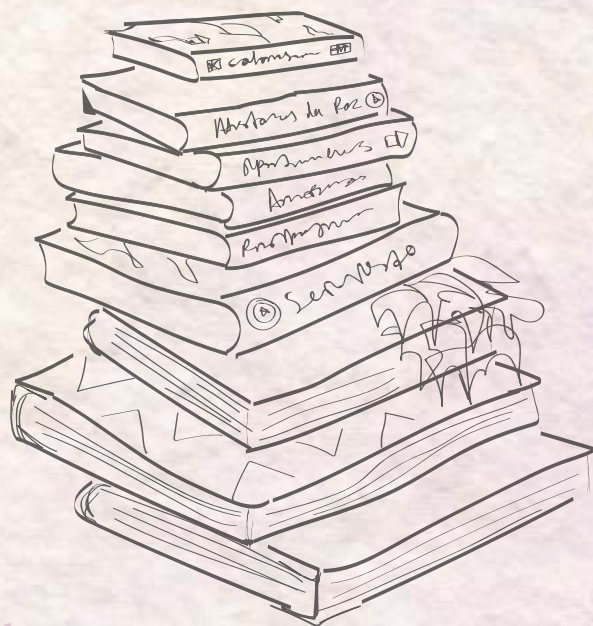
Y así, entre los ecos del río y el aroma del café, El Silencio sigue hablando bajito, recordando a todos que la paz también se cultiva, grano a grano, palabra a palabra, como el café que brota de su tierra.





C U E N T O

Categoría
ADULTO





Pablo Antonio Torres Velandia

Colegio de Boyacá
Tunja - Boyacá

Desde que era chiquito me dicen Pablo Cocuy, pero, en verdad, me llamo Pablo Torres Velandia.

Escribo desde las montañas de la Sierra Nevada de El Cocuy, donde justamente nací, y donde hace mucho frío muy. Escribo para que Etelvina Velandia, quien por estos lados ya no anda, siga creyendo que algún día logrará atrapar con su cometa de trapos una luna decembrina.

Para mí, la paz es ese chorro blanco y transparente que se escurre fresco desde la montaña, y que huele todo el tiempo a sol o a luna.



LAS CUCHAS TIENEN RAZÓN



Estás ahí, de pura valentía, frente a todos esos huesos que vas encontrando en el piso. Sientes que sudas frío, que no puedes más, que no quieres estar más tiempo en ese lugar. Sin embargo, continúas.

Juntando huesos por acá y por allá, vas armando a tu niña. Sí, así como la conociste, como tú misma la pariste, y con ese llanto con que la recibiste un trece de marzo de hace veinte años, arriba en la casa más enderezada de la loma. Para entonces, qué cuento de correr para el centro de salud, que era lo que todas las mujeres en esos apuros hacían. Pues esa pelada no te dio tiempo de nada, y ahí llegó toda acelerada, y así mismo sería su vida, siempre corriendo y rebuscándose en los recovecos de la ciudad. Pero, ahora que intentas recuperarla, como si fuera un tierno rompecabezas, coges un hueso por acá y otro por allá, hasta que va tomando forma, y es cuando viene a la memoria esa muñeca que le habías regalado para una Navidad, cuando ella apenas tenía siete años. Ella le quitaba un día los pies o la dejaba con uno solo, y luego volvía a armarla, se reía. Pues fíjate cómo es la vida, ahora te toca a ti armar a tu niña, a tu propia niña, de la misma manera, hueso a hueso, tratando de juntarlos, como esa muñeca que después quedó por ahí olvidada, hasta que el polvo de la calle y los inviernos la fueron envejeciendo.

Y eso que, antes de que todo esto sucediera, la buscaste de día y de noche, calle a calle, casa a casa, puerta a puerta, rostro a rostro, año a año, como si fuera un inventario de cosas perdidas. Aún te ves a ti misma

preguntándole a todo el mundo: ¿alguien ha visto a mi niña? ¿Que si alguien tiene idea de dónde pueda estar?, y pues terminas viendo cómo en cada casa y con la misma tristeza tuya te van sacando el retrato de otra muchacha, o de otro muchacho, tal vez de piel más oscura, o el pelo menos encrespado, o los ojos menos iluminados, o la cicatriz un poco más allá del alma. Un día, cansada de preguntar, te detienes en una de esas polvorientas calles, solo para mirar un poco atrás, tratando de saber qué pasó, en dónde se perdió ella, cuál pudo haber sido el mal paso, o si alguien se la llevó, como algunos bien o mal murmuran cuando les das la espalda; porque cuando te acercas a ellos, nada te dicen, solo agachan la cabeza y se van por entre los delgados hilos de tierra que separan una casa de otra. Y fue por ahí, donde se te aparece, como si fuera una ráfaga de pólvora hiriendo la memoria, que en uno de esos días le dijiste a la Rosario, tu vecina, que, a ese paso y con todo ese mundo de ausentes, entre todas juntas tendrían suficientes fotografías como para organizar un álbum y dejarlo ahí colgado en los árboles de la loma. Pues ni se rio, para nada le gustó el chiste y de una te cerró la puerta, como queriendo encerrar su propia ausencia, y se puso a llorar, y aún te parece escuchar su esquivo llanto por entre el bullicio diario de todos. Esa puerta debió haberle quedado tan bien cerrada por dentro a la Rosario que tampoco volviste a verla. Dicen que se encerró para siempre en su diminuta casa de cartón, para no volver a salir. Ni muerta, gritaba, mientras se iba yendo, caminando de espaldas, cerrando cada puerta y cada ventana de su casa, para terminar sentada, entregada a su soledad, como si ahora estuviera muerta, en el diminuto patio que dejaba entrar el persistente olor a mierda que bajaba sin lástima desde la loma. Ahora te das cuenta de cuánta tierra debieron haberle echado encima a tu niña, cuántos huesos, de otros ausentes, tenía ahí prendidos, como si estuvieran haciendo una montonera. Y ahora te dicen que no te puedes llevar ese montón de huesos en la cajita de cartón que has venido preparando para esa tarea, como si no fueran tuyos, que no los puedes tocar, que hay que esperar otro tiempo, como si no hubieras esperado lo suficiente.

Y entonces decides aguardar, cruzar los dedos, buscar la ocasión para ello. Que te dejen sola. Sola has estado. Un día te das cuenta de que esos señores que han recogido tantos huesos en la loma se van, salen asustados, como pájaros espantados; ni ellos mismos saben para dónde, y miras para arriba, lo más arriba que puedes, y no encuentras a nadie, te han dejado sola. Y entonces te apresuras a recoger los huesos en la cajita de cartón, y sales corriendo, feliz. Pero sientes que alguien te persigue, que te reclama esos mismos huesos, como si no fueran los tuyos. Vuelves a mirar, y no ves a nadie, solo los gallinazos dando vueltas en picada. Apresuras el paso, sientes el silbido del viento en tus oídos, como si algo te reclamara, corres lo más que puedes, y cuando ya crees que estás a salvo, te detienes y descubres que en la caja de cartón hay otro vacío, más grande que el que hace rato llevas en el alma. Piensas que allí hay un lugar para alguien más, y claro, te acuerdas de la Rosario, tu vecina. Entonces regresas; vas por los huesos del niño de ella. Sin saber nada, recoges los huesos que puedes, los que crees que son, y entonces sientes una tranquilidad que hace años no tenías, y corres para la casa de ella, la casa de cartón de la Rosario, aun sabiendo que la puerta de esa casa sigue trancada para siempre. Ella debe estar dormida en algún lugar del patio.





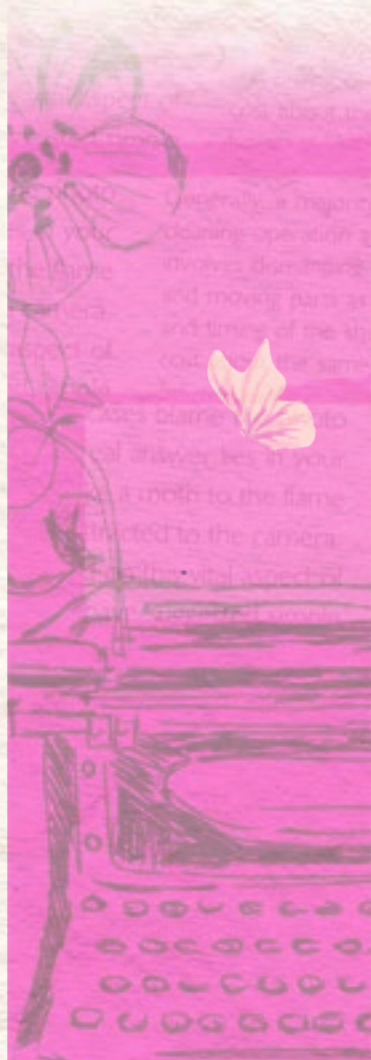
Sandra Viviana Giraldo Toro

GABO

Cartago - Valle del Cauca

Me llamo Sandra Viviana Giraldo Toro. Me inscribí en la categoría cuento, con una historia familiar, y escribo desde Cartago, Valle del Cauca, un territorio cálido donde todas las mañanas el sol me abraza. Soy docente de ciencias sociales y escritora, y desde ahí he descubierto que mi lugar en el mundo es desde un punto donde observar lo cotidiano con sensibilidad.

La escritura llegó como un refugio y terminó convirtiéndose en una forma de entender las tensiones, los afectos y las preguntas que atraviesan la vida. Para mí, la paz es un gesto íntimo: el silencio donde puedo habitar la palabra. Cuando escribo, busco que quien me lea sienta compañía, que encuentre un respiro o una luz que le recuerde que toda historia, por pequeña que parezca, también puede ayudarnos a sanar. Me inspiran la fotografía, los paisajes que guardan y evocan secretos; y las voces que hablan desde lo auténtico. Creo profundamente en el poder transformador de narrar lo que sentimos. Mi frase favorita es habitar la palabra.



LA CORTINA DEL BAÑO



En Yumbo, aquella noche de 1984, la guerra se desató como una tormenta que no pedía permiso. Hombres del M-19 se tomaron el pueblo y con ellos llegaron las explosiones, las ráfagas, las casas abiertas a culatazos. La estación de policía quedó cercada por bombas que parecían relojes sin tiempo, midiendo la distancia entre la vida y la muerte. Mi abuelo apenas alcanzó a decir: ¡Al baño, rápido! Lo siguieron mi padre, mi madre embarazada y mi prima, que también llevaba un hijo en su vientre. ¿Y si entran aquí? —Susurró mi prima, con voz quebrada—. Silencio —ordenó mi padre apretando los dientes—. Se refugiaron en aquel cuarto estrecho, húmedo, donde el único escudo era una cortina de plástico mal puesta, dejada al azar como quien olvida el detalle más mínimo. Desde el vientre de mi madre escuché la guerra. Escuché las botas que hicieron crujir el suelo, las voces ásperas que revisaban la casa pieza por pieza. Escuché la respiración contenida de los míos, como si hasta el aire hubiera aprendido a esconderse. Frente al baño se detuvieron. —¿Revisamos aquí? —Preguntó uno. —No, parece vacío— respondió el otro. Y siguieron de largo. Ese día, la muerte pasó de largo.



Engañada por una cortina mal puesta, se fue sin mirar lo que ocultaba. Pero no se fue sin dejar huellas. Mi prima, doblada en silencio, perdió al hijo que esperaba. Mi madre, en cambio, me sostuvo gracias a un medicamento que calmaba sus nervios y evitó que su miedo me arrastrara con él. Cuando la guerrilla abandonó el pueblo, llegaron otros: los saqueadores. Creímos que todo terminaría allí, que lo poco que quedaba sería arrancado. Y entonces resonaron otras voces, inesperadas y firmes: —¡Aquí no se roba nada! —. Eran mujeres de unas cuerdas más arriba, que al huir despavoridas pasaron por el local donde mi padre laboraba, trabajadoras de la noche que irrumpieron con valentía para defender el negocio de mi padre como si fuera suyo. Sus gritos no solo espantaron a los ladrones: también confirmaron lo que aún dudábamos: que la guerrilla ya se había ido. Al amanecer, cuando el pueblo despertaba entre ruinas y cenizas, mi abuelo condujo a la familia al hospital. Mi prima se marchó con las manos vacías. Mi madre, en cambio, me conservó en su vientre. Yo, que aún no había visto la luz, guardé en mi primera memoria la certeza de esa noche: que la vida puede sostenerse en lo más frágil, que la solidaridad puede brotar donde nadie la espera, y que la paz no siempre depende de las firmas estampadas en un papel, sino de esos gestos invisibles que, en medio del horror, deciden salvar.





Bayron Danilo López Ruano

IE Monserrate. La Plata, Huila
Sandoná- Nariño

Soy Bayron Danilo López Ruano; escribo desde las montañas del Huila, donde vivo, bajo la mirada del nevado que vigila, silencioso, tras el horizonte y el aroma del café de Monserrate; sin embargo, mi corazón vuela más al sur, a la ternura de la infancia, a los rostros que me nombraron, a mi Nariño amado. Al sur de Aurelio Arturo, al tapiz de retazos, al pacífico olvidado.

Descubrí la escritura cuando entendí que la memoria no puede callarse, que una historia también es una forma de regresar. Para mí la paz no es un discurso; es un gesto pequeño, es conservar un nombre, abrazar lo que duele, sostener al otro cuando la vida se vuelve río. Ojalá, quien tenga la oportunidad de leer mi escrito, sienta esa orilla, ese lugar donde nadie se pierde y donde los recuerdos, como decía mi abuela, siguen vivos mientras alguien los pronuncie.



LOS NOMBRES DEL RÍO



uando nos fuimos, la casa quedó en silencio. La abuela decía que los nombres se cuelgan de las paredes igual que los retratos, y que cuando uno se va sin despedirse, esos nombres anidan lamentos. A veces creo que la casa nos miró partir; claro está, no con ojos, sino con tablones que crujían al paso, con la hamaca que se mecía sola en el corredor, con el humo del fogón que se negaba a morir. Era una casa de madera, pintada con restos de caracoles y con ventanas que daban al río Mira, allá, en el corazón del Pacífico nariñense. Para ese entonces yo tenía tan solo once años y no entendía por qué, un día cualquiera, a media tarde, tuvimos que salir corriendo con una mochila al hombro y los ojos aferrados al alma.

Mi papá no vino con nosotros, dijo que volvería por la hamaca y los gallos; pero algo en su voz me sonó a despedida, como si supiera que ya no habría regreso. Esa noche, los hombres armados quemaron la mitad del caserío. Mamá, la abuela y yo miramos desde el monte las llamas que se reflejaban sobre el agua; fue la primera vez que vi llorar al río. Nadie volvió a nombrar a papá; mi mamá dice que, cuando el miedo se hace grande, los nombres se entierran sin cruz, y aunque nadie lo dijo, yo entendí que el fuego no solo consumió las casas, también borró las voces que las habitaban, las risas que flotaban en las cocinas, los cantos que dormían los sueños.

La abuela pasó semanas sin hablar; se sentaba bajo el palo de mango a mirar el camino, con los ojos húmedos de espera. A veces murmuraba nombres en voz baja, como si los contara para no perderlos. Decía que, si uno deja de pronunciar un nombre, se marchita; por eso, sin más ni más, una tarde decidí escribir los nuestros en hojas secas y lanzarlas al río. Pensé que así, flotando entre remolinos, encontrarían el camino de regreso; que el agua, en su sabiduría, los llevaría de vuelta a casa.

Los días pasaron y el río siguió su curso como siempre, como todos los días, como si nada hubiese ocurrido; pero la casa, la casa ya no respiraba igual. Ella aún sentía la ausencia. Solo cuando nos dimos cuenta de que la maleza había abrazado el silencio, entendimos que era hora de partir, de seguir el cauce del río, de dejar que la corriente nos llevara lejos, aunque con la angustia de no saber hacia dónde.

La ciudad a donde llegamos después de varias semanas olía a humo y a metal. Vivíamos en una pieza prestada, con techo de zinc que crujía con el sol; nadie sabía nuestros nombres, y con el tiempo, hasta nosotros mismos empezamos a olvidarlos.

En la escuela me llamaban por un número mal escrito; yo, en secreto, seguía hablando con la casa, le contaba todo lo que veía, los buses azules, los postes altos, la ausencia de ranas en las noches; le contaba que extrañaba los domingos de pescado asado, las hamacas tibias del atardecer, el olor de la leña en la ropa.

A veces sueño que la casa me habla, me cuenta que la lluvia sigue cayendo en su techo y que la puerta aún cruje con el viento; dice que los nombres siguen vivos allá adentro, que el río no ha dejado de repetirnos. Me dice que, cada vez que alguien pesca, se lleva consigo un trozo de historia, una sílaba de los que ya no están; por eso, cuando cierro los ojos, me prometo que volveré, no sé cuándo ni cómo, pero volveré; y si ya no queda casa, si la madera se pudrió o la selva la tragó, al menos dejaré mi nombre colgado de un árbol, para que el río lo pronuncie en voz alta, como se pronuncian los nombres de los que nunca debieron irse; porque, mientras alguien recuerde tu nombre, como decía mi abuela, todavía estarás vivo.





María Cristina Fajardo Collazos

Institución Educativa Gimnasio del
Pacífico . Tuluá - Valle del Cauca

Me llamo María Cristina Fajardo Collazos. Escribo desde la ciudad de Tuluá, corazón del Valle del Cauca. Desde niña tengo la necesidad de narrar historias, me parecía importante que la gente se impresionara con lo que veía y sentía, tanto como yo.

Para mí, la paz es el hogar donde todos pueden sentarse a disfrutar una cena, donde la familia pueda asomarse por la ventana y contemplar el atardecer y donde todos puedan expresar sus pensamientos, sin temor a ser juzgados.

Escribí este cuento porque la memoria es fundamental en la historia de la dignidad de los pueblos, recordar de dónde venimos, quienes eran nuestros vecinos, sus problemas y sus alegrías.



MATUTI



Solo fue aquella vez que mi escoba se atrevió a invadir su frontera. Un poco de tierra que se me fue. Entonces nuestra calle no estaba pavimentada, barríamos remojando el tierrero para que se asentara. Nos gustaba el olor a tierra mojada. Matuti y yo coincidíamos al llegar de la escuela, salíamos con balde en mano a barrer el frente de nuestras fachadas. La medida exacta de carretera que nos correspondía se marcaba con una línea delineada con la escoba. Ni siquiera me reclamó, no era una niña de muchas palabras. Poseída por la ira me chantó su escoba en la cabeza. Yo quedé atontada, sin comprender lo que pasaba. Entré a la casa encandilada, sobándome la cabeza. Desconcertada miraba mis piernas, el polvo salpicado de agua formaba mapas, el agua que entre las dos nos tirábamos. Desde aquella tarde no volví siquiera a pisar el frente de su casa. Nunca supe su nombre, todos le decíamos Matuti. Después de que sentí su mano sobre mí, entendí el significado de su sobrenombre. Un día le pegó a un niño por adelantarse en la fila para recibir la colada; solía hacer cosas así, pero nunca pensé que pudiera hacérmelas a mí. Su figura maciza se imponía sobre un montón de niños escuálidos que le huían gritándole “Matuti, Matuti”.

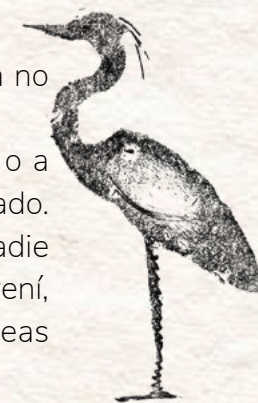
Puedo asegurar que se reía conmigo, disfrutábamos la competencia de escobas, ver al final de la faena el pedazo de calle de cada una, aplanado, limpio de montículos de tierra y piedras.



Suspirábamos orgullosas por el trabajo bien hecho. Matuti lucía un peinado perfecto, la recuerdo en medio de las piernas de su madre tejiéndole la melena. Vendían chontaduro bajo la sombra del palo de mango en el parque. Me parece verla trepada en su copa, escondiéndose de su padre cuando la buscaba para darle con la correa. Una vez me tiró un mango, se abrió en el piso... aún siento su aroma dulce. Así me lo comí, lo consideré un gesto amistoso. Yo la sentía tan cerca en nuestro ritual diario, nos decíamos muchas cosas en silencio, escobazo, mirada; quieres hacer las tareas conmigo, ver televisión. Escobazo, mirada; jugar rayuela, hacer comitiva. Pudimos haber hecho todas esas cosas juntas que nos decíamos sin decírnos.

Nunca fui capaz de abrir la boca para invitarla a mi casa. Ni ella pudo más allá de comunicarse con golpes. Yo no volví a salir para barrer a la misma hora que ella. Después de que me diera el escobazo yo sentía muchas ganas de pegarle, vengarme de alguna manera. Sigilosa dejaba líneas de piedras en su pedazo de calle, desdibujaba su línea divisoria, y corría a esconderme.

He regresado a nuestra vieja calle; su casa y mi casa ya no son. La pequeña ventana por donde saltaban sus ojos tratando de detectar a sus enemigos, o a alguien que quisiera jugar con ella, ya no está, la han sellado. El viejo árbol sigue reinando en el centro de la plaza, nadie sube a tirarme un mango. "¿Dónde andas Matuti? Vení, vení, aquí te espero para que barramos nuestros frentes sin líneas divisorias".





Dairon Restrepo Godoy

Instituto Tecnológico Metropolitano
Medellín - Antioquia

La paz, para mí, es poder llegar a un lugar y observar con calma; que me llamen Dairon Restrepo Godo, vecino de Medellín y no se espante nadie. Porque todos somos los mismos.

Encuentro una gracia superior en ver.

Me gusta ver en el transporte público, no por las ventanas: miro los encuentros, me asomo a la gente y me baño complacido en la multitud.

Me siento agradecido, y no soy un *flâneur* del siglo XVI, pero la multitud es el diezmo de la vida: me ha dado la paciencia, el respiro y la angustia.

Bien recibo tu invitación de cazar pájaros burlones, de ver Nueva York en escena desde casa, de jugar en la mesa y calentar chorizos santarrosanos en la parrilla de las arepas.

Gracias, gota que se hace vapor cuando caliento la leche; me calmas la nostalgia.

Gracias, edredón azul, por llevarme al viaje y despertarme en un mar enfurecido.

Gracias, luz que tiñe mi caverna de las películas de Lynch; gracias porque hay otra función.

Es grandioso y minucioso el ritmo a las dos de la mañana; salud por la salsa y el lindy hop.

Gracias, oídos taponados, piel manchada, corazón con arritmia, lengua tajada, cuerpo en desequilibrio, ojos enceguecidos, voz ronca y arrastrada, pelo en remolinos, uña enterrada del pie izquierdo, entrañas con úlceras, alma tímida, cerebro dividido, rodilla desviada y ánimo a media altura.

Gracias, sombra, por evidenciarme la luz; gracias, lenguaje, por evidenciarme la sombra.



INSTRUCCIONES PARA CONSTRUIR UNA HISTORIA QUE YA SUCEDIÓ



Vamos a escribir una historia en la que el primer personaje es una señora sentada en un parque, en una plaza de mercado o bajando de un bus. Es una señora de cincuenta, no, sesenta y tres años, de camisa roja como las botas que llevará puestas. Decida usted el color del pantalón. Para el nombre sugiero uno que inicie con E; sería oportuno un nombre positivo, para ser justos con ella.

E, con el cabello castaño y con canas; el peinado, se lo dejo a su preferencia. Lo importante es que lo lleva arreglado, aunque acaba de salir del trabajo, y no es un dato de menor importancia, porque ella dejó de arreglarse el cabello cuando su hijo se marchó. Supongamos que E no va para su casa; no quiere llegar y encontrar a su marido, R. J., acostado en el sofá con la tele encendida y el celular en la mano. Tal vez no esté en la casa, pero ella no lo sabe. El que sabe es usted (o cree saberlo).

Démosle un destino a E. Ella va a encontrarse con alguien; no es necesario ponerle letra, porque seguramente ella tampoco sabe a quién va a encontrar, aunque lo desea desde hace veinte años.



Si quiere, agregue la fecha específica; la causa, dejémosela a ella por el momento.

E se define a sí misma como una mujer de belleza normal (busque en la tabla normativa correspondiente a la belleza y escoja según el rango de normalidad). Ojalá pueda brindarle algo de dignidad.

Continuemos con el personaje que la señora E se encontrará. No es necesario que sea humano, ni tampoco es requisito asignarle color, altura, creencia, ideología o profesión, aunque abramos la posibilidad de que sea de la clase trabajadora. Incluso el dato puede ser falso, Pero basta con ponerle un número, de preferencia que no supere los cuatro dígitos, aunque puede que no sea definitivo.

Ahora la propuesta es sencilla. Yo propongo unas palabras, y cuando se encuentre una “equis”, usted pone un adjetivo:

E camina, cruza la calle X, se topa a dos, cinco o dieciséis civiles X. Puede inflar las estadísticas a conveniencia. En la mitad de la cuadra X, un edificio X, de ventanas de color X, tiene la puerta principal X entreabierta.

E sabe que puede entrar, así que déjela pasar. Un vigilante X la reconoce. E da pasos con seguridad y llega al fondo. Una secretaria X, con lentes X, mirada X, le pregunta quién dio la orden y si trajo los documentos. Si anteriormente no visualizó a la señora E con un bolso o carpeta, que saque del bolsillo trasero una hoja X doblada.

Si se hizo una idea de lo que contiene la hoja, téngala un momento en su cabeza para luego saber si fue un engaño o no. Antes, hay que darle un respiro a E; la emoción de la verdad le aviva el llanto. Parece triste, pero sonrío. Aunque también puede ser al revés: parece alegre, pero no sonrío.

La secretaria le devuelve la hoja y también le entrega la autorización para participar en las diligencias de exhumación de su hijo X.

Si a cada hijo se le asignara una letra por el nombre, y una letra del apellido del padre y otra del apellido de la madre, para obtener una combinación única de tres letras del alfabeto sin repetirlas, tendríamos 2.925 casos de desaparecidos. Y usted y yo sabemos que la realidad en Colombia está tres cuadras más allá de la ficción, siendo cuadras largas y empinadas.

Como E, hay otras madres que siguen buscando. No sé cómo quiere que finalicemos esta historia. Tal vez, de la manera en que muchas historias finalizan: echándole tierra al asunto, o con la tierra abierta.





Diego Fernando Clavijo Gutiérrez

Colegio Luz de la Esperanza
Tona - Santander

Me llamo Diego Fernando Clavijo y escribo desde el corazón del Páramo de Santurbán. Allí, las lagunas y los frailejones susurran mil historias pendientes por contar. El páramo en sí mismo es un pulmón de paz, transmite esa sensación de altura y plenitud que nos hace tocar el cielo. Soy maestro del Colegio Luz de la Esperanza, dónde aprendí que el páramo y su gente dan la dosis de calidez que a veces le falta al clima.

Descubrí en la escritura una vía de escape a la cotidianidad que a veces nos desmorona. Creo fervientemente que la palabra es transformadora y que dice más de lo que se puede leer en ella.

Concibo la paz como una obra de arte pintada por millones y millones de manos diferentes, cada una con sus líneas y sus matices, pero que con sus pinceladas contribuyen a la elaboración de la pintura perfecta, del óleo jamás imaginado.



QUIZÁS YO NO ESTÉ ENFERMO

I



Se contabilizaba una semana sin muerto. Para muchos era un récord inaudito, desde que la absurda necesidad de poder de rojos y azules había desatado una batalla inescrupulosa en todo el país. Pueblos enteros de una definida tendencia política no admitían asomos del bando contrario, de manera que los foráneos debían escudarse siempre en el juramento de lealtad hacia un partido, aunque su ideología se torciera a conveniencia cuando pisaban un pueblo de la otra orilla. En los escasos pueblos de mentalidad dividida, las peleas en billares y garitos eran pan diario, un muerto azul tirado en la plaza con una pañoleta roja en el cuello a manera de afrenta era un escenario común y los panfletos amenazantes arrojados por debajo de los pórticos, una carta de presentación cada mañana. Una semana sin muerto era todo un acontecimiento, aunque la tensión cortara el aire con un filo infernal.

II

Mamá dijo que se calmaron las aguas y me ha dejado salir a jugar pelota. No sé cuánto llevo aquí; quizás un día, un mes o un año, no lo sé. Llegamos porque papá decía que nos iban a matar a todos, por ser diferentes, creo, aunque yo los veo a todos iguales. Así que dejamos la finca y terminamos en estas calles completamente ajenas para mí. Por suerte, la tarde fue divertida. Jugué a los tiros libres con un muchacho algo raro que insistía con que lo llamase Di Stéfano y con que yo debía ser el portero del Deportes Caldas. Aunque eso como tal no fue lo extraño

(yo no sabía quién era ese señor ni conocía el nombre de ningún equipo de fútbol, mamá nunca me dejó escuchar la radio); lo realmente extraño fue que al verme me señaló un trapo amarrado a su brazo y me preguntó si yo era de su bando; le dije que sí, sin entender nada, sólo quería jugar a la pelota.

I

Una noche más sin muerto, pero a costo de trasnócho. Los fusiles no pararon de sonar de manera intermitente en medio de la oscuridad. Los disparos eran luciérnagas kamikazes que se perdían en el cielo, huérfanas de rumbo y de objetivo. Había que marcar territorio. El punto es que ambos bandos pensaban igual, así que rojos y azules contestaron la metralla de la lluvia con una metralla de pólvora que, lejos de asustar a sus enemigos, terminó siendo una misiva al cielo informándole que, bajo su amparo, los hombres destilaban odio. El ansia de poder llenaba todo, el reino del horror ya se anunciaba.

II

Mamá estuvo reacia a dejarme salir. Sólo el verme ilusionado con la pelota bajo el brazo y el haberse cerciorado de que la noche anterior fue sólo ruido sin carne la terminó convenciendo. Al parecer los padres de Di Stéfano pensaron diferente, pues en el prado que soñaba como estadio de copa mundial no encontré más que desolación. Jugué solo un rato, cuando me percaté de la mirada de otro niño. Parecía más inseguro que el del día anterior, pero se comportó igual que él. Se señaló un trapo amarrado a su brazo y me preguntó por mi bando. Sin saber muy bien a qué se refería, solo pude titubear que era del mismo bando, y aunque el juego no estuvo tan intenso como en el día anterior ni simulamos ser jugadores profesionales, pude divertirme a placer.

I

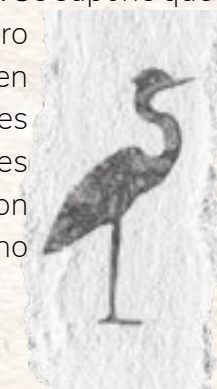
La humareda que salía del billar de la esquina de la plaza era un presagio del triunfo de los rojos. Las banderas rojas ondeaban, rodeando una docena de cadáveres, todos ellos con pañoletas azules amarradas al brazo. La celebración se extendió unas horas más, hasta que al igual que

la noche anterior, disparos lejanos de fusil empezaron a estallar contra el cielo. Era un anuncio de que el partido azul estaba más vivo que nunca y que la guerra aún no acababa. Esa noche se brindó con guarapo en ambos frentes, en uno por la fortaleza necesaria para afrontar la posible muerte venidera y en el otro por la defensa de los ideales llamados a tomar las riendas del país. El billar de la plaza ardió hasta la madrugada y la ceniza se escapó con la brisa, como buscando un lugar más seguro donde pasar sus días.

II

Mamá me prohibió rotundamente salir. Ella, en cambio, sí se fue. Papá no aparecía y ella desesperó por encontrarlo. Como quedé sólo en casa, pensé que tras dos goles y tres atajadas podría volver sin que mamá se percatara de mi fuga. Ya en la cancha, encontré a mis dos compañeros de juego mirándose fijamente con un rencor que me era desconocido. Ambos me abordaron al mismo tiempo, se señalaban sus trapos en el brazo y me instaban a pelear contra el otro. Yo no entendía nada. Me decían no sé qué de los ideales, no sé cuánto del movimiento, no sé cómo de las familias. Yo sólo les dije que, entre los tres, el juego sería más divertido. Titubearon. Tras unos minutos, uno de ellos se quitó el trapo de su brazo y lo guardó en el bolsillo. El otro chico hizo lo mismo y la faena fue ridículamente entretenida, nos divertimos como pulgas.

Mamá dice que mi enfermedad es incurable, que debo aprender a vivir así y a sobrellevar el destino con ese castigo de Dios. Nunca he comprendido muy bien a qué se refiere; yo me siento bien. Se supone que el daltonismo que sufro no me permite ver los colores, pero me da igual, porque el universo lo pinto a mi manera y en mi universo todos los colores son iguales. Quizás quienes pelean por trapos de colores en sus brazos sean quienes necesiten ayuda médica, qué sé yo; quizás los ideales son el verdadero castigo divino y quizás, sólo quizás, yo no esté enfermo.





Johann Sebastián Rico Ricaurte

Gimnasio Niños Felices
Bogotá D.C. - Bogotá D.C.

¡Hola! Soy Johann Sebastián Rico Ricaurte, docente de educación física. Quise ser poeta y por no lograrlo, me convertí en poeta. Le escribo a lo cotidiano, a lo que puede pasar en el colegio, en la familia o en el Transmilenio. Necesito de la escritura para vivir, así que escribo desde niño. Lo primero que creé se llamó *El hombre gallo*. Escribo desde el suroriente de Bogotá, en un barrio repleto de historias anónimas y en el que se puede contemplar el ocaso; esta vista conecta mi mirada con el resto de la ciudad. He publicado algunos poemas en la antología *La desobediencia de las flores*. Me gustaría mencionar un autor o artista que me invite a escribir, pero me parecería injusto elegir uno solo, así que prefiero usar dos frases que se han vuelto principios para guiar mis acciones: “*siento, luego existo*” y “*pon cuánto eres en lo mínimo que hagas*”. Para este concurso participé en el género del cuento, categoría adultos. Con mi participación tenía la intención de mostrar lo que significa la paz para mí: vivir en armonía con todo lo vivo. La paz es la valoración y protección de la vida por encima de cualquier cosa. Me gustaría que la lectura de mi relato generara en el lector un sentimiento de esperanza. Además, a través del cuento, quisiera invitarlo a valorar la otredad.



NEGOCIACIÓN



Estaba dispuesto a matarlo. Sabía que merodeaba por ahí desde hace días. Mi abuela, acostumbrada a secar babosas con sal, me otorgó la misión. Lo escuchaba por las noches: sus pasos en el tablado del comedor. Guardaba la esperanza de que entrara hasta mi habitación, lo esperaba allí, listo para el combate, pero el cansancio me vencía primero. Hasta que, por fin, llegó esa noche.

Tengo el sueño frágil, me fue fácil escucharlo. Por fin, sus pasos en mi tablado. Lo vi pasar como una sombra. Fui al patio y agarré mi arma. Floreció la gallardía masculina que mi abuela deseaba para mí. Volví a mi habitación. Entré con sigilo y empecé a buscarlo. Los músculos de mis brazos crecieron de repente. No podía ganarme en mi propio terreno.

Ya había visto cómo se hacía antes, estaba preparado. En las temporadas de lluvia, era frecuente enfrentarlos. Cuando mi abuela estaba más joven era una guerrera experta: los veía con facilidad, les tendía trampas, los atrapaba y les daba golpazos. El sonido de sus chillidos era la señal. Cuando dejaban de sonar, paraba la golpiza. Cobardes chillones, decía. Una vez muertos, los recogía con la mano, los mostraba con orgullo y los colgaba del techo como señal de victoria. Nunca más volverán por acá, decía. A los tres días, cuando el olor se volvía insoportable, los bajaba y los tiraba detrás del muro que estaba frente a la casa.

Mamá, por el contrario, siempre les tuvo miedo. Mi abuela le decía que era una tonta por gritar como gritaba cuando aparecían; pero, a pesar de la crueldad de mi abuela, nunca dejaron de venir. La abuela no sabía que uno de ellos había atacado a mamá cuando era niña. Fue en el colegio, cuando uno invadió el salón de mamá. Sus compañeros escaparon; otros usaron los puestos como escudo para huir, pero mamá quedó inmóvil. El invasor le subió desde las piernas hasta el pecho y le lanzó una mordida en la quijada. Por eso, yo sabía que estaba despierta, pero no salía. Y no porque no quisiera sino porque no era capaz. Seguro estaba escondida debajo de las cobijas, haciéndose invisible.

Prendí la linterna del celular. En la pared se dibujó una sombra gigantesca. Retrocedí hasta la puerta. Los músculos de mis brazos recuperaron su delgadez. El corazón se aceleró. Quise despertar a mi abuela, pero sabía que me regañaría. Además, su enfermedad no le permitiría levantarse. Sin embargo, fue muy tarde. ¡Mate esa porquería de una vez!, gritó desde su cama, lleva una semana en lo mismo. No tenía opción. Mamá se asomó del otro lado del pasillo. ¿Está ahí?, preguntó. Asentí y casi al instante escuché el seguro de la puerta de su habitación. Una presión en la parte alta del estómago me decía que abandonara la misión. Abrí la puerta de la casa para calmar el calor. Hubiera querido escapar. Apúrese que



necesito dormir, gritó mi abuela. Di una inhalación profunda y procuré no hacer ruido al exhalar para que no se notara mi miedo. Dejé la puerta de la casa y de la habitación abiertas por si necesitaba huir. Corrí hasta el interruptor y encendí la luz. Empecé la búsqueda.

Regresé por el arma que había dejado olvidada en la entrada de la habitación. Avancé poco a poco. Lo vi correr y ubicarse en un rincón de la habitación. Alcé el arma con mis manos temblorosas. No tenía ruta de escape. Me miró a los ojos. Tenía el cuerpo acurrucado. Reconocí en su mirada mi miedo. Lo vi frágil como mi sueño, como mis agallas. Bastaron cinco segundos. Éramos iguales y nos aceptamos como tal. Lo cazaba por temor y él huía por temor. Con esa mirada negociamos. Despacio bajé el palo que había dispuesto para el asesinato y él salió de la casa. Lo vi correr con paso acelerado, subirse al andén y desplazarse hacia al muro. La noche hizo que lo perdiera de vista. Se dirigía al mismo punto donde mi abuela tiró a todos los que sufrieron su violencia. Sería el único en salir de aquí y llegar allá con vida.

Cerré la puerta. ¿Por fin lo mató?, preguntó la abuela. Mi mamá se asomó por el pasillo para saber si estaba bien. Dije para las dos que juntos habíamos encontrado otro camino. Jum, se quejó mi abuela y la imaginé que negaba con la cabeza y luego se giraba, dándole la espalda a la puerta.





Ensayo

**Categoría
JUVENIL**





Danna Isabella Guerrero Sierra

I.E. Guillermo León Valencia
Aguachica - Cesar

Mi nombre es Danna Isabella Guerrero Sierra, participo en la categoría juvenil y escribo desde Aguachica, Cesar. Soy alguien que encuentra tranquilidad y paz en el deporte, sobre todo en el baloncesto.

Desde chiquita lo practico y la cancha se convirtió en mi lugar seguro, ese espacio donde puedo respirar, calmarme y entender lo que siento.

Por eso quise relacionar la paz con el baloncesto: porque allí crecí, allí aprendí a controlarme y allí descubrí que también se puede construir paz mientras se juega. Espero que quien lea mi texto pueda entender cómo para mí, el deporte, es un lugar de paz.



LA PAZ TAMBIÉN JUEGA AL BALONCESTO

Cuando hablamos de paz, es fácil relacionarla con acuerdos y resolución de conflictos. Yo, en cambio, recuerdo todos esos momentos en los que me sentí tan angustiada, enojada y a punto de explotar, pero decidí respirar y calmarme.

Eso me hace pensar en todo lo que aún nos falta como sociedad, esa capacidad para tomar control y calma cuando nuestra cabeza se nubla de emociones. Sin embargo, con el tiempo he aprendido que la paz no nace de los grandes problemas, sino en los espacios donde vivimos, sentimos y soñamos. Para mí, ese lugar de paz es el baloncesto.

Comprender el sentimiento al momento de entrar a la cancha es aceptar que, en un solo instante, todo se despeja. El ruido de los problemas deja de importar, las preocupaciones se hacen pequeñas y mi mente encuentra un lugar donde puede pensar con tranquilidad; ordena mis pensamientos y, de alguna forma, acomoda también un poco de mi vida.

El baloncesto me enseñó que la paz no es silencio, sino unión. No se trata de huir de los problemas, sino de aprender a enfrentarlos con calma, respeto y carácter. En la cancha aprendí a perder sin odiar, a ganar sin humillar, a controlar mis emociones cuando quería explotar y a confiar en mis compañeras de equipo cuando el orgullo quería habitar en mí por completo. Cada pase es un acto de confianza, y cada jugada, una decisión compartida. Al final de cada partido, sin importar el marcador,

siempre habrá un abrazo que recuerda que, incluso después del partido, todo puede seguir en armonía.

En la cancha el caos es real: el marcador puede cambiar, el rival presiona, los errores duelen. Pero justamente allí se produce una transformación. Como señala Purpose & Soul Athletics: "Encontrar la paz en el caos implica equilibrio interior, afrontamiento saludable y gestión de las emociones". En el deporte esa paz no es algo quieto o pasivo: es una forma de estar, una actitud que se entrena. Cada vez que lanzamos el balón bajo presión, o cuando seguimos defendiendo, aunque vayamos perdiendo, aprendemos a mantener la calma, a confiar en el compañero y a recordar que el juego es en equipo. No se trata de actuar por impulso ni de buscar culpables, sino de seguir adelante con cabeza y corazón. El baloncesto me enseñó que la paz se construye cuando acepto lo inesperado y elijo responder con disciplina, respeto y empatía.

Las rutinas, reglas y roles del equipo funcionan como un mecanismo para liberar mi mente de todo ese estrés de la cotidianidad. Estudios en psicología del deporte muestran que los deportistas que ponen en práctica técnicas de respiración, visualización o enfoque mental reducen significativamente la ansiedad y los conflictos internos. En mi caso, cuando entro a la cancha y escucho el dribbling del balón, siento que esa secuencia regula mi mente y me prepara para sobrellevar la montaña rusa de eventos que pueden suceder. Esa experiencia que inicio en la cancha se extiende a mi familia, a la escuela y, en general, a mi vida.

Desarrollar la capacidad de respirar, pasar, confiar y no reaccionar impulsivamente bajo presión en el entorno deportivo me hizo aprender a actuar con calma y construir paz en otros aspectos. El deporte deja de ser solo juego: se convierte en escuela de vida para el conflicto cotidiano.

Con el tiempo entendí que la paz funciona igual que un equipo: exige comunicación, paciencia, disciplina y humildad. Yo he fallado tiros, he perdido partidos y he sentido la frustración quemándome por dentro,

pero también he aprendido que se crece más en la caída que en la victoria fácil. Si no soy capaz de dominar mis emociones en la cancha, tampoco podré hacerlo en la vida.

La paz también se juega, y yo la aprendí en la cancha, en las derrotas, en las caídas y, sobre todo, en aquello que me impulsó a levantarme una y otra vez. La cancha fue mi refugio, allí encontré una forma de ser mejor y de aprender a convivir con quienes me rodean. Ahora sé que la paz no es un destino, es una actitud y una lucha diaria: cada vez que agarro el balón, me motiva a seguir eligiéndola.

Quiero invitar a todos los lectores a realizar actividades que los llenen de paz y los ayuden a regular esas emociones que a veces nos nublan, que encuentren esa paz que, por ejemplo, yo encontré en el baloncesto, porque al final comprendí algo que no quiero olvidar: la paz también se juega.





Taliana Rico Martínez

I.E. Guillermo León Valencia
Aguachica - Cesar

Me llamo Taliana Rico Martínez y escribo desde la tierra linda y acogedora de Aguachica, Cesar, reconocida por apodar a sus descendientes como morrocayeros. Soy una chica que encuentra en la escritura su refugio; es una manera de ordenar lo que siento y lo que descubro del mundo. Empecé a escribir desde temprana edad, porque me di cuenta de que las palabras me ayudan a comprender lo que a veces me cuesta decir en voz alta y además porque, como dice Ana Frank, en su Diario: *“El papel es más paciente que los hombres”*.

Para mí, la paz es ese instante en que todo está tranquilo, tanto contigo misma como con las personas que nos rodean; es una sensación cálida, parecida a escuchar a alguien que te entiende sin juzgar. Escribo con la esperanza de que quien lea mi ensayo se sienta acompañado y encuentre dentro de mis palabras un pequeño lugar seguro al que regresar. Participo en la Categoría 2 – Juvenil (14 a 23 años). Me inspira una frase que siempre recuerdo: *“Lo pequeño también ilumina”*, porque creo que incluso un gesto mínimo puede sembrar paz.



HACER LO QUE AMAMOS: MOTOR DE PAZ

Colombia cuenta con una larga experiencia en procesos de paz, al igual que otros países que anhelan una convivencia armoniosa. La paz es un fenómeno social que todos tratamos de alcanzar. ¿Por qué esta búsqueda constante? Históricamente, ha sido un mecanismo esencial que siempre se ha encargado de fomentar la convivencia sana, no solo a nivel social, sino también en el ámbito personal. Desde mi perspectiva reflexiva, la paz se basa en una emoción que se evidencia al actuar conscientemente y, como seres racionales, saber lo que deseamos conseguir implica la responsabilidad de luchar por ello.

Todos nosotros tenemos herramientas necesarias para sensibilizar sobre la importancia de la paz y trabajar activamente en su desarrollo. En este sentido, la paz no tiene un camino único, sino una labor diaria que se construye sobre diversos pilares: la música, la educación, la flora y la fauna, la diversidad de culturas y costumbres y la base fundamental: el amor a la familia. Como dijo Bono (líder de la banda U2): “La música puede cambiar el mundo porque cambia a las personas”, idea que compagina con la de Gandhi (líder político y pensador indio): “La paz no es algo que se desea, es algo que se hace”. Sin embargo, la historia de Colombia demuestra que la paz ha sido una construcción frágil al limitarse frecuentemente a los acuerdos políticos. Estos desafíos han surgido por la poca difusión y apropiación social de los acuerdos por parte de la ciudadanía, lo que permite que las diferencias y los conflictos siempre persistan. Es precisamente en este punto donde la pasión por hacer lo que amamos se convierte en el motor más efectivo para generar unión y acción en las demás personas.

Actualmente, iniciativas como “La música como instrumento para la construcción de una cultura de Paz y No-Violencia” (impulsada por la Fundación María de los Ángeles) han utilizado las redes sociales para fomentar la cultura de paz. Del mismo modo, el programa “Artes para la Paz” y el concurso “Trazos de Paz 2.0” demostraron que el arte, usado con enfoque social y pedagógico, es capaz de deconstruir la violencia. La Fundación Construyendo hacia la Paz, por ejemplo, trabaja con jóvenes hijos de excombatientes, brindando oportunidades en liderazgo y emprendimiento, demostrando que la mayor resistencia al estigma es la inclusión activa impulsada por el amor. Estas labores se centran en las personas, utilizando el arte y la música para que niños y adolescentes ejerzan su derecho a la libre expresión, compartan sus historias de cómo el conflicto los ha afectado y aprendan a resolver conflictos de manera pacífica.

Esta responsabilidad colectiva requiere que los movimientos trasciendan un proyecto específico. El compromiso de seguir construyendo la paz se refleja en la protección de diferentes pilares esenciales: la familia, la cultura y los valores. Así como la flora y la fauna nos exigen ser responsables de la preservación de nuestro ecosistema, la diversidad cultural exige la protección de los derechos y la preservación activa de las costumbres y perspectivas de los demás. La educación y la familia son las bases primordiales para concienciar a los niños y jóvenes, enseñando que la convivencia armoniosa requiere esfuerzo y trabajo diario.

A su vez, mi vida personal tuvo un cambio gracias a estos elementos. En mi adolescencia (entre los 12 y 14 años), fui una persona de muy mal humor y con la autoestima muy baja, lo que siempre me hacía sentir excluida. Mi relación familiar era inestable, lo cual generaba constantes discusiones y una falta de confianza, especialmente con mi madre. Al no encontrar una pasión clara, me sentía sin escape. Sin embargo, logré reconectar con mis intereses: la música (especialmente el K-pop con grupos como Blackpink y Stray Kids) y la lectura, que me brindaron felicidad y una vía de escape, aunque internamente aún me sentía malhumorada y sola.

A partir de los 15 años, el hecho de encontrar esa paz interior me permitió sanar. Comencé a relacionarme mejor con mi familia, a ser más comunicativa y feliz en casa. Esa paz interna se transformó en empatía y me permitió valorar más a mi familia, quienes hoy son mi mayor disfrute. Entendí que la paz surge cuando sanamos nuestras heridas y nuestro estado de ánimo, transformando esas problemáticas en la capacidad de crear alegría y unión con nuestros seres queridos.

En conclusión, las experiencias vividas nos enseñan que, para tratar la paz con los demás y con nuestro país, primero debemos sanar nuestras propias dificultades y heridas. Los conflictos internos y la falta de pasión llenan nuestra juventud de energía negativa, impidiendo que podamos ver soluciones. Esto podría llegar a ser un llamado a nuestra generación: a través del arte, la cultura o el estudio, logramos liberarnos de esas problemáticas y sanar nuestras heridas, encontrando la paz interior que tanto nos hace falta y nos permite actuar. La paz social no se logra de inmediato, sino a través de pequeños y constantes pasos. Por lo tanto, el camino hacia la paz en Colombia es claro: la pasión es el motor, y los seres humanos somos ese puente que, al construirlo, inspira a otros a la acción.





Elizabeth Sofia Gómez Carabalí

I.E. Los Farallones de Terranova
Jamundí - Valle del Cauca

Soy Elizabeth Sofía, estudiante de grado decimo; tal vez para ustedes soy una chica del común, y sí lo soy, muchos dicen que me conocen, pero en realidad no es así porque soy un alma que no tiene rumbo y que vive de sus sueños, no del ideal de los demás; todos miran el lado malo del mundo, una esperanza de paz perdida, pero a mí me gusta ver lo mágico, aquello que muy pocos ven y pensar que, tal vez, aunque sea en medio de páginas, el mundo será distinto y podremos vivir en paz y ser felices. Veo el lado bueno, porque del malo ya tenemos bastante.

Me gusta ser feliz pensando que la vida es una hoja en blanco, un lienzo sin pintar y que a través de él podemos enseñar a soñar y a no olvidar.



OLVIDOS SILENCIOSOS

Dicen que la paz es como un amanecer: todos la esperan, pero pocos la han visto realmente.

Yo la he buscado entre los escombros de mi memoria, entre los gritos ahogados que el viento todavía arrastra, entre los silencios que quedaron en mi casa cuando la muerte se sentó en la mesa y decidió quedarse.

Mi madre murió por culpa de la violencia. No fue una bala, fue la vida misma la que la empujó al abismo.

A veces la recuerdo cuando yo tenía seis años. Era una mujer deslumbrante, incluso cuando la tristeza ya le había rozado el alma. Su risa era tan hermosa que parecía curar la ausencia de mi padre, y su mirada tenía esa calidez que solo tienen las personas que aún creen en la bondad. Ella encontraba formas de hacerme sentir que nada nos faltaba, aunque no fuera así. Pero la violencia y la muerte llegaron sin tocar la puerta, tomadas de la mano. Y fue como si alguien apagara su sol por dentro.

Su sonrisa se fue marchitando hasta desaparecer. Sus ojos, antes llenos de ternura, se convirtieron en sombras de oscuridad, vacíos de esperanza. Caminaba por la casa como si su cuerpo siguiera vivo, pero su alma ya hubiera empezado a despedirse e incluso a desaparecer. La violencia no solo le quitó la vida... primero le quitó las ganas de vivir.

Buscando trabajo, encontró su fin en donde la pobreza y la necesidad se disfrazan de oportunidad. Le destrozaron el cuerpo y el alma, hasta

que un día ya no pudo más y decidió que el único lugar donde tal vez no habría dolor era la muerte.

Yo tenía once años cuando se quitó la vida, y ese día entendí que en Colombia el silencio y la necesidad también matan. Mi padre nos había abandonado mucho antes, y mi tío fue quien trató de sostenerme entre el caos después de ella morir.

Cada mañana se iba a trabajar con la esperanza de que un día todo cambiara, pero la guerra no perdona la esperanza. Lo mataron, y nunca hubo justicia. En este país, la justicia se cansa antes que el dolor.

Mi tío fue solo uno de los muchos casos olvidados, uno más entre tantos nombres que el viento se llevó. Porque aquí, si no te conocen, si no eres una figura importante, tus recuerdos se vuelven susurros y tu tumba se convierte en tierra olvidada que el polvo se encarga de esconder. Así desaparecen las vidas, no por falta de cariño, sino por exceso de silencio.

Desde entonces, aprendí a esconderme entre las páginas y la tinta de los libros. Leer era mi manera de huir, de crear otra realidad donde el viento no transporta gritos sino risas, donde la brisa huele a vida y no a sangre, donde los recuerdos son historias de alegría y no heridas abiertas.

Es en esos mundos ficticios donde la gente busca la eternidad para jamás dejar de vivir, para soñar más allá de la muerte. Allí comprendí que quizás la única manera de escapar por completo de este mundo cruel... es inventando otro.

Durante años creí que las personas eran crueles porque la guerra o la violencia las obligaba. Pero el tiempo me enseñó algo más oscuro: muchos lo son porque esa es su naturaleza. Disfrutaban del dolor de los demás, el sufrimiento ajeno como si en él encontraran su propio sentido. Para algunos, "sin guerra no hay vida verdadera".

Como si necesitaran la sangre para sentirse vivos, como si la violencia

fuera el pulso que los mantiene respirando. Y, aun así, todos hablan de paz. La han convertido en una bandera, en una moneda, en una excusa. La han pasado de mano en mano, de generación en generación, de discurso en discurso, como si fuera un trofeo que solo pertenece al que gane.

Pero la paz no se conquista. No se logra cuando uno muere y el otro sobrevive. No nace del poder ni del miedo, mucho menos de las armas. La paz empieza por uno mismo. Porque si no sanamos nuestras heridas, seguiremos transmitiendo dolor.

Somos lo que llevamos dentro, y mientras nuestra esencia lleve dolor y huela a sangre, seguiremos repitiendo esta historia una y otra vez. A veces me pregunto si sanar realmente significa olvidar y dejar otras, o si recordar con conciencia también puede ser una forma de curarse. Quizás la memoria duele, pero el olvido mata más lento.

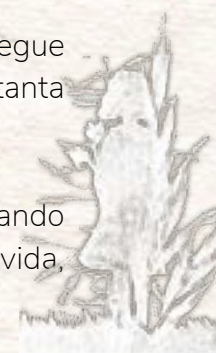
Nos enseñaron a temerle al pasado, cuando en realidad es ahí donde está escondida la posibilidad de cambiar.

Sanar no es dejar de sentir, dejar de recordar; es aprender a mirar las heridas sin que vuelvan a sangrar, a reconocer que aún con cicatrices y marcas seguimos siendo capaces de construir.

Tal vez eso sea la paz: no la ausencia del dolor, sino la decisión constante de no seguir repitiendo lo que nos dañó. No sé si algún día la paz llegará. Tal vez sea imposible alcanzarla, pero no imposible buscarla.

Y mientras haya alguien que lea, que recuerde, que hable, que se niegue olvidar, quizás aún quede un respiro de esperanza en medio de tanta oscuridad. Yo seguiré buscándola.

No tengo respuestas, solo esta necesidad inagotable de seguir intentando creer que, incluso en un país que sangra, todavía puede florecer la vida, porque el dolor se convierte en palabra y la palabra en resistencia.





Juan Andrés León Campuzano

Institución Educativa El Llano
Marmato - Caldas

Mi nombre es Juan Andres León Campuzano soy de Marmato Caldas, una persona que entiende la paz como un ejercicio activo, cotidiano y profundamente humano.

Desde mi experiencia en la comunidad escolar, he aprendido que la calma, el respeto y la empatía son herramientas tan importantes como cualquier conocimiento académico.

Escribo este relato desde la convicción de que la paz se construye en las pequeñas decisiones: en escuchar al otro, en reconocer las diferencias y en mantener la coherencia entre lo que pensamos y lo que hacemos. A través de mi escritura busco mostrar que la paz no es ausencia de conflicto, sino la forma inteligente y valiente de enfrentarlo con humanidad.



EL CAMPO DE JUEGO LLAMADO PAZ

La paz, manos, no es la ausencia de ruido. Si fuera solo eso, la paz sería el silencio sepulcral de una biblioteca vacía o el vacío de un servidor de videojuegos cuando todos se desconectan. ¡Y eso es aburrido! La verdadera paz es un estado activo, un buff constante que te permite jugar la vida en el nivel más alto posible. Es el nivel donde tu barra de salud nunca baja por el estrés externo, sino solo por el desgaste natural de la vida.

Crecí escuchando que la paz era algo grande, algo que solo los presidentes o los grandes líderes conseguían en tratados firmados con sellos gigantes. Pero ¿qué pasa con el día a día? ¿Qué pasa cuando la batalla no es entre ejércitos, sino entre tú y tu propia cabeza? Ahí es donde la paz se convierte en nuestra armadura más importante.

Piensa en el fútbol. Un partido puede ser caótico: gritos, pases perdidos, tarjetas rojas. Pero el equipo ganador no es el que grita más fuerte, sino el que mantiene la calma táctica. Saben dónde está cada jugador, confían en el pase del compañero y no entran en pánico cuando el rival presiona. Esa calma, esa confianza mutua, ¡eso es paz! Es saber que, aunque el marcador esté en contra, tienes la estrategia y la unidad para remontar.

En nuestra comunidad escolar o en cualquier lugar donde interactuamos, la paz empieza con la validación del otro. Es aceptar que el compañero que piensa diferente no es un boss final que debes derrotar, sino un jugador con una estrategia distinta. A veces, la gente confunde la paz con la sumisión, como si para no pelear tuvieras que dejar que te pisen. ¡Para nada, dude! Eso es ser un noob en la vida. La verdadera paz requiere límites claros, pero entregados con respeto. Es como decir:

“Mira, mi jugada es esta, la respeto, pero la mía es esta otra, y no voy a dejar que arruines mi run”.

La paz interna es el save point más crucial. ¿Cuántas veces nos hemos quedado atrapados en un loop mental? ¿Rumiando un error pasado o preocupándonos por un futuro incierto? Es como jugar un videojuego sin guardar el progreso; si te matan, tienes que empezar desde el nivel uno. Mi forma de “guardar” es simple, aunque a veces me cuesta: desconexión consciente.

A veces, la presión es tanta que sientes que te están aplicando un combo infinito de problemas. Mi truco, y esto es algo que he aprendido con los años, es buscar esos momentos de “pausa activa”. No hablo de meditar en una cueva, sino de tomar cinco minutos para concentrarme en algo tangible. Si estoy estresado por un examen, me obligo a enfocarme solo en el sonido de mi respiración, o en la textura de mi botella de agua. Es un mini-hack mental para forzar al cerebro a salir del modo “combate” y entrar en modo “observación”. Esto nos permite ver el panorama completo, no solo el monstruo que tenemos enfrente.

Y hablemos de la empatía, el motor de la paz social. La empatía es tener la capacidad de ver el mapa completo del juego, no solo tu pequeña porción. Cuando alguien está enojado, o siendo agresivo, es fácil reaccionar con la misma energía y subir la apuesta del conflicto. Pero la paz nos obliga a preguntarnos: ¿Por qué está jugando así? ¿Qué debuff tiene encima? Quizás su familia está pasando por un momento duro, o siente que no tiene voz.

En Latinoamérica, y en muchos lugares, vemos que la paz sostenible no llega solo con decretos; llega cuando la gente se siente vista y escuchada. Es como en el streaming de videojuegos: si el streamer ignora los comentarios de su chat, la comunidad se frustra y el ambiente se vuelve tóxico. Si el streamer interactúa, aunque sea para decir “¡Gracias por el follow, mi gente!”, se construye lealtad y buen rollo. La paz social es esa interacción constante, reconocimiento mutuo de humanidad.

La paz, cuando se aplica a un proyecto de vida, significa alinear tus acciones con tus valores fundamentales. Si tu valor principal es la justicia, pero estás haciendo trampas para subir de nivel más rápido, estás creando una guerra interna. Estás construyendo tu casa sobre arena movediza. La paz en el proyecto de vida es la coherencia. Es saber que, si fracasas en un intento, lo hiciste honestamente y puedes aprender de ello sin sentir que traicionaste tu propia misión. Es la diferencia entre ser un speedrunner tramposo y un jugador dedicado que celebra cada logro ganado con esfuerzo.

Y aquí es donde entra el rol de nosotros, los jóvenes. A menudo nos ven como la generación del conflicto rápido, de la reacción inmediata en redes sociales. Pero tenemos una herramienta poderosa que las generaciones anteriores no tenían a la mano con tanta facilidad: la conectividad global. Podemos ver la paz y la guerra en tiempo real. Podemos amplificar las voces que buscan la reconciliación.

Nuestra responsabilidad es ser embajadores de la calma. Si vemos una discusión encendiéndose en un grupo de chat, en lugar de echar gasolina con un comentario sarcástico o agresivo, podemos ser el tercero que dice: “Ey, tranqui, ¿por qué no hablamos esto con calma?”. Es ser el moderador de la vida real.

La paz también tiene que ver con la celebración de la diversidad. Es entender que, si todos fuéramos iguales, el mundo sería un juego con un solo personaje y un solo mapa repetitivo. ¡Qué pereza! La riqueza de la humanidad está en las distintas culturas, formas de amar, de creer y de vivir. La paz es celebrar ese roster completo de humanidad. Cuando respetamos el skin del otro, incluso si no es el que elegiríamos, estamos fortaleciendo la estructura comunitaria.

La paz no es un destino final al que llegas y ya no tienes que hacer nada más. Es un mantenimiento constante, como tener que actualizar el firmware de tu consola para que siga funcionando bien.





Liceth Valentina González Solís

I.E. Guillermo León Valencia
Aguachica - Cesar

Me llamo Liceth Valenttina Gonzalez Solis y escribo desde Aguachica, donde las tardes cálidas me enseñaron que cada día guarda una historia. Descubrí la escritura desde niña, cuando entendí que las palabras podían ser un refugio más seguro que mi propia voz. Hay una frase de Alejandra Pizarnik que siempre me acompaña:

"Escribir es un acto desesperado de permanencia en un mundo que se empeña en borrar todo." Quizá por eso escribo, porque en cada página siento que dejo una huella que el tiempo no puede borrar del todo.

Para mí, la paz no es silencio absoluto; a veces suena a pasos en la calle o al murmullo de una conversación que se comparte sin prisa. Escribí este texto con la esperanza de que quien lo lea pueda mirar la paz no solo es silencio y tranquilidad, sino también un espacio donde caben los movimientos, los sonidos y también el ruido amable que nos recuerda que estamos vivos y conectados. Participo en la Categoría 2 - Juvenil: personas entre 14 y 23 años.



PAZ A TRAVÉS DE NOTAS Y MOVIMIENTOS

Recito: "La paz en la que estoy pensando, es la danza de una mente abierta cuando se involucra con otra igualmente abierta" (Toni Morrison). Como también dijo y recitó: "La música me salvó. Es una forma de expresar cosas que no puedo decir en voz alta". (SUGA - BTS).

Estas frases son un pequeño ejemplo de cómo las artes pueden llegar a ser un reflejo de la paz en nuestras vidas cotidianas. La danza nos permite abrir nuestras mentes, a ser más comprensivos con las demás personas, nos enseña a estar dispuestos a escuchar; la música nos permite explorar nuevas perspectivas, expresar nuestros sentimientos y emociones, enseñándonos un mundo completamente nuevo respecto a nuestras opiniones. En nuestras vidas cotidianas, ya sea como estudiantes o profesionales, estas artes influyen tanto en nuestra paz mental como en comunidad, mostrándonos a través de movimientos, gestos, ritmos y letras la capacidad que tenemos para conectarnos y convivir de diferentes medios, donde podemos comunicarnos con personas de igual pensamiento, donde no es necesario obligarnos a expresar aquello que no queremos o podemos decir en voz alta; la danza y la música son un modo donde podemos encontrar la paz solo con un poco de meneo y sonidos.

Cuando hablamos de paz, podemos imaginarnos discursos, gente luchando por obtener algo de tranquilidad, comunidades tranquilas entre en sí, ni un signo de lucha o violencia, pero no nos atrevemos a ver un poco más allá, donde podemos hallar la paz con señas más sencillas, donde una pequeña melodía con una hermosa letra nos guía a compartir, donde unos lentos pasos de baile en compañía nos permiten sentir una leve presión que asociamos con tranquilidad y felicidad.

La música tiene esa bella capacidad de liberar aquellas palabras que no podemos soltar con facilidad, nos permite unirnos emocionalmente, tal y como dijo Pablo Casals: “La música debe servir a un propósito; debe ser parte de algo más grande que ella misma: parte de la humanidad”. Estos ritmos y letras nos permiten llegar a la paz a través del simple sentido del oído, al poder conectar con las personas a través de la musicalidad y se hace una parte de nosotros donde, a través de nuestros pensamientos, buscamos aquello que nos hace sentir y creemos correcto, sin conflictos. De hecho, podemos encontrar algunos estudios, como en la neurociencia, donde se ha demostrado que la música puede estimular la liberación de dopamina y oxitocina, sustancias que están relacionadas con la felicidad y la empatía (Levitin, *This is Your Brain on Music*, 2006). También se ha encontrado que cantar o tocar algún instrumento en comunidad, puede fortalecer los lazos sociales, reduciendo el estrés, lo que ayuda a contribuir con una convivencia pacífica entre las personas (Investigación de la Universidad de Cambridge, 2015).

La danza, por su lado, es capaz de transmitir con movimientos precisos y calculados los que a veces el alma no puede expresar. Murshid Samuel L. Lewis una vez dijo: “La danza espiritual no tiene otro propósito, ningún otro fin, que elevar a la humanidad más allá del egocentrismo, hacia la alegría, la dicha, la realización y la paz. El bailarín sincero es uno de los mejores artífices de la armonía universal y, por ende, de la paz universal”. Nos demuestra cómo, con sencillos desplazamientos que el cuerpo realiza dejándose llevar en el aire, controlando cada paso, se puede llegar a encontrar aquella paz que buscas, podemos encontrar esa empatía y libertad que el ser humano necesita, esa disposición para lograr esa confianza en la otra persona; bailar genera armonía y respeto por el ser humano mismo, no busca desigualdad, solo aquella compatibilidad para conectar al momento en que dejas llevar tu cuerpo a un ritmo que ambos entienden. Si investigamos un poco, podemos encontrar un estudio sobre la psicología del movimiento, donde hallamos que la danza activa aquellas regiones cerebrales que están relacionadas con la cooperación y la sincronía social (Tarr. *Frontiers in Psychology*, 2014). La danza tiene

la capacidad de sincronizar los ritmos cardíacos de las personas, lo que genera un sentimiento de unión y pertenencia.

La música y la danza nos permite compartir en comunidad, conocer emociones y conectar con la gente que nos rodea; nos enseña que la paz no se trata sólo de silencio, sino que también podemos hallarla en aquellos momentos donde notas musicales y movimientos hacen parte de esa unión y confianza. El arte nos ayuda a convivir con las personas que encontramos cada día, tiene la capacidad de generar la tranquilidad en nuestras vidas cotidianas, donde familia, amigos o incluso desconocidos, encuentran aquella perfección que les permite vivir en tranquilidad, transformando así, esas emociones que se comparten con otros. La paz no se trata sólo de evitar el conflicto, se trata de conectar y aceptar, tanto a personas ajenas como a nosotros mismos.





Josué David Díaz Jiménez

Instituto Educativo Educarser
Soledad - Atlántico

Mi nombre es Josué David Díaz Jiménez y escribo desde San Pedro de los Milagros, un pueblo de Antioquia. Soy un hijo de Dios y Él, junto a los libros, me inspiran para escribir.

Descubrí que era bueno en la escritura cuando comencé a escribir historias en foros de internet; allí vi que a la gente le gustaban mis textos. Entonces, después de analizarlo, decidí empezar a escribir a mayor escala.

Para mí, la paz es una idea que todos llevamos en nuestros cerebros y nuestro deber es seguirla y enseñar a otros a crearla.



QUÉ TAN DIFÍCIL

Ayer me estaba tomando un café. Me tambaleé un poco y se me derramó en mis dedos, quemándome. Entonces me pregunté: si por un simple tambaleo me herí, ¿qué tan difícil es herir a alguien? Y, ¿qué tan difícil es hacer la paz? Motrizmente, hacer daño es demasiado fácil. Mi cuerpo tiene las suficientes habilidades motoras para, por ejemplo, tirarle ese café a alguien, y no solo el café, ya que todo puede ser un arma. Lo dice la autora Han Kang en el libro La vegetariana: ¿acaso las manos, los pies y los dientes, e incluso la lengua y la mirada, no son armas con las que se puede matar y herir a cualquiera? Pero, si es tan fácil herir a alguien, ¿por qué no herimos a todas las personas que vemos? ¿Por qué no nos dejamos guiar de nuestros más sanguinarios impulsos? ¿Por qué no le tiré el café a alguien? En nuestro cerebro hay una región que se llama amígdala, ahí se crean nuestros impulsos más crudos y mordaces. Esos impulsos viajan a la corteza prefrontal que nos ayuda a evaluarlo. Y evaluó qué recompensa tendría tirarle ese café a alguien. Vio que tendría una consecuencia negativa y me dijo: “no, papi, usted no se va a meter en problemas con esa persona”. Ese es nuestro freno, que nos ayuda a no vivir como desquiciados. Luego pensé: “nunca he usado armas físicamente brutales con la intención de herir, pero ¿por qué he tenido la intención de usar armas verbales como la lengua e incluso no verbales como la mirada?” Cuando tenemos emociones fuertes, buscamos desesperadamente desahogarnos. Tenemos la lengua y la mirada siempre a nuestra disposición y nos resulta fácil usarla. Cuando tenemos el impulso de usarlas como arma, el impulso se genera en la amígdala y viaja a la corteza prefrontal y nos dice:

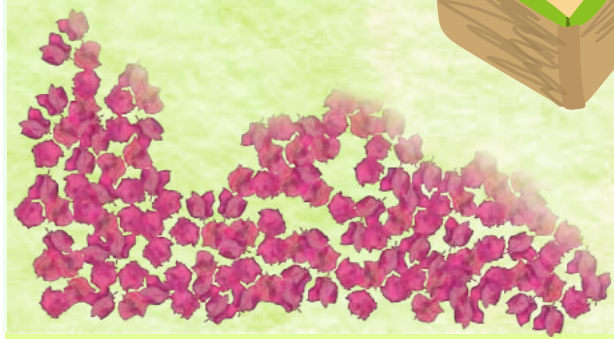
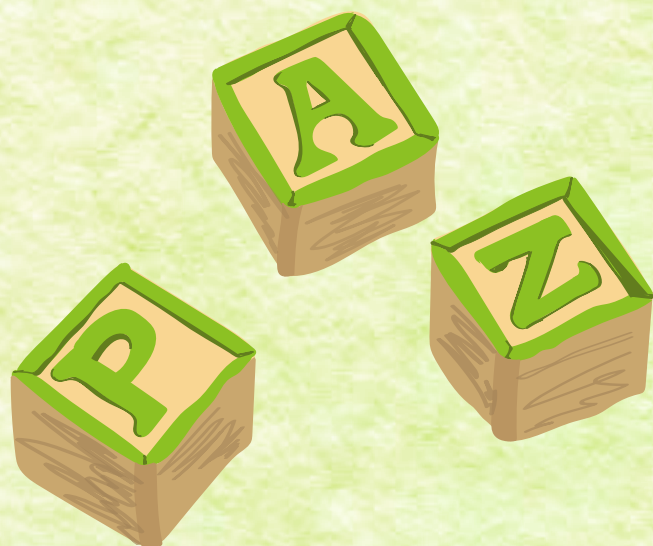
¿todo bien, papí? Ve ese insulto como una recompensa instantánea; nos sentimos fuertes y dominantes al insultar. Cuando tuve el impulso de tirar el café, mi corteza prefrontal me ayudó a recordar lo doloroso que podría llegar a ser y en los problemas en que me metería. Pero eso no pasa con los insultos; a veces pensamos que insultar no es para tanto y la corteza prefrontal lo deja pasar suave, sin señal de pare. Pero, tanto el daño físico como el verbal, e incluso el no verbal, pueden ser igual de dolorosos. ¿Por qué no nos ponemos la meta recordar lo doloroso que es que te miren feo o que te insulten antes de hacerlo? ¿Qué tan difícil es hacer la paz? Es más fácil de lo que crees. Ayudar a un anciano a cruzar la calle, tampoco requiere grandes capacidades físicas ni mentales; ¿por qué no lo hacemos más seguido? Ponerse a dibujar, escribir o simplemente mirar el cielo cuando estamos enojados, requiere las mismas habilidades motoras y mentales que un insulto o una agresión; ¿por qué no lo hacemos?





ENSAYO

Categoría
ADULTO



Jeffersson Elecue

Universidad del valle
Jamundí

Soy Jeffersson Elecue, artista de palabras que cobran vida en escena. Escribo desde Timba, Jamundí, en la Institución Educativa José María Córdoba, donde el folclor y la sabiduría ancestral corren como savia por las venas en un pueblo forjado en resiliencia.

Mi viaje empezó en cuarto grado cuando escribí mi primera obra, la cual reveló que la tinta podía dar voz a los sueños y construir mundos. Desde entonces, las palabras son mi territorio.

La paz no es quietud, sino la poesía que florece con obstinada belleza en medio de la dificultad. El verso que nace de tierra agrietada y se eleva.

Aspiro a que quien lea mis textos sienta el eco de aquellos docentes sembradores de esperanza, cuyo anhelo es ser el viento bajo nuestras alas para volar hacia un mundo donde lo mejor de la humanidad eche raíces.



LA SEMILLA INQUEBRANTABLE: EDUCACIÓN Y ARTE COMO ACTOS DE RESISTENCIA EN TIMBA, VALLE DEL CAUCA

Cada madrugada, cuando el sol aún se esconde detrás de los farallones del Valle del Cauca, emprendo un viaje que es más que un recorrido físico. Es un cruce de fronteras invisibles: dejo atrás el mundo del “debería ser” y me adentro en el corazón de lo que es. Timba no es solo un lugar en el mapa marcado por el olvido; es un rostro, una mirada, un nombre que repito como un mantra de esperanza. Aquí la guerra no es un titular de noticias; es el eco de un disparo que rompe el silencio de la noche, es el miedo que se cuela por las rendijas de las casas, es el desempleo que siega los sueños antes de que broten. Pero a este suelo árido yo no vengo solo como un profesor de Lenguaje. Vengo como un sembrador de palabras y un cazador de belleza. Mi marcador no es solo tinta; es la vara con la que golpeo las piedras para hacer brotar agua. Este texto no es un ensayo, es el relato de cómo el arte y la palabra se convierten en actos de resistencia íntima y colectiva, en cómo un verso bien leído puede ser un plan de escape y un dibujo en un cuaderno, un territorio liberado.

Para entender mi lucha hay que pisar esta tierra. No hablo del olvido abstracto de los discursos políticos. Hablo del olvido que huele a polvo y a caña quemada. Del que sabe a yuca hervida sin sal porque el dinero no alcanza. La guerra aquí no solo mata cuerpos; mata la dignidad lentamente, como un veneno. Le roba a un padre la posibilidad de

sostener a su familia con orgullo y le susurra a un joven que su vida vale más por un fusil que por un libro.

Y lo más doloroso para mí como artista, es ver cómo ese mismo veneno apaga los colores. La música de las veredas se apaga, los relatos de los abuelos se pierden con el zumbido de las motos de los violentos, las manos que podían esculpir o pintar, se cierran en puños de rabia o se abren en un gesto de rendición. Cuando se pierde el arte, se pierde el alma de un pueblo. Se pierde la memoria que nos dice quiénes somos y de dónde venimos. Es un genocidio silencioso del espíritu.

Estos viajes diarios no son un sacrificio, son un ritual de amor. Cada curva de la carretera es una preparación para lo que viene. Y al llegar, mi trinchera no tiene alambre de púas, tiene paredes llenas de carteleras de colores. Mi arma no es un fusil, es un libro de poemas de Pablo Neruda o un relato de García Márquez.

Mi arma es un poema, como artista sé que no se puede combatir el vacío con discursos. Se combate con belleza. Se combate con verdad.

No les digo a mis estudiantes “tienen que salir de aquí”. Les pregunto: “¿Qué belleza hay aquí que el mundo necesita ver?”. Y entonces la clase de Lenguaje deja de ser una materia: se convierte en un taller de alquimia.

Transformamos el dolor en poesía. Un verbo se convierte en un acto de liberación, un adjetivo en un color nuevo para pintar su realidad. Yo no les enseño gramática, les entrego llaves. La llave de la metáfora para nombrar lo innombrable. La llave de la narrativa para ser los autores de sus propias vidas y no personajes secundarios en el drama de la guerra.

Cuando el arte florece en el asfalto agrietado ocurre el milagro. La semilla germina dándonos la satisfacción más profunda que un ser humano puede sentir: no es la de un examen aprobado, es la de una vida que se enciende.

Veo a María, que era tan callada, escribir un cuento sobre una mujer que teje mochilas con hilos de luna. Veo a Javier, cuyo hermano fue reclutado, componer una canción de rap que habla de paz y no de venganza. Sus manos, que antes solo sabían de violencia, ahora trazan versos. Sus voces, que antes solo susurraban, ahora declaman.

Esos son mis títulos, mis diplomas: el brillo en los ojos de un joven que descubre que puede crear, no destruir. Que puede cantar, no llorar. Que su cultura, su ancestralidad no son algo muerto en un museo, son una fuerza viva que puede mezclarse con el hip-hop, con el grafiti, con el cine. Ellos ya no solo quieren “tener un empleo”; quieren ser cineastas, poetas, músicos. Quieren cambiar el mundo, no desde afuera sino sanándolo desde adentro, desde el arte. Están reconstruyendo su identidad, ladrillo a ladrillo, con el barro de sus tradiciones y el cemento de sus nuevos sueños.

Al caer la tarde emprendo el camino de regreso. Llevo el polvo de Timba en los zapatos y el cansancio en el cuerpo, pero el alma liviana, llena de una luz que no era mía cuando llegué. Es la luz que ellos me regalan.

En un mundo obsesionado con lo tangible, con las balas, el dinero y el poder; mi labor parece frágil, casi nada. Pero yo sé un secreto que la guerra desconoce: una metáfora puede ser más explosiva que una granada y un sueño más indestructible que un muro de concreto. No estoy formando estudiantes para pasar pruebas. Estoy criando jardineros que, con las herramientas del lenguaje y los colores del arte, están aprendiendo a reverdecer un territorio que todos dan por perdido. Y mientras un solo joven en Timba siga escribiendo un poema o pintando un mural, la guerra no habrá ganado. La última palabra, estoy seguro, la tendrá la belleza.



Mario Alejandro Duarte Orozco

I.E. Carlos Alberto Camargo Méndez
Hatunuevo - La Guajira

Soy Mario Alejandro Duarte Orozco, y les escribo desde el departamento de La Guajira, territorio en donde la palabra es vida y la posibilidad de crear puentes de entendimiento. En este mundo de posibilidades es donde la paz emerge como ese ideal que ilumina los caminos de entendimiento que guían las acciones humanas hacia los otros y hacia la naturaleza. A través de este ensayo, busco abrir un diálogo sobre un tema que nos compromete a todos en la construcción de la convivencia dentro de la escuela.



DEMOCRACIA ESCOLAR INCONCLUSA: CUANDO LA ESCUELA APRENDE A MIRARSE

Colombia se define como un Estado social y democrático de derecho y, en coherencia con este principio, la educación fue llamada a formar ciudadanos libres, críticos y participativos. A partir de la Constitución de 1991 y el conjunto normativo posterior, se reconoce la participación como condición esencial de la formación ciudadana y de la legitimidad de la vida escolar; sin embargo, entre norma y práctica se abre un abismo, pues la escuela proclama la democracia en sus discursos, pero muchas veces la desconoce en su cotidianidad. De esta manera se puede afirmar que la democracia escolar en Colombia sigue siendo un proyecto inconcluso: se enuncia como ideal normativo, pero no logra consolidarse como experiencia viva, pues las estructuras burocráticas y las ausencias simbólicas de voces impiden su pleno ejercicio. Sin embargo, esa inconclusión no es un fracaso, sino que representa una fisura necesaria en el espejo institucional, desde la cual es posible repensar, cuestionar y reimaginar la escuela en clave democrática.

En tal sentido, la escuela es un espejo que pocas veces nos atrevemos a mirar, en el cual se reflejan sus normas, rutinas y apariencias, pero no siempre las voces de quienes le dan vida y sentido. Esa distancia entre lo que la escuela dice y lo que hace resulta evidente en los espacios institucionales: en los consejos de padres, donde predomina el silencio, o en los encuentros de estudiantes, donde la palabra se diluye entre la timidez y la

rutina: no se trata de desinterés, sino de una cultura aprendida del callar para no contrariar. Así, en dicho escenario se proclama la participación, pero se teme al disenso convertido en un obstáculo, que impide construir una democracia vivida y no solo enunciada. La escuela solo será verdaderamente democrática cuando deje de verse en el espejo de la norma y empiece a reconocerse en el reflejo de sus actores: estudiantes, familias y docentes.

Esto me recuerda al sociólogo Boaventura de Sousa Santos, quien habla de las ausencias: aquello que existe, pero no se reconoce. Si bien el autor no lo aborda desde el ámbito educativo, sus reflexiones sí las podemos extrapolar a la luz de la esencia de su aporte teórico, para afirmar que en la escuela esas ausencias tienen rostro: los estudiantes cuyas opiniones se reducen a un voto simbólico; las familias convocadas únicamente para recibir boletines; los docentes que repiten la frase “así se ha hecho siempre”. Son presencias silenciadas que permanecen atrapadas en el reflejo jerárquico de las instituciones, donde se concede la palabra, pero no el poder de transformar.

Esa negación del otro no siempre es visible porque a menudo se disfraza de eficiencia, de rigor o de cumplimiento normativo. Sin embargo, cada vez que se silencia una voz, la escuela pierde parte de su sentido democrático. Las leyes pueden ordenar la participación, pero solo el reconocimiento la vuelve verdadera, por lo que mirarse en los ojos del otro implica aceptar que hay saberes distintos, experiencias que también enseñan y emociones que también educan, en donde cada estudiante, cada padre y cada maestro son espejos donde la institución puede mirarse y corregir su gesto. En esos reflejos se encuentra la posibilidad de cambiar la mirada y de aprender a escucharse como comunidad, porque la escuela democrática no se funda en la unanimidad, sino en la capacidad de convivir con la diferencia. Ahora, desde mi experiencia como rector de una institución

pública, convivo con este dilema cada día. Intento abrir espacios de diálogo, animar a los docentes a compartir decisiones e invitar a los estudiantes a proponer ideas. Sin embargo, la burocracia a veces convierte la escucha en trámite: actas, comités e informes donde la palabra se vuelve documento y la voz pierde su fuerza. Aun así, he comprendido que el espejo también refleja mis propias limitaciones, y que reconocerlas no significa rendirse, sino iniciar el cambio.

De esa tensión nace una pregunta incómoda: ¿cómo enseñar democracia si la escuela no logra vivirla? Éticamente, es un reto; políticamente, una deuda. La democracia escolar no puede ser solo una fecha en el calendario ni un conjunto de cargos representativos, pues debe respirarse en las relaciones cotidianas: en la forma en que se escucha a un niño, se respeta una opinión o se maneja un conflicto.

El espejo, aunque agrietado, todavía refleja. Y en esas grietas, en esas fisuras que atraviesan el reflejo institucional, puede brotar la posibilidad del cambio, en donde cada gesto de escucha (un estudiante que se atreve a cuestionar, una madre que propone, un maestro que reconoce que también aprende) limpia un poco el vidrio empañado. Cuando alguien se siente escuchado, la escuela cambia de aire: se vuelve más humana, más cercana y más viva.

Para concluir, puedo aportar que la democracia no habita en las actas ni en los discursos sino en los gestos sencillos: cuando alguien cede la palabra, cuando se dialoga sin miedo o cuando se construye un acuerdo en medio del desacuerdo. Por eso, hablar de democracia inconclusa no equivale a hablar de fracaso, pues lo inconcluso deja abierta la posibilidad de seguir aprendiendo, porque cada generación trae nuevos reflejos en los que la escuela puede mirarse.

En este sentido, la escuela será verdaderamente democrática el día en que cada uno de sus rostros encuentre un reflejo digno en el otro, cuando deje de hablar en nombre de todos y empiece a hablar con todos. Solo entonces el espejo devolverá una imagen nítida: la de una escuela que aprendió a escucharse, a mirarse y a comprenderse. En esa mirada compartida, la democracia dejará de ser un ideal distante para convertirse en una experiencia viva que transforma la vida escolar y social.



Jaime Andrés Camaño Meza

I.E.T.A. y Minera Montecristo
San Benito Abad - Sucre

Soy Jaime Andrés Camaño Meza, un educador que siembra conocimiento en el Sur de Bolívar, donde los caminos de tierra enseñan más que los textos. Desde las aulas rurales, he comprendido que educar es tejer relaciones entre el saber ancestral y el universal. En mi práctica, los ríos se convierten en pizarrones y el canto de los pájaros en la mejor clase de ciencias.

Para mí, enseñar es un acto de fe en el futuro campesino, una forma de resistencia que se riega todos los días como la yuca en el conuco. Sus lecciones trascienden las paredes del salón para echar raíces en la comunidad, porque sé que la verdadera educación germina cuando se escribe con barro en las manos y esperanza en el corazón.



LO QUE LA GUERRA NO PUDO BORRAR: LA ESCUELA COMO ARCHIVO DE DIGNIDAD

El sol de la una de la tarde, en el año 2002, no calentaba, sino que pesaba. Tenía una cualidad metálica que reverberaba en el silencio súbito de nuestro salón de quinto. La voz de la profesora Elena, que momentos antes explicaba el ciclo del agua, se quebró en el aire. No fue el silbato del recreo, sino otro sonido, lejano y sordo como un trueno enterrado, el que cortó de tajo la lección. Sin mediar palabra, ella cerró el libro con un gesto que era a la vez conclusión y principio. Sus ojos recorrieron los rostros de los veinticinco estudiantes y, con una sonrisa tensa que no lograba ocultar la sombra detrás de su mirada, nos ordenó: *Ahora, niños, cantemos el himno. Y que se oiga fuerte, hasta el río.* Y así fue. Nuestras voces infantiles, temblorosas al principio, luego envalentonadas por un coro, llenaron el aula, desbordaron las ventanas y se elevaron para ahogar no solo el miedo que nos atenazaba la garganta, sino el eco ominoso de lo que, en el mundo exterior, pretendía erigirse como la única ley.

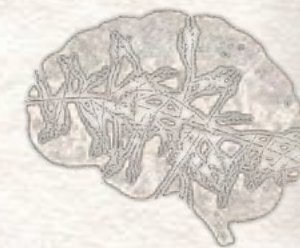
Frente a la crudeza del conflicto, los educadores desarrollaron un instinto de supervivencia, forjando lo que podría denominarse una “pedagogía del disimulo”. Este currículo oculto, dictado por la necesidad, transformaba el contenido y la forma de enseñar en un escudo para la integridad física y emocional de los estudiantes. Así, una clase de Ciencias podía convertirse en una excursión estratégica para evadir un retén o la presencia de actores armados; los temas de conflicto en Sociales eran suspendidos y reemplazados por un énfasis urgente en la identidad cultural y la memoria local, edificando la pertenencia a la tierra como una fortaleza moral. En ese contexto, el dibujo y el teatro dejaban de ser actividades lúdicas para convertirse en canales vitales,

en lenguajes seguros a través de los cuales los niños podían expresar lo que con palabras era innombrable. Esta sabiduría práctica, que privilegiaba el sentir y el hacer por encima del enunciado directo, halla un eco profundo en lo que la filósofa María Zambrano llamó “razón poética”: un conocimiento que no se declara, sino que se encarna, vive e intuye. Los maestros, operando desde esta razón protectora, no enseñaban sobre resiliencia; la practicaban en cada decisión. Si el currículo oficial era el mapa, los maestros aprendieron a navegar por el territorio de lo no dicho, convirtiendo cada lección en un escudo y el aula en un bastión de contención humana.

El espacio físico de la escuela se constituyó en un territorio neutral, un microcosmos sagrado donde las reglas brutales de la guerra eran suspendidas, aunque fuera por unas horas, por la ley tácita de la convivencia. Este santuario se revelaba en la dinámica del patio de recreo, donde la pelota de fútbol rodaba e igualaba a hijos de mineros, campesinos y desplazados. En ese juego, una metáfora viva, se tejía una comunidad que más allá de la alambrada resultaba una quimera. El mismo principio de solidaridad se encarnaba en los rituales íntimos del salón, como el inolvidable olor de la arepa con huevo que un compañero, sin que mediara palabra, partía en pedacitos para compartir en un día difícil. Podría objetarse, desde una mirada cínica, que esta no era más que una burbuja de ingenua protección, una frágil ilusión que las tensiones del exterior amenazaban con reventar en cualquier momento. Sin embargo, afirmar algo así sería subestimar la profunda intencionalidad que habitaba ese espacio. Esa “burbuja” no era un acto de evasión, sino uno de creación; era la demostración práctica, a escala infantil, de que otro modo de vida no solo era deseable, sino posible. Era el poder del “como si” que, repetido a diario, termina por prefigurar la realidad. La escuela no ignoraba el conflicto; por el contrario, lo desafiaba de la manera más subversiva, creando un dominio donde la violencia no tenía la última palabra. Así, entre esas cuatro paredes, manchadas de humedad y de una esperanza obstinada, se ensayaba a diario, con una paciencia de orfebre, el arte siempre frágil de la paz.

En este ecosistema de resistencia, el docente trascendió su rol de instructor para encarnar el nodo vital de la memoria y la dignidad comunitaria. Era a la vez el archivo viviente de cada familia y el mediador que calmaba agravios con su autoridad moral. Esta misma centralidad lo convertía, en una cruel paradoja, en blanco de la violencia por representar un orden alternativo basado en la razón. Basta evocar a la profesora Petrona, símbolo de decenas de hombres y mujeres de tiza y valor, quien cargaba su maletín de libros junto al peso silencioso de una amenaza que nunca quebró su compromiso. Esta fusión de saber y acción halla su metáfora en el “centauro de los géneros” de Alfonso Reyes: el maestro era ese ser híbrido, mitad académico con la mente en el conocimiento universal, mitad líder social con los pies en el barro de la realidad. Por ello, su valentía no era la del héroe épico, sino la del sembrador terco que confía, contra toda evidencia, en que la semilla brotará incluso en la tierra más árida.

Hoy aquel niño, que alguna vez cantó el himno con la fuerza desesperada de quien intenta opacar el sonido de la guerra, escribe estas líneas. La profesora Elena, y los miles de “centauros anónimos” como ella, ganaron su batalla particular. No con armas, sino con una digna terquedad que se reveló como la más profunda de las sabidurías. Nos enseñaron que la última lección, la que nunca estuvo escrita en ningún plan de estudios, pero que los atraviesa a todos, es la de persistir en la humanidad, aun cuando el mundo invite a la barbarie. Esa lección final, la de la digna terquedad, no es un conocimiento que se posea, sino una marca que se lleva para siempre, una semilla de futuro que, como la tierra fértil y agreste de nuestras regiones, llevamos grabada en la piel.



Marquin Manuel Macias Matute

Inst. Antonio Nariño
Barrancabermeja - Santander

Soy el Viejo Mar, un negro nacido a orillas del caribe, que vive en la ribera del río Arli. Psicólogo de profesión y cuentero de oficio y vocación, quien aprendió a leer la vida en los rostros e historias de los viejos y en las grietas de un país en guerra. Escribo desde Barrancabermeja, donde el olor a petróleo y desigualdad, se mezcla con los cantos de las cantadoras. Sobreviviente del conflicto armado, cargué por años con máscaras ajenas hasta que la escritura me devolvió mi verdadera piel.

Descubrí que contar historias es sanar, cuando vi cómo mis palabras podían tejer memoria donde solo había miedo y silencio. Para mí, la paz no es la ausencia de guerra, sino el derecho a escuchar tambores al atardecer sin miedo, a caminar libres, a que los nietos jueguen en la orilla sin que el río, o algún otro, se lleve sus nombres y toque buscarlos el resto de la vida. Es el aroma del sancocho comunitario después de un susto o enterrar a los muertos.

Escribo para que cuando lean mis textos sientan el sabor amargo y dulce de nuestra tierra, para que reconozcan en estas historias los hilos rotos que debemos volver a tejer. que venimos de historias duras y que no somos víctimas, sino semillas que germinan en el asfalto.



LA PALABRA COMO FOGATA

A orillas del torrentoso Truandó aprendí que la palabra también es canoa.

Se deja llevar por las corrientes, esquivas piedras y, cuando uno la maneja con mañita y tino, llega a buen puerto.

Mamá lo sabía cuándo me contaba historias al calor de la lámpara de petróleo, y mi abuela cuando, con tambor en mano y un chicote de calilla en su boca morada, espantaba tristezas que ni médico ni cura podían sacar del pecho.

Soy psicólogo, pero antes de eso hijo de la oralidad, heredero de una tradición que hizo del cuento, del canto y de la risa medicina de pobres y de libres. Cuando la guerra nos quiso quitar el sueño y nos cerró las calles con miedo, confirmé que la verdadera terapia no estaba en consultorios, sino en la plaza, en la esquina, en torno al fuego, con un cuento y una taza de chocolate.

Yalí, año 2002. El miedo, el alcalde invisible: a las seis de la tarde todos cerraban sus puertas y la vida se guardaba bajo llave. También tuve miedo, no lo niego, pero recordé a mi abuela diciendo: ¿el miedo se espanta con tambor, baile y palabra.

Entonces encendí una fogata y soplé mi flauta torpe.

Primero salió un niño, luego otro, después madres que miraban de reojo, y más tarde los hombres que habían aprendido a desconfiar de todo.

Aquella noche la calle respiró nuevamente, como pueblo que despierta de un sueño pesado.

La guerra quiso volvernos mudos, pero no pudo, porque la memoria tiene la testarudez del río: aunque la tapen de piedras, siempre encuentra por dónde fluir.

Granada, diciembre de 2004. El pueblo en ruinas después de las tomas armadas, del uno, del otro y del otro.

Las paredes agujereadas eran la prueba del desastre.

Pero llegó la Navidad, y alguien dijo: la música no necesita permiso.

Sacamos tambores, una quena desafinada y un clarinete tímido.

La plaza se llenó poco a poco. La gente bailó como quien quiere gritar, llorar y reír a la vez.

Ese día entendí que una comunidad vuelve a vivir cuando se atreve a cantar.

Yo, que soy negro, no puedo separar mi oficio de mi herencia ni de mi esencia. Nuestra voz es cimarrona, heredera de quienes hicieron de la palabra un machete y una cuerda para escapar de la esclavitud. Y es cierto: cada vez que cuento un cuento, siento un combo detrás de mí, mis ancestros. Alguno me sopla la nuca y dice: "Hable, mijo, que la vida se defiende con voz y usted habla bueno".

Anorí, 2003. Estábamos en un taller con niños cuando las balas sonaron como anunciando el fin. Los pequeños, al suelo. Una niña quedó paralizada, ojos abiertos, ida, como arrancada de este mundo.

El manual decía: Intervención en crisis. La vida decía otra cosa: respire con ella, abrácela, camine con ella hasta la casa.

Aprendimos que, en territorios de guerra, quedarse es terapia.

¿Y al otro día? Volver, aunque tiemble la voz, es también psicología.

En una tienda de vereda me encontré con la fragilidad.

Yo exprimía un limón para quitarme la sed cuando entraron hombres de esos que cargan órdenes en los bolsillos.

Revisaron mi morral, miraron mi libreta. Uno preguntó qué escribía ahí.

Antes de inventar una respuesta, un pelao en bicicleta pasó gritando: ¡Profe!

Y la tensión se rompió. Respiré. Ellos rieron, yo también.

Aprendí que el humor puede salvar tanto como el silencio.

Medellín, 2010. Descubrí que la vida cabe en una hoja doblada.

Barrios divididos por fronteras que no aparecen en mapas, pero que todos conocen, y el que no, ¡ayayay!

Doña Carmen cargaba en su bolso una carta de la psicóloga: era salvoconducto para cruzar esquinas.

La mostraba como quien enseña una medalla. Gracias a eso, siguió con su proceso.

Ahí comprendí que la dignidad no se mide en títulos, sino en pasos que uno puede dar sin que lo paren en seco.

De esas experiencias saqué lecciones que guardo como semillas:

Que lo pequeño salva: una chocolatada, una carta, un tambor, un chiste a tiempo.

Que la valentía es volver a la comunidad, aunque tiemble la voz, aunque haya miedo.

Que la psicología, en medio del conflicto, no es consultorio, sino plaza, calle, fogata.

Que la palabra, cuando se vuelve canto y cuento, es más fuerte que la pólvora.

Dijo el poeta: si la patria es pequeña, uno grande la sueña.

Yo digo: si la patria está herida, uno la cuenta sana, la canta viva, la escribe esperanzada.

Escribir, en últimas, es como remar contra corriente: cansancio en los brazos, sí, pero también certeza de que río arriba hay casa, hay monte, hay vida. He remado con palabras porque la guerra quiso quitárnoslas, y porque aprendí que quien pierde la voz se queda sin camino. La psicología me dio herramientas, pero la oralidad de mi pueblo me dio la brújula.

Por eso escribo como quien cuenta alrededor de un fogón: con la risa lista y lágrimas también, pero sobre todo con tambora en el corazón.

Aprendí que un cuento bien contado es más sabio que una biblioteca entera, que en cada palabra que nace desde la raíz viaja un espíritu libre, y que la poesía no es lujo, sino una forma de respirar. Por eso creo que cada narración es canoa cargada de futuro, y que cada vez que el tiempo lo permita, hay que salir a navegar.

Y así terminaría un cuento a orillas del río:

Si un día la comunidad parece perderse, búsqüenla en la plaza, en la música, en el tambor. Si la esperanza parece apagarse, métanle candela con relatos, aunque sean torpes, aunque sean cortos.

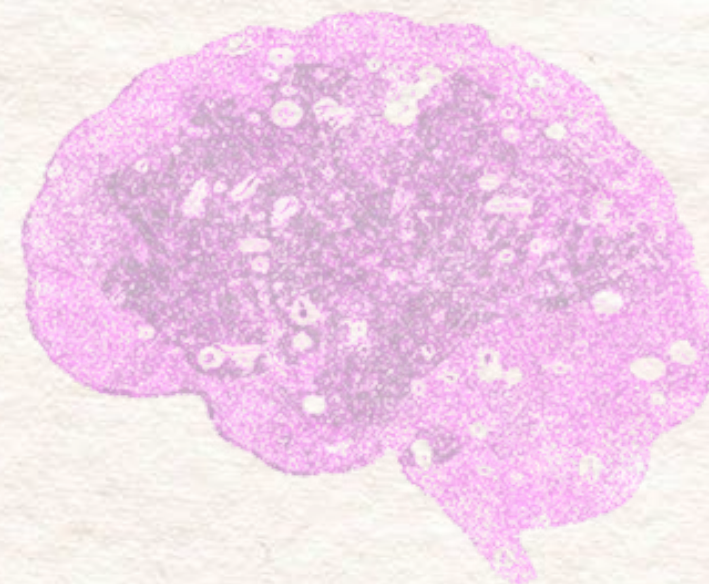
Si el miedo vuelve, toquen la flauta, preparen chocolate, junten la gente.

Mientras escriban, aunque sea en voz baja, habrá esperanza.

Mientras la fogata siga encendida, seguiremos vivos.

Y toca, como dijo mi abuelo: ¡dale clavo, carajo!

Soy Marquin Manuel, hijo de Eliécer, hijo de Ramón y Posidia, y de Nubia, hija de Bernardo y Griselda.



José Wilmar Tamayo Castellanos

I.E. Gonzalo Mejía
Chigorodó - Antioquia

Soy José Wilmar Tamayo Castellanos, docente de Educación Física en el municipio de Chigorodó, Antioquia, y Sociólogo de la Universidad de Antioquia. Descubro la lectura como un hábito que enaltece el espíritu humano y que nos prepara para la libertad. Entiendo la paz como una construcción colectiva, producto de la organización y autodeterminación de los pueblos. Escribí este ensayo con la intención de plantear una sola pregunta: ¿es posible hablar de Paz en un modelo de democracia representativa?



LA PAZ IDIOTA: DOMESTICACIÓN DEL ESPÍRITU Y PÉRDIDA DE AGENCIA

La paz ondea como un trapo immaculado en todo horizonte. Blanca, frágil e inocente como una paloma, se presenta como bienaventuranza de los hijos de Dios, ajena al delirio y al polvo de las voluntades. Promete comodidad y ofrece un paliativo anestésico: es una paz idiota. Los griegos llamaban idiotas a quien, replegado en su mundo privado, se desentendía del destino común. Nuestra época ha elevado esa idiotez a la categoría de virtud, llamándola paz interior y difundiendo en manuales de autoayuda, terapias cognitivo-conductuales y discursos institucionales sobre el bienestar. Aquello que alguna vez fue horizonte compartido se ha reducido hoy al confort psicológico del individuo aislado.

La exaltación contemporánea de terapias como la cognitivo-conductual (TCC) ilustra muy bien esta mutación. Su lógica es clara: no intentes transformar el mundo, transforma la forma en que lo interpretas. Si el trabajo te aliena, resignifica el estrés; si la injusticia te indigna, regula tu emoción; si el futuro te preocupa, ocúpate. De esta manera, el malestar deja de ser un síntoma de descomposición estructural para convertirse en una disfunción que debe ser corregida. La psicología del ajuste convierte así al espíritu en rehén de su propio equilibrio. El sujeto deja de ser agente de transformación y se convierte en paciente. Aprende a soportar lo insoportable y a llama paz a su resignación.

Las consecuencias políticas de este proceso son profundas. La democracia representativa, que en su origen se presentó como dispositivo emancipador, se ha convertido en el mecanismo más eficaz

de desposesión de la voluntad colectiva. Delegamos en otros la tarea de pensar el futuro, de gestionar el riesgo, de decidir la guerra y la paz. Elegimos representantes no para ejercer con ellos la soberanía, sino para desprendernos de ella. La política, que debería ser el arte de crear mundo con otros, se reduce a un trámite electoral y a un espectáculo mediático. Como idiotas contemporáneos, preferimos vivir en paz mientras el mundo continúa su curso sin nosotros.

Esta delegación alcanza su clímax en la gestión tecnocrática del porvenir. La UNESCO, en uno de sus informes recientes, afirma que el futuro solo será legítimo si es construido deliberadamente por medio de herramientas prospectivas colectivas (UNESCO, 2021, p. 5). He aquí el nuevo sacerdocio: el porvenir ya no pertenece al demos, sino a los expertos capacitados para modelar escenarios. El destino se convierte así en monopolio técnico. La capacidad humana de imaginar y crear mundos se externaliza y se administra desde laboratorios y oficinas internacionales. ¿Qué agencia le resta al ciudadano?

Llamar paz a esta renuncia es un eufemismo: es domesticación. El espíritu humano, ese impulso de superación y potencia creadora, se ve reducido a la pasividad del paciente que gestiona sus síntomas y a la docilidad del ciudadano que delega su poder. Se nos inculca el temor al conflicto, la percepción de la diferencia como amenaza y la sospecha ante todo impulso transformador. Sin embargo, la paz no es el silencio que sigue al estruendo, es la armonía que permite que cada voz encuentre su lugar sin anular las otras.

El retiro puede ser necesario para el pensamiento, pero el pensamiento que no retorna al mundo se deshumaniza. Hoy, en contraste, la espiritualidad se predica como huida. El nuevo sabio no desciende de la montaña. Mientras tanto, el mundo arde sin su palabra y sin su acción.

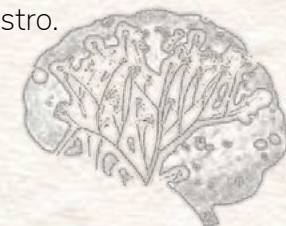
La paz idiota no es inocente. Sirve a un orden que necesita sujetos despolitizados: ciudadanos que no cuestionen las estructuras generadoras de su malestar. Una sociedad en la que cada cual se

ocupa de su equilibrio interior y confía el porvenir a los expertos es una sociedad perfectamente gobernable. La alienación ya no requiere cadenas visibles: basta con que el sujeto crea que su libertad consiste en elegir a su terapeuta y a su representante.

Sin embargo, otra paz es posible: una que no rehuya el conflicto, sino que lo asuma como condición de la existencia común. Una paz que no se administre desde arriba ni se consuma en cápsulas psicológicas, sino que se construya en el encuentro siempre tenso, siempre incómodo con la alteridad. Esa paz exige recuperar la agencia que hemos cedido, reapropiarnos del futuro como territorio de creación colectiva y transformar la salud mental en una práctica comunitaria, en la que la pregunta no sea únicamente cómo me siento, sino qué mundo estamos construyendo juntos.

El desafío de nuestro tiempo consiste en rescatar al espíritu humano de la comodidad que lo adormece. No se trata de huir del conflicto, se trata de aprender a habitarlo sin sucumbir a la violencia. No se trata de encontrar refugio en el interior, se trata de avivar la chispa que incendie el exterior. La paz idiota nos promete comodidad, pero a costa de nuestra potencia. Recuperar la agencia implica arriesgar la comodidad y asumir la tarea trágica de crear mundo con otros.

Tal vez debamos reaprender lo que los antiguos sabían: que el idiota no es simplemente un individuo, sino un desertor del destino común. Y que ninguna paz merece el precio de renunciar a ese destino. Mientras sigamos llamando paz a la renuncia, el porvenir ese que la UNESCO reserva para los expertos, nos será arrebatado sin resistencia. La verdadera paz será entonces aquella que nazca cuando recuperemos la osadía de intervenir el mundo y de hacerlo, una vez más, nuestro.



César Augusto Cortés Arias

I.E. Internado Eduardo Carranza
Puerto Carreño - Vichada

Me llamo César Augusto Cortés Arias y escribo desde Puerto Carreño, Vichada, un territorio donde los ríos —el Orinoco, el Meta, el Tomo y el Vita— enseñan a escuchar antes que a hablar. Soy docente y caminante de comunidades, alguien que aprendió que la palabra nace primero en la vida cotidiana: en una clase bajo un árbol, en una charla con un estudiante tímido, en una canoa que avanza contra la corriente. La escritura llegó como un refugio y luego como un puente para que otros pudieran nombrar su propia historia. Para mí, la paz es un gesto simple: mirar al otro sin prisa, como quien reconoce un compañero de viaje. Escribo para que, quien lea encuentre una chispa de esperanza y recuerde que, incluso en los rincones más olvidados del país, la palabra todavía puede alumbrar camino.



LA PAZ QUE NACE EN EL TERRITORIO DEL VICHADA

Dicen los mayores *sikuani* que el río no olvida, aunque tampoco se venga. Su corriente guarda memoria, pero sigue fluyendo hacia donde la vida lo llama. Por eso, en el Vichada, la paz tiene forma de río: sinuosa, paciente y obstinada. Aquí, donde los ríos Meta, Vichada, Vita y Tomo entretejen la piel de la llanura, hablar de paz no es una consigna: es una necesidad para sobrevivir con dignidad.

La paz en el Vichada no se firma ni se decreta; se cultiva como se cultiva una chagra o se arrea el ganado bajo el sol. Nace de la convivencia, a veces tensa, entre las comunidades indígenas *sikuani*, *piapoco*, *curripaco*, *puinave*, y los colonos que llegaron buscando horizonte. Ambos pueblos, con sus heridas y saberes, aprendieron a coexistir en un territorio donde el Estado llegó tarde o nunca. Y en las escuelas de madera, donde el canto del turpial acompaña las clases, se está escribiendo la verdadera historia de la paz: la que no empieza con discursos, sino con encuentros.

Durante décadas, muchos niños indígenas aprendieron primero a callar su lengua y a leer en español. La escuela fue, sin quererlo, una frontera. Pero los cauces cambian. Hoy, poco a poco, la educación se transforma en puente. La lengua propia vuelve a tener valor, los abuelos son reconocidos como sabedores, y los maestros comprenden que enseñar no es imponer, sino compartir. Cuando una niña *sikuani* traduce al español una canción de su pueblo o una colona enseña a tejer mochilas durante el recreo, florece una pedagogía del respeto.

La paz, entendida desde el territorio, empieza ahí: en esos gestos pequeños donde la diferencia deja de ser amenaza y se convierte en aprendizaje. No se trata de una paz de acuerdos, sino de una paz cotidiana, vivida entre pupitres de madera, con los pies descalzos y los corazones atentos.

En el Vichada, escribir sobre la paz es escribir sobre el silencio lleno de voces que habitan la selva. Cada palabra en *sikuani* encierra una cosmovisión: la tierra no es propiedad, es madre; el otro no es enemigo, es reflejo. Por eso, educar aquí no significa solo enseñar a leer y escribir, sino enseñar a escuchar. Cuando un niño escribe en su cuaderno “mi abuela dice que el río tiene corazón”, no hace poesía: revela una verdad. La paz también es reconciliación con la naturaleza.

No se puede hablar de paz sin nombrar el abandono. El Vichada ha sido tratado como una esquina del mapa, una periferia olvidada. Las escuelas sin techo y los maestros sin recursos son síntomas de una paz incompleta. Pero las comunidades no se rinden. En las orillas del Meta y del Vichada surgen proyectos que combinan saberes ancestrales y metodologías modernas. *Vichada sí aprende* es uno de ellos: aulas móviles que viajan por los ríos, materiales bilingües, maestros que enseñan bajo un árbol cuando no hay aula.

Esos actos son resistencia pura: demuestran que la paz se construye con lápices, no con fusiles.

Educar para la paz aquí significa permitir que un niño indígena imagine el futuro sin renunciar a su lengua, que una niña colona aprenda de las plantas medicinales y descubra que la ciencia también puede tener raíces. Un maestro de Caño Hormiga lo dijo mejor: “Antes los niños me preguntaban qué había que aprender; ahora me preguntan para qué”. Esa pregunta sencilla resume toda una revolución pedagógica.

El Vichada carga memorias duras: desplazamientos, silencios, pérdidas

sin nombre. Pero la escuela, cuando se atreve a escuchar, puede convertir el dolor en conciencia. En una clase de historia, un niño contó que su padre fue “tragado por la selva”. La maestra escribió la frase en el tablero, y entre todos hablaron del miedo y de las ausencias. Esa lección no estaba en el currículo, pero fue un acto de sanación. La paz comienza cuando una palabra logra decir lo que antes se callaba.

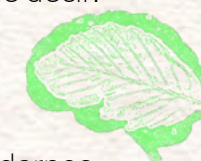
El territorio es también un maestro. Aquí se aprende del vuelo del paujil, del ritmo del río, del fuego que cuida la chagra. La educación para la paz no es una asignatura, sino una forma de habitar el mundo. Aprender del territorio es aprender a cuidar, y cuidar, es el verbo más profundo de la paz.

Los niños del Vichada escriben su nombre en dos lenguas y sueñan con un país que los mire sin prejuicio. En sus dibujos, la bandera tiene soles y peces. Ellos son el futuro: síntesis viva de la diversidad. No piden caridad, piden oportunidad. Sueñan con universidades cercanas, con respeto por sus saberes, con un país que los reconozca como origen y no como frontera.

A veces, al atardecer, el río parece detenerse. Es un engaño: bajo la superficie, sigue moviéndose. Así es la paz del Vichada: silenciosa, pero persistente. No es una paz romántica, sino concreta: la que rema cada mañana hacia una escuela, la que se escribe con tiza en un tablero viejo, la que florece en la sonrisa de una abuela al oír su idioma en la voz de un nieto.

El Vichada enseña que la paz no se decreta: se cultiva con actos cotidianos de ternura. Que no hay reconciliación sin memoria ni educación sin raíces. Que cada río, cada palabra y cada gesto compartido son formas de decir: seguimos vivos, seguimos aprendiendo, seguimos creyendo.

Porque al final, la paz no es un premio. Es una manera de seguir siendo humanos, incluso en los lugares donde la historia quiso olvidarnos.



I lost a war against the Adirondack chair, I think. One day the thought of the chair came. One day I won't have to do anything small. One day I won't care about the birds. One day my days will be as beautiful as the sun. I'm happy placing selections from Virginia's Fall into "Summer" concerts.

Right now a truck in my Jeep down curve road
is on for a stop at Ingle's or The Center is all
well.

And so it lies, and his bright color making
nothing—blood, blood, fresh and dried, all over
his body. I try to force away the memory



#Mejor Estudiar

con lectura, escritura
y oralidad



 @Mineduccion

 @mineducacioncol

 @Mineduccion

 @MinisteriodeEducaciónNacional

 @MinisteriodeEducaciónNacional

 @mineducacioncolombia